



**Algunas primeras veces: relatos de víctimas del conflicto armado en el municipio de
La Ceja 1990 – 2008**

Luis Emmanuel Zapata Bedoya

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Asesor

Víctor Andrés Casas Mendoza, Magíster (MSc) en Comunicación de la Universidad Nacional
Autónoma de México y periodista de la Universidad de Antioquia

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Periodismo
Medellín, Antioquia, Colombia
2023

Cita

(Zapata Bedoya, 2023)

Referencia

Zapata Bedoya, L. E. (2023). *Algunas primeras veces: relatos de víctimas del conflicto armado en el municipio de La Ceja 1990 – 2008* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Contenido

Resumen	5
Abstract	6
Introducción	7
Objetivos	10
Referentes conceptuales	11
Antecedentes	18
Metodología	19
Resultados	21
Algunas primeras veces.....	21
Nos quitaron a Saúl	30
El vaticanito y sus huéspedes	54
En la madrugada cantan las sirenas.....	57
Sin tierra para vivir.....	60
Como letra muerta.....	75
En estado de conmoción.....	79
Papá Diego.....	82
Referencias	105
Bibliografía.....	108
Otras fuentes consultadas	109
Agradecimientos.....	110

Siglas, acrónimos y abreviaturas

ACCU	Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá
AUC	Autodefensas Unidas de Colombia
BCN	Bloque Cacique Nutibara
BHG	Bloque Héroes de Granada
BM	Bloque Metro
CNMH	Centro Nacional de Memoria Histórica
DANE	Departamento Administrativo Nacional de Estadística
DIH	Derecho Internacional Humanitario
ELN	Ejército de Liberación Nacional
EPL	Ejército Popular de Liberación
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
FEG	Frente Elkin González
GMH	Grupo de Memoria Histórica
ONU	Organización de las Naciones Unidas
RUV	Registro Único de Víctimas

Resumen

Este trabajo de grado narra diferentes hechos relacionados al conflicto armado en La Ceja, municipio ubicado en el Oriente del departamento de Antioquia, una de las subregiones con mayor número de víctimas civiles. Su corregimiento, San José, también es protagonista de lo que aquí se cuenta.

De municipios como San Carlos, Granada, San Rafael y La Unión, se han adelantado ejercicios de construcción de memorias. Sin embargo, la revisión documental evidenció una ausencia de trabajos periodísticos relacionados al conflicto y sus impactos en La Ceja, de ahí la necesidad de contar estos hechos desde las voces de víctimas cejeñas.

Un testimonio que da cuenta de la desaparición de Saúl Cárdenas, el desplazamiento de la familia Tobón a causa de los asesinatos de José Rubén Tobón, su esposa Maria Rosalba Tobón y su hijo José David Tobón; y la muerte de Diego Gómez, “el polvorero”, a manos de grupos armados, son las tres principales historias que se narran en este trabajo de grado.

Además de ser una investigación periodística, fue un ejercicio de reflexión para el autor, pues le permitió conocer de primera mano las dificultades y retos que conlleva el contar historias relacionadas al conflicto armado colombiano, el querer conocer testimonios de personas cercanas y el descubrir relatos en diferentes rincones de su municipio.

Palabras clave: La Ceja, conflicto armado, desaparición, desplazamiento, asesinato, grupos armados, periodismo.

Abstract

This degree project narrates different facts related to the armed conflict in La Ceja, a municipality located in the east of the department of Antioquia, one of the subregions with the highest number of civilian victims. San José, is also the protagonist of what is told here.

In municipalities such as San Carlos, Granada, San Rafael and La Unión, memory construction exercises have been carried out. However, the documentary review revealed an absence of journalistic works related to the conflict and its impacts in La Ceja, hence the need to tell these facts from the voices of victims from La Ceja.

A testimony about the disappearance of Saúl Cárdenas, the displacement of the Tobón family due to the murders of José Rubén Tobón, his wife Maria Rosalba Tobón and their son José David Tobón, and the death of Diego Gómez, “the gunpowder collector”, at the hands of armed groups, are the three main stories told in this degree project.

In addition to being a journalistic investigation, it was an exercise of reflection for the author, because it allowed him to know from first hand the difficulties and challenges involved in telling stories related to the Colombian armed conflict, wanting to know stories of people close to him and discovering stories in different corners of his municipality.

Key words: La Ceja, armed conflict, disappearance, displacement, homicide, armed groups, journalism.

Introducción

La historia de Colombia está tejida por una serie de procesos violentos desde la conquista¹, pasando por la guerra de independencia y las guerras civiles del siglo XIX², y el periodo de La Violencia de mediados del siglo XX, tras el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán; hasta llegar a la década de los sesenta, cuando el país se adentró en un conflicto armado interno en el que han participado grupos guerrilleros, paramilitares, las fuerzas del Estado y carteles del narcotráfico. Y en medio de esto, la población civil, que ha puesto el mayor número de víctimas.

Solo en el caso de homicidios³ el Registro Único de Víctimas (RUV) reporta 273.787 víctimas directas. Las cifras del Observatorio del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) dan cuenta de 269.448 muertes en el marco del conflicto; mientras que la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, en su Informe Final, advirtió que entre 1985 y 2018, 450.664 personas perdieron la vida a causa del conflicto armado. Las tres fuentes coinciden en que Antioquia ha sido el departamento más afectado. Según el RUV, el 20 por ciento del total de víctimas son del departamento. Mientras que la Comisión de la Verdad “dice que ocupamos el primer lugar en todas las modalidades de victimización, salvo en ataques a centros poblados”, (Rivera Marín, 2022).

Para esta investigación nos situamos puntualmente en el Oriente antioqueño, una subregión que adquirió relevancia económica cuando se construyeron megaproyectos como las hidroeléctricas de Guatapé, San Carlos, de Jaguas y Calderas, la extensión de las líneas de energía y la autopista Medellín - Bogotá (Asdi & Área de Paz Desarrollo y Reconciliación, 2010: 5). Paradojicamente el crecimiento económico fue una de las razones para que grupos guerrilleros se instalaran en la zona, principalmente a partir de la década de los ochenta en municipios como San Rafael, San Carlos, San Luis, Cocorná, Concepción, Alejandría, Argelia, Nariño, Sonsón y San

¹ David Bushnell da cuenta de la represión contra las revueltas durante la conquista en *Colombia una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy* (1996).

² Después del periodo independentista Colombia se vio afectada por diferentes transformaciones constitucionales, cambios de nombres y guerras civiles. En el siglo XIX se expidieron seis constituciones, siempre enmarcadas en periodos de crispación; el país cambió cuatro veces de nombre y, además de decenas de rebeliones locales, se presentaron ocho guerras civiles.

³ Otras modalidades de victimizaciones que reporta el RUV son: desapariciones forzadas, secuestros, torturas, amenazas, reclutamientos forzados, víctimas de minas antipersonal, de actos terroristas, de confinamientos, de lesiones personales físicas, lesiones personales psicológicas, pérdida de bienes inmuebles, delitos contra la integridad sexual y despojo de tierras.

Francisco. Para los años noventa fue el ELN el que se ubicó en zonas de San Luis y Cocorna (Asdi & Área de Paz Desarrollo y Reconciliación, 2010: 12).

La Ceja del Tambo⁴ no fue ajeno a estas dinámicas, aunque los impactos en el municipio no han sido suficientemente estudiados. Allí, desde finales de la década de los ochenta llegaron las guerrillas del ELN⁵, las FARC⁶ y el EPL⁷, principalmente a zonas rurales y particularmente al corregimiento de San José. Posteriormente, las guerrillas perdieron fuerza debido al accionar conjunto entre el ejército y los paramilitares que llegaron al Oriente antioqueño en 1997. El despliegue paramilitar por la zona desafió la presencia guerrillera e invadió los corredores usados por éstas para conectarse con Medellín (García & Aramburo, 2011: 76). El libro *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia* (2011), describe la primera incursión por parte de los paramilitares en el Oriente antioqueño: “Las ACCU (Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá) señalan su primera incursión en la región, hecha en 1998, con una masacre cometida en una vereda de La Ceja (Altiplano) y luego con otra del corregimiento El Jordán, perteneciente al municipio de San Carlos, subregión de Embalses (García & Aramburo, 2011: 76).

Respecto al caso puntual de La Ceja, las cifras del RUV nos permiten aproximarnos a los impactos del conflicto armado en el municipio. Según su registro, el conflicto dejó por lo menos 4989 víctimas, de las cuales 2461 fueron víctimas de desplazamiento forzado y 2392 de homicidio. Por otro lado, y de acuerdo al Centro Nacional de Memoria Histórica, en el municipio se presentaron 16 masacres que dejaron un total de 85 víctimas.

⁴ La Ceja del Tambo tiene con una extensión de 134 kilómetros cuadrados. Se localiza a 41 kilómetros de Medellín y cuenta con 65 mil habitantes. Su economía gira en torno al cultivo de flores, mora, leche, producción de muebles y construcción (Plan de Acción Territorial, 2020: 5).

⁵ El Ejército de Liberación Nacional tuvo sus inicios en 1964, cuando la Brigada José Antonio Galán, proveniente de sectores universitarios y urbanos, organizó en el municipio de San Vicente de Chucurí, en Santander, el primer foco guerrillero conformado por 16 hombres, quienes empezaron a formar el ELN (Vélez, 2001: 169). Para la fecha, esta guerrilla hace presencia, según Indepaz, en 115 municipios del país distribuidos en los departamentos de Arauca, Antioquia, Boyacá, Casanare, Cauca, Cesar, Chocó, Córdoba, Norte de Santander y Vichada (Indepaz, 2020: s.p.).

⁶ Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia surgieron como un grupo de autodefensas campesinas en 1964, en el departamento del Tolima. Sin embargo, sus orígenes se remontan en el año 1949, como respuesta a la violencia política contra liberales y comunistas (Vélez, 2001: 155). En el año 2016 se dio la firma del Acuerdo de Paz entre esa guerrilla y el Estado colombiano.

⁷ La creación del Ejército Popular de Liberación, en 1967, estuvo vinculada a “la divergencia sino-soviética dentro del comunismo y al rechazo, según la percepción del grupo, a las tendencias reformistas y conciliadoras de la línea oficial del Partido Comunista” (GMH, 2013, pág. 125). En 1991 se llevó a cabo su proceso de desmovilización, donde un poco más de dos mil hombres y mujeres dejaron las armas (Arce, 2021: s.p.).

Si bien existen en repositorios universitarios investigaciones relacionadas con La Ceja — cerca de cincuenta trabajos de grado que hacen alusión a este municipio—, solo tres abordan el conflicto armado, pero ninguna desde la perspectiva periodística.

De ahí lo novedoso del enfoque periodístico como metodología para la investigación del conflicto armado en La Ceja, pues el estado del arte evidenció apenas algunos artículos noticiosos publicados por medios como *Verdad Abierta*, *El Colombiano* y *El Tiempo*, informando sobre secuestros y asesinatos; y una recopilación de crónicas escritas por Norvey Echeverry Orozco, comunicador social y periodista de la Universidad de Antioquia.

Por la ausencia de trabajos periodísticos e investigativos relacionados a este tema, y en vista de la necesidad de aportar a la construcción de las memorias colectivas de La Ceja, se hizo esta investigación que logró conocer, a través de testimonios de víctimas, lo sucedido en el marco del conflicto armado en La Ceja del Tambo, entre los años de 1990 y 2008. Este periodo de 18 años corresponde a la época en la que ocurrieron el mayor número de hechos victimizantes, de acuerdo a las cifras del Observatorio del CNMH.

Objetivos

Objetivo general

Relatar, desde las voces de víctimas, hechos ocurridos en el marco del conflicto armado en el municipio de La Ceja, entre 1990 y 2008.

Objetivos específicos

- Identificar víctimas de las tres modalidades de victimización con mayor recurrencia en el municipio de La Ceja: desplazamiento forzado, asesinato selectivo y desaparición forzada.
- Describir los hechos violentos que sufrieron tres víctimas del conflicto armado del municipio de La Ceja.
- Reconocer los impactos generados por el conflicto armado en tres víctimas del municipio de La Ceja.

Referentes conceptuales

Esta investigación se sustenta teóricamente en cinco conceptos: *memoria*, *conflicto armado*, *víctimas*, *resiliencia* y *reparación*, los cuales se describen a continuación.

Memoria

El concepto de *memoria* es caracterizado por Jheison Torres Ávila, profesor de la Universidad Militar Nueva Granada de Bogotá, como

una actividad inherente a la manera como los seres humanos construimos la interpretación de nuestra vida y la de quienes participan de ella. Se elaboran muchas memorias que terminan reflejando diversos procesos para la elaboración de esa memoria. Memorias de actividades significativas en nuestras vidas que se vuelven biografías, memorias de congresos y actividades, memorias de juventud, memorias de órganos públicos y privados, etc. La memoria, en este sentido, se convierte en parte del eje de nuestra identidad, de la manera de construir el futuro. La memoria es justamente la construcción de vehículos de articulación individual y social que permitan la superación de la violencia y la creación de esquemas políticos y sociales capaces de generar un proyecto de futuro tanto para quienes sufrieron las consecuencias directas del conflicto, como para los victimarios y la sociedad que vio como sucedían aquellas cosas reprochables. La memoria es olvido y recuerdo, para proveer a las generaciones futuras de los elementos para hacer la paz y el bienestar, pero también para recordar a quienes dieron su vida o su integridad en un mejor porvenir (Torres, 2013: 150).

Para José María Ruiz Vargas, catedrático de Psicología de la Memoria de la Universidad Autónoma de Madrid, la *memoria* es

un fenómeno biológico y cerebral que toma dimensiones cognitivas en cuanto nuestra conducta es influenciada por experiencias pasadas. Nuestro cerebro es un órgano biológicamente preparado –desde su unidad funcional irreductible, la neurona, hasta los sistemas funcionales complejos– para almacenar información. Gracias a esa propiedad para conservar huellas de todo lo que experimentamos, esto es, gracias a la memoria, el cerebro va creando una base de conocimiento cada vez más amplia y más compleja de donde recuperar la respuesta más idónea a cada situación concreta (ésta sería la función básica de la memoria)⁵. En otras palabras, gracias a la información almacenada en la memoria podemos responder de la manera más eficaz posible a las diferentes y continuas exigencias del mundo en el que vivimos. De lo que se desprende, a su vez, que la memoria participa en todas y cada una de las actividades que realizamos a lo largo de nuestra vida (Ruiz, 2008: s.p.).

El CNMH en su informe *Caminos de la Memoria* (2018), la conceptúa desde la *memoria personal*.

El primer registro es el de la memoria personal. En este, la memoria se organiza alrededor de los hitos y eventos revestidos de significancia [sic] personal que sobresalen en relación con los demás... En esta memoria personal, la guerra ha dejado huellas. En el caso de las víctimas o de los testigos directos, el conflicto ha suscitado memorias traumáticas que no han sido escuchadas y que ameritan un espacio solidario de tramitación. Por otra parte, los testigos indirectos, es decir, quienes escuchan vía medios o se enteran a través del “voz a voz”, también acusan huellas y construyen narrativas sobre el significado de los eventos. El trabajo sobre la memoria personal también posibilita identificar “las memorias de la vida” de las que somos portadores, esas que nos permiten, desde ese reconocimiento, transitar por caminos de “desaprendizaje de la guerra”: así como la guerra se aprende y se instala en nuestra cotidianidad y en nuestros cuerpos, también se puede desaprender ubicando esas conexiones con la vida y con los otros, a la luz de miradas incluyentes, democráticas y respetuosas de los que ya somos portadores (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018: s.p.).

Después de conocer las anteriores conceptualizaciones, cabe resaltar que la definición para referirnos a *memoria* en esta investigación es la expuesta por el CNMH, puesto que hace énfasis en la posibilidad de identificar las memorias de esas vidas que en algún momento fueron afectadas, directa o indirectamente, por el conflicto armado colombiano.

En otro sentido, también se definen los conceptos de *memoria histórica* y *memoria colectiva*. La conceptualización con la que trabajamos en esta investigación, está ligada a la que hace Halbwachs (1968), quien caracteriza a la *memoria histórica* como “la reconstrucción de los datos proporcionados, por el presente de la vida social y proyectada sobre el pasado reinventado”. De igual manera, el término *memoria colectiva* lo refiere como aquella que “recompone mágicamente el pasado, y cuyos recuerdos se remiten a la experiencia que una comunidad o un grupo pueden legar a un individuo o grupos de individuos” (Halbwachs, 1968: s.p.).

Retomando al profesor Jheison Torres Ávila (2013) y al CNMH (2018), se caracteriza los conceptos de *memoria histórica* y *memoria colectiva* de la siguiente manera. Para Torres Ávila (2013), *la memoria colectiva* hace alusión a la construcción social que incumbe la actividad de un grupo para recordar y narrar, que, desde luego, implica una visión subjetiva-colectiva. A la *memoria histórica* suele referirse a “contextos de transición de guerras internas o internacionales o de regímenes autoritarios, lo que implica una noción ética y política: la democracia y la convivencia pacífica. Se habla entonces de una memoria democrática que hace referencia a la memoria colectiva y su proceso político” (Torres, 2013: 155).

La conceptualización que hace el CNMH sobre la *memoria colectiva* está relacionada a la que realiza Torres Ávila (2013). Para este grupo,

los hitos de la memoria individual están emplazados en la memoria colectiva. Para el caso particular de las víctimas, los eventos que las afectaron de forma individual y las historias de resistencia o de retorno se enmarcan en memorias colectivas, que reconstruyen dinámicas comunitarias más amplias en relación con el conflicto y la resistencia. Tal memoria colectiva se entreteje en el cotidiano cuando gestores de memoria comunitarios ofrecen interpretaciones de lo vivido que se van arraigando como verdades para la comunidad... La memoria colectiva es, también, el terreno donde las comunidades resguardan sus saberes, enuncian sus reclamos y recrean, desde sus tradiciones y cosmogonías, una identidad común. Pero la memoria colectiva puede, así mismo, ser el terreno donde comunidades o sociedades regionales resguardan sus versiones de la historia frente a los intentos de imponer una historia total, ya sea por parte de un estado totalitario o de actores armados con pretensiones de control absoluto (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018: 28).

En relación a la *memoria histórica*, el CNMH la conceptúa como la recopilación de memorias colectivas nutridas con elementos y herramientas históricas, instrumentos de las ciencias sociales e información de otras fuentes para articular e inscribir los relatos comunales en la historia nacional (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018: 28).

La memoria histórica, por otro lado, reconoce esos saberes y conocimientos albergados en las memorias colectivas, y los entreteje con otras fuentes y debates para ponerlos en un diálogo cada vez más multivocal. Gracias a ellos, la historia local puede, a su vez, brindar luces sobre la historia del país. Además, las distintas interpretaciones sobre la historia nacional pueden pluralizar las memorias colectivas locales e interrogarlas para que no se fosilicen a la manera de una historia oficial local. Los dos registros pueden relacionarse de diferentes maneras y democratizarse mutuamente (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018: 28).

La relación entre memoria e historia ayuda a la recopilación de relatos e interpretaciones sobre la historia misma, tanto local como nacional. Esto, sumado a las diferentes herramientas que brinda las ciencias sociales, ayuda a construir un relato nacional más cerca de esa “verdad” que las víctimas esperan conocer. En este punto, las comunidades inician diversos procesos resilientes para, después de muchos años de búsqueda de la verdad, volver a la “normalidad”.

Conflicto armado

En relación con lo anterior, para el término de *conflicto armado* se utilizó la caracterización del Comité Internacional de la Cruz Roja (2008), conceptualización que también será utilizada en este trabajo investigativo.

Puede ser un conflicto armado en que participen uno o más grupos armados no gubernamentales. Según la situación, puede haber hostilidades entre las fuerzas armadas gubernamentales y grupos armados no gubernamentales o entre esos grupos únicamente. Dado que los cuatro Convenios de Ginebra han sido ratificados universalmente, el requisito de que el conflicto armado ocurra "en el territorio de una de las Altas Partes Contratantes" ha perdido su importancia en la práctica. De hecho, cualquier conflicto armado entre fuerzas armadas gubernamentales y grupos armados o entre estos grupos sólo puede tener lugar en el territorio de una de las Partes en el Convenio (Comité Internacional de la Cruz Roja, 2008: 3).

Sin embargo, existen otros autores que conceptualizan el término de diversas formas. Para Michel Brown (1996: s.p.), el *conflicto armado interno* es un enfrentamiento violento que se origina por factores más domésticos que internacionales, y donde la violencia se da en los límites de un mismo Estado. Schindler (1979) también tiene una definición clara del *conflicto armado interno*, en la cual

deben conducirse las hostilidades por la fuerza de las armas y presentar una intensidad tal que, por lo general, el Gobierno tenga que emplear a las fuerzas armadas contra los insurrectos en lugar de recurrir únicamente a las fuerzas de policía. Por otra parte, por lo que respecta a los insurrectos, las hostilidades han de tener un carácter colectivo, no tienen que ser realizadas por grupos individuales. Además, los insurrectos deben tener un mínimo de organización. Sus fuerzas armadas deben estar bajo un mando responsable y poder llenar ciertos requisitos mínimos desde el punto de vista humanitario (Schindler, 1979: 147).

Cada conflicto trae consigo grandes cambios, consecuencias y daños. En el caso del conflicto armado colombiano, las más afectados fueron las comunidades que estaban en el centro de los enfrentamientos. Dichas comunidades, por diversas razones se convirtieron en *víctimas*.

Víctimas

De acuerdo con la ONU, se entiende por víctima a:

las personas que, individual o colectivamente, hayan sufrido daños, inclusive lesiones físicas o mentales, sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo sustancial de los derechos fundamentales, como consecuencia de acciones u omisiones que violen la legislación penal vigente en los Estados Miembros, incluida la que proscribe el abuso de poder (ONU, 1985: s.p.).

En el caso colombiano, la construcción del concepto de víctima se ha desarrollado principalmente desde el derecho⁸. En la actualidad, el Estado reconoce como víctimas sujetos de reparación a:

aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos a partir del 1° de enero de 1985, como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de Derechos Humanos ocurridas con ocasión del conflicto armado interno (Ley de Víctimas, 2011: s.p.).

Sin embargo, aquellas personas que sufrieron daños en el marco del conflicto armado previo a la fecha que establece la ley, pueden ser reconocidas como víctimas, pero no tienen la posibilidad de acceder a la reparación administrativa, es decir, a una indemnización económica por parte del Estado en compensación por los daños causados: “las personas que hayan sido víctimas por hechos ocurridos antes del 1° de enero de 1985 tienen derecho a la verdad, medidas de reparación simbólica y a las garantías de no repetición previstas en la presente ley, como parte del conglomerado social y sin necesidad de que sean individualizadas” (Ley de Víctimas, 2011: s.p.).

Para fines de este proyecto se utilizó la caracterización de víctima que se menciona líneas arriba y que corresponde a la conocida como Ley de Víctimas y Restitución de Tierras.

Resiliencia

El término *resiliencia* proviene del latín *resilio*, interpretado como reanimarse, volver a su forma previa después de ser sometido a una presión deformadora (Becoña, 2006: s.p.). El concepto es utilizado en la ingeniería civil y la metalurgia para calcular la capacidad de ciertos materiales para recuperarse o volver a su posición original cuando han soportado ciertas cargas o impactos (Uriarte, 2005: 66).

En las ciencias sociales, el término fue acogido desde los años 60 y...

⁸ En Colombia la caracterización de las víctimas se ha dado principalmente en el campo de lo jurídico. Una primera definición de lo que para el Estado era una víctima se encuentra en la Ley 418 de 1997. Posteriormente, hubo una modificación a la caracterización con la Ley 782, de 2002. Y más adelante, en 2005, en el marco de la desmovilización de estructuras paramilitares, la noción de víctima fue complementada con la ley 975.

caracteriza la capacidad que tienen las personas para desarrollarse psicológicamente sanos y exitosos a pesa de vivir en contextos de alto riesgo, como entornos de pobreza y familias multiproblemáticas, situaciones de estrés prolongado, centros de internamiento, etc. Se refiere tanto a los individuos en particular como a los grupos familiares o colectivos que son capaces de minimizar y sobreponerse a los efectos nocivos de las adversidades y los contextos desfavorecidos y deprivados socioculturalmente, de recuperarse tras haber sufrido experiencias notablemente traumáticas, en especial guerras civiles, campos de concentración (Rutter, 1993: s.p.).

Para la presente investigación, la definición de *resiliencia* que utilizamos fue la que presenta Uriarte Arciniega (2005), cuando dice que

es un enfoque positivo y lleno de esperanza sobre las posibilidades de llevar una vida normal en un medio desfavorecido así como la capacidad de afrontamiento, de recuperación e incluso de transformación positiva y de enriquecimiento del ser humano tras haber sufrido las experiencias traumáticas. Aunque está en todas las personas, no se puede decir que sea una característica permanente sino un mecanismo interactivo entre las cualidades psicológicas del sujeto y los factores de riesgo y de protección del entorno familiar, social y cultural. En unos casos será más bien una cualidad estructural mientras que en otros casos será una respuesta coyuntural. De todas formas el concepto de la resiliencia ha sobrepasado el concepto clásico de vulnerabilidad (Uriarte, 2005: 75).

La resiliencia va en contra de la fatalidad, del imaginario de que quienes han padecido algún sufrimiento o han crecido en entornos violentos, se convertirán en victimarios o actores vinculados a algún tipo de conflicto. Es por esto, que es una de las razones que se usó la anterior definición de resiliencia para este trabajo periodístico.

Reparación

En el contexto nacional se ha entendido la reparación en el sentido de los principios establecidos por la ONU en 2005⁹, respecto a los derechos de las víctimas¹⁰. Estos principios contemplan medidas “individuales, colectivas, materiales, morales o simbólicas”, como se describen a continuación:

Restitución: Medidas que buscan el restablecimiento de la víctimas a la situación en que se encontraban antes de que ocurriera el hecho violento. *Indemnización*: Dependiendo del hecho sufrido, las víctimas recibirán una compensación económica por los daños sufridos, a título de indemnización administrativa. *Rehabilitación*:

⁹ Estos principios son un desarrollo a lo que a finales de la década de los noventa se conoció como los “Principios de Joinet”. Para ampliar la información al respecto ver, por ejemplo, (Comisión Colombiana de Juristas, 2007).

¹⁰ Los principios establecidos por la ONU pueden encontrarse en detalle en la resolución aprobada por la Asamblea General, el 16 de diciembre de 2005. Ver (Organización de las Naciones Unidas, 2005: s.p.)

Consiste en la atención de carácter jurídico, médico y psicológico y social dirigidos al restablecimiento de las condiciones físicas y psicológicas de las víctimas. *Medidas de satisfacción*: Estas medidas buscan proporcionar bienestar y contribuir a mitigar el dolor de la víctima, a través del restablecimiento de la dignidad de la víctima y difusión de la verdad sobre lo sucedido. *Garantías de no repetición*: El Estado debe implementar una serie de medidas con el fin de garantizar que no se repitan las violaciones a los derechos humanos, ni las infracciones al DIH que generaron la victimización (Unidad de Víctimas, 2020: s.p.).

Antecedentes

Para este proyecto se realizó una búsqueda que tuvo como objetivo identificar investigaciones relacionadas con el conflicto armado en La Ceja.

Sin embargo, la pesquisa permitió concluir que, aunque 2023 existían por lo menos cincuenta trabajos de grado que hacían alusión al municipio, solo tres mencionaron someramente el conflicto armado interno y ninguna se desarrolló desde la perspectiva periodística.

Las tres investigaciones que se hallaron y que referencian el conflicto armado en La Ceja son:

- a) La investigación *Territorios: lecturas y escrituras para ser, recorrer y habitar*, de Daniela Giraldo López y Sara Julieth Ramírez García, finalizada en 2018, para obtener el título de licenciadas en Educación Básica con énfasis en Humanidades: Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Las autoras buscan responder cómo el territorio puede conjugarse con la lectura y la escritura, vislumbradas como prácticas socioculturales (Giraldo López & García Ramírez, 2018).
- b) La segunda investigación hace una radiografía del conflicto armado vivido en el municipio de La Unión y cómo afectó a sus pobladores y a las comunidades de municipios vecinos como La Ceja (Higuita Granada, 2018). El trabajo se titula *La Unión: un territorio en disputa. Memorias del conflicto armado* y fue realizado por Johan Andrés Higuita Granada, en 2018, para obtener el título de sociólogo de la Universidad de Antioquia.
- c) La monografía para optar por el título de profesional en Desarrollo Territorial de la Universidad de Antioquia, *Las mujeres campesinas organizadas de Palmas Unidas en el Corregimiento San José de La Ceja-Antioquia. De sus usos, acciones y relaciones en el territorio como aportes a su construcción*, escrita por Luisa María Cardona Arenas y Angie Jimena Gaviria Muñoz en 2020, que expone de qué manera los grupos asociativos contribuyeron al desarrollo territorial del lugar que habitan, específicamente en el corregimiento de San José, el cual estuvo inmerso en dinámicas del conflicto armado interno (Cardona Arenas & Gaviria Muñoz, 2020).

Por lo anterior, el enfoque de esta propuesta es novedoso puesto que no solo representa un aporte a las investigaciones académicas sobre el conflicto armado en La Ceja, sino también al campo periodístico que dio cuenta de este fenómeno de forma superficial, imprecisa y coyuntural.

Metodología

Esta investigación periodística se desarrolló a partir de una metodología cualitativa, es decir, aquella que se caracteriza “por la obtención de información de manera inmediata y personal, utilizando técnicas y procedimientos basados en el contacto directo con la gente o realidad que se investiga” (Ander-Egg, 2011: 47). Se utilizaron las siguientes técnicas:

Consulta documental, es decir, “ponerse en contacto con el conocimiento acumulado acerca del tema o problema que vamos a investigar, a través de lo que otros vieron o estudiaron” (Ander-Egg, 2011: 129). La revisión documental tiene como objetivo “adquirir mayor información y conocimiento acerca del problema que se quiera estudiar” (2011: 87). Para los fines de esta investigación se realizó la consulta documental en archivos particulares, archivos de prensa y bibliografía específica sobre el tema investigado.

La observación participante, que según Ander-Egg (2011: 119 - 120) sirve “para la recogida de datos y de información usando los sentidos (particularmente la vista y el oído), para observar hechos y realidades presentes y a la gente en el contexto en donde desarrolla normalmente sus actividades”. La observación participante proporcionó información adicional sobre las personas o fuentes que fueron entrevistadas, así como las dinámicas presentes en el territorio en que se desarrolló esta investigación. Para esto, la técnica de registro empleada fue el diario de campo.

Entrevistas semiestructuradas, entendidas por Ander-Egg (2011:123) como el método donde “el entrevistador no debe ajustarse a un cuestionario, pero puede tener unas preguntas que sirven como punto de referencia. Lo fundamental es un guion de temas objetivo que se consideran relevantes a propósito de la investigación”.

Las entrevistas semiestructuradas se grabaron en audio, previa autorización de los entrevistados, y se realizaron de manera presencial a académicos que han estudiado el tema de esta investigación, representantes de instituciones públicas y privadas con incidencia en el municipio, líderes sociales y comunitarios que han adelantado procesos de acompañamiento con las víctimas, y habitantes de La Ceja que fueron víctimas del conflicto armado entre 1990 y 2008.

A partir de la aplicación de las anteriores técnicas, las historias que se reconstruyeron en esta investigación fueron definidas de la siguiente manera:

1. **Identificación del periodo de estudio:** con base en la información disponible en el RUV y el Observatorio del CNMH, se estableció como época de interés el comprendido entre 1990 y 2008 por ser el periodo en el que se registró un incremento en la ocurrencia de hechos victimizantes.
2. **Selección de modalidades de victimización:** la revisión de los datos del RUV permitió evidenciar que las modalidades de violencia que dejaron un mayor número de víctimas en el municipio, durante el periodo de estudio, fueron: a) desplazamiento forzado; b) asesinatos selectivos; c) desaparición forzada¹¹.
3. **Priorización de casos:** para los fines de esta investigación se reconstruyeron una historia de cada una de las modalidades de victimización mencionadas en el numeral 2.

¹¹ De acuerdo al RUV, con fecha de corte al 8 de mayo de 2023, el municipio de La Ceja cuenta con 2461 víctimas reconocidas de desplazamiento forzado; 2392 víctimas de homicidios y 216 víctimas de desaparición forzada.

Resultados

Algunas primeras veces

Años de calma

En 1985 la vida en La Ceja del Tambo era lenta y tranquila. Todo transcurría con calma y el progreso era una promesa. Para la época, sus 28 mil habitantes¹² confiaban más en Dios que en ellos mismos y los 134 kilómetros cuadrados del territorio se dividían en una pequeña zona urbana y en una extensa zona rural, conformada por trece veredas y un corregimiento, San José¹³.

Los 2200 metros de altura hacían que la niebla y el frío dominaran el paisaje montañoso, el mismo que antiguos pobladores cejeños compararon, según historiadores, con una ceja humana, lo que dio nombre al municipio.

La Ceja se ubica en la subregión Oriente del departamento de Antioquia, en la zona del Altiplano, y limita con Rionegro, La Unión, El Carmen de Viboral, Abejorral, Montebello y El Retiro.

En la subregión abunda el agua. Cuencas como la del río Nare, el Río Negro, El Buey, Calderas, Río Claro, Samaná Norte y Samaná Sur fluyen por estas tierras. Esa riqueza hídrica se ha traducido en energía, pues para 2010 uno de cada tres bombillos en Colombia brillaba gracias a la electricidad producida en la zona, según el informe *Oriente Antioqueño: Análisis de Conflictividad* realizado por Asdy y el Área de Paz, Desarrollo y Reconciliación de la Organización de Naciones Unidas.

Megaproyectos como las hidroeléctricas de Guatapé, San Carlos, Jaguas y Calderas; la extensión de las líneas de energía, la construcción de la autopista Medellín - Bogotá y del Aeropuerto Internacional José María Córdova, de Rionegro, empezaron a materializar la ilusión de progreso de los habitantes de esa subregión del departamento, entre ellos los cejeños, así lo explica el informe mencionado líneas arriba.

Sin embargo, “este crecimiento económico es una de las razones para que grupos guerrilleros y paramilitares se instalaran en la zona y afectaran las dinámicas de desarrollo que

¹² De acuerdo con el Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE, la población estimada en La Ceja para 1985 era de 28.766.

¹³ En 1982, por medio del acuerdo 058, se dio la creación y conformación del corregimiento de San José, ubicado al sur del territorio.

tenía el Oriente antioqueño”, sostiene Bladimir Ramírez Valencia, abogado, magíster en Derecho e investigador de la Universidad de Antioquia.

En La Ceja, hasta la década de los ochenta, según el exconcejal de la época Octavio Arias, el campo era la principal fuente de riqueza de sus habitantes: sobresalían los cultivos de tomate de árbol, mora, papa, fríjol y café. La tradición campesina era fuerte y la vida rural más activa que la urbana. Por costumbre, la cama se ocupaba desde temprano y se dejaba en la madrugada, pues el trabajo en los cultivos obligaba a los pobladores a descansar antes de que llegara la noche y a despertar antes de que saliera el sol.

Para ese entonces, las flores no eran una opción de desarrollo. No obstante, con la construcción del aeropuerto, muchas empresas floricultoras¹⁴ “llegaron en desbandada hasta el municipio por la facilidad que representaba el transporte para su exportación”, explicó Johan Andrés Higueta Granada, sociólogo de la Universidad de Antioquia, en la monografía [*La Unión: un territorio en disputa. Memorias del conflicto armado*](#).

Otra característica del municipio es su fuerte tradición religiosa, al punto de ser llamado por algunos habitantes como el “Pequeño Vaticanito”. La Ceja cuenta, por ejemplo, con 25 comunidades religiosas¹⁵, entre ellas la Conferencia Episcopal de Colombia y Los Siervos del Espíritu Santo, de la Asociación Sacerdotal San Pablo. En el municipio tiene su sede el Seminario Nacional Cristo Sacerdote, donde se forman jóvenes seminaristas de diferentes regiones del país. Y, por si fuera poco, cuando los sacerdotes tienen dificultades en su ministerio, en La Ceja se pueden internar en la casa de retiros El Rodeo de Santa Ana, ubicada a las afueras del pueblo, por la vía que lleva a la vereda San Nicolás. Este lugar es, además, un sitio de reuniones para curas que necesitan reflexionar sobre su misión en la tierra, su espíritu piadoso y la devoción al Señor.

¹⁴ Para 2023, en La Ceja hay diecisiete empresas dedicadas a la producción de flores, según la Secretaría de Desarrollo Económico del municipio.

¹⁵ Así lo afirmó el Despacho Parroquial de la Basílica Menor Nuestra Señora del Carmen.

Años de violencia

MAPA DEL ORIENTE ANTIOQUEÑO

Cuando se habla del desarrollo del Oriente antioqueño se refiere principalmente al éxito económico de municipios del Altiplano, como Rionegro y Marinilla, y algunos aldeaños como El Carmen de Viboral, El Santuario y La Ceja.

Sin embargo, como lo señala el informe *Oriente Antioqueño: Análisis de Conflictividad*, en la subregión el manejo de los recursos por cuenta de los megaproyectos hidroeléctricos¹⁶ y la industrialización fue excluyente y no benefició de la misma manera a todos los municipios, lo que generó rechazo por parte de la comunidad y se convirtió en una fuente de conflictos.

Ese crecimiento desigual de la subregión es una de las razones que dan los historiadores para explicar la llegada de grupos guerrilleros a partir de la década de los ochentas. En esos años, el Ejército de Liberación Nacional (ELN), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) establecieron su presencia. Esto se dio principalmente en municipios de las zonas de Bosques, Páramo y Embalses, como San Rafael, San Carlos, San Luis, Cocorná, Concepción, Alejandría, Argelia, Nariño, Sonsón y San Francisco, según el informe de Asdy y el Área de Paz, Desarrollo y Reconciliación de la Organización de Naciones Unidas.

Los objetivos de los grupos armados eran diversos. La guerrilla del ELN se interesó en la recién construida autopista Medellín - Bogotá, pues era un corredor estratégico que unía por tierra a las dos principales ciudades del país¹⁷. Por su parte, las FARC ubicó dos frentes en la subregión: el Frente 47, que se instaló en la zona de Páramo y los límites entre el Oriente antioqueño y el norte del departamento de Caldas; mientras que el Frente Noveno, se situó en las zonas de Embalses y Bosques.

En menor medida, el EPL llegó al Oriente antioqueño a través del Frente Elkin González (FEG) que, según *El Tiempo*, “comenzó a operar en los municipios de El Carmen de Viboral, La Ceja, El Santuario, Cocorná, parte de Rionegro, Marinilla y La Unión”.

En el caso puntual de La Ceja, se sabe que para finales de los ochentas¹⁸ estas tres guerrillas se ubicaron en el territorio de la siguiente manera: el ELN y el EPL se tomaron la parte nororiental del municipio; mientras que las FARC se situaron en la parte sur, invadiendo la zona boscosa de

¹⁶ El profesor Ramírez Valencia define al Oriente antioqueño “como una enorme despensa de agua al final de la Cordillera Central” y afirma que “en la mayoría de conflictos socioterritoriales de la zona está el agua. En esta subregión la guerra no fue por la coca, no fue por minería, no fue por monocultivos, sino que ha sido por el agua”.

¹⁷ Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, en el informe *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*, “en el tramo de la autopista comprendido entre los municipios de Cocorná y San Luis se perpetraron buena parte de los ataques a la infraestructura de transporte y vehículos, así como de los secuestros atribuibles a la guerrilla en la zona durante el periodo 1970-2010”.

¹⁸ A finales de la década de los ochentas, la población de La Ceja crecía considerablemente, pues según el DANE, en 1989, ya contaba con 33 mil habitantes. Su corregimiento, San José, se posicionó como “punto clave para la siembra de flores y cultivos como el tomate, la mora y el café”, afirma Nubia Bedoya, habitante y lideresa del corregimiento.

San José y fortaleciéndose en el corredor que conecta al municipio con el pueblo vecino de Montebello.

MUNICIPIOS QUE LIMITAN CON LA CEJA



Para la década de los noventa el accionar guerrillero en el Oriente antioqueño se intensificó. “En esa época se incrementaron los (...) ataques a las poblaciones, los grupos guerrilleros demostraron una mayor maniobra y despliegue militar con la incursión y uso de armas

no convencionales como cilindros y carros bomba que elevaron significativamente el potencial destructivo, acrecentando la exposición de la población civil”, detalla el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) en el informe [Granada: memorias de guerra, resistencia y reconstrucción](#).

En esos años, los medios de comunicación reportaban a diario acontecimientos relacionados con el accionar de los actores armados en la subregión. El periódico *El Tiempo*, por ejemplo, describió en su edición del [13 de septiembre de 1990](#) cómo la empresa de transporte TransUnidos, de La Ceja, decidió limitar sus servicios pues no tenía noticias sobre el paradero de Guillermo Cardona Arenas, subgerente de la compañía, quien fue secuestrado el 26 de julio de ese año por el ELN. Asimismo, la nota periodística informó que el 12 de septiembre, “tres hombres, que se identificaron como miembros del Frente José Alirio Buitrago, del ELN, incendiaron un bus en la zona rural del municipio de La Unión”. El vehículo iba de La Ceja con dirección a Sonsón.

En 1991, *El Tiempo* informó que los grupos guerrilleros “se apoderaron de 24 vehículos en los municipios de La Ceja, Marinilla, La Unión, El Santuario y Rionegro”. En esta misma nota periodística se cuenta que para el primer semestre de 1992 se realizaron “seis atentados guerrilleros en los municipios de La Ceja, El Santuario, Rionegro y La Unión”.

Las estadísticas del Observatorio de Memoria y Conflicto del Centro Nacional de Memoria Histórica evidencian una degradación de la guerra a partir de 1996 en todo el país. Para contrarrestar el accionar guerrillero, las estructuras paramilitares¹⁹ ocuparon “a sangre y fuego” múltiples zonas del territorio nacional.

En el caso del Oriente antioqueño²⁰ “la decisión de incursionar (...) fue ampliamente explicada por el comandante paramilitar Carlos Castaño en un reportaje periodístico de Elizabeth Yarce, en el cual éste insistió en el efecto desestabilizador que había logrado la guerrilla con las acciones de sabotaje en la vía Medellín - Bogotá y la infraestructura eléctrica”, describió el CNMH en el informe [San Carlos: Memorias del éxodo en la guerra](#). Y es que de acuerdo con [El](#)

¹⁹ Según el CNMH la expansión paramilitar a finales de la década de los noventa se da con la creación de las Autodefensas Unidas de Colombia, un intento de confederación de organizaciones paramilitares de todo el país que, para algunos autores se conformó con el fin de “obstaculizar el proceso de negociación entre el gobierno de Andrés Pastrana y los grupos guerrilleros”, mientras que otros autores consideran que el objetivo era “ampliar el control sobre las diferentes etapas de la cadena productiva de la coca y el narcotráfico”.

²⁰ El Oriente antioqueño se convirtió en “una de las cinco regiones de Colombia con mayor número de personas expulsadas de su territorio por el conflicto armado entre 1997 y 2004, junto con los Montes de María, la Sierra Nevada de Santa Marta, Urabá y Atrato. En ese lapso fueron expulsadas del oriente antioqueño 125.071 personas”, de acuerdo con el Centro Nacional de Memoria Histórica.

[Colombiano](#), el Frente Noveno y 47 de las FARC “fueron los responsables de los continuos bloqueos sobre la autopista Medellín - Bogotá entre 1996 y 2000”, generando poca circulación de vehículos e impidiendo, incluso, el ingreso de alimentos a los municipios de La Ceja, Guarne, Marinilla y El Santuario, todo por miedo al accionar de los grupos armados.

En La Ceja los primeros indicios de presencia paramilitar se remontan a 1995. Según [Verdad Abierta](#), fue en ese año que se instaló en el municipio Ricardo López Lora, alias ‘Marrana’, quien llegó con una primera estructura de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU). Su intención era, de acuerdo a este mismo portal, iniciar con su accionar delictivo y violento en La Unión y en el territorio cejeño donde contaba con doce hombres en la zona urbana y cuarenta en la rural.

En sus versiones de 2013, ante la Unidad de Justicia y Paz en Medellín, López Lora²¹ afirmó que llegó al Oriente antioqueño por orden del líder paramilitar Vicente Castaño²². Su tarea era enfrentar “la insurgencia” y a esas personas denominadas como “indeseables” por ser vendedoras y consumidoras de droga, actos que derivaron en enfrentamientos armados y en “limpieza social”. Según [Verdad Abierta](#), López Lora “recibía órdenes directas de Vicente Castaño, quien periódicamente le enviaba listas con nombres de hombres y mujeres que debían ser asesinados”.

A la guerra que libraron las estructuras guerrilleras contra las paramilitares se sumó una contraofensiva de las fuerzas del Estado. “A mediados de 1999, el Ejército arremetió contra lo que consideraba ‘la cuna de la guerrilla’, con el despliegue de la Operación Lusitania dirigida al Oriente antioqueño”, señala el CNMH. Para ese año solo el Frente Carlos Alirio Buitrago del ELN contaba en la región con “tres compañías militares integradas por 300 guerrilleros, a los que se le atribuyen un centenar de secuestros, ‘pescas milagrosas’, hostigamientos y combates sobre la autopista Medellín – Bogotá”.

²¹ En la audiencia presentada el 31 de octubre de 2013, López Lora mencionó a algunos miembros de la Policía Nacional y el Ejército acusándolos de facilitar sus actos criminales.

²² Vicente Castaño fue un líder paramilitar, hermano de Fidel Castaño, fundador de las ACCU; y Carlos Castaño, fundador de las AUC.

En el caso puntual de La Ceja, de acuerdo con Clara Inés García de la Torre y Clara Aramburo Siegert, entre los años 2000 y 2002 el Bloque Metro²³ y el Bloque Cacique Nutibara²⁴ se pelearon el dominio del territorio cejeño. Y ante el crecimiento de los paramilitares en la región y la presión del Ejército, grupos guerrilleros como el ELN y las FARC fueron disminuyendo su ofensiva, como lo afirma el CNMH: “la retoma militar-paramilitar del Oriente antioqueño empezó en la zona de Altiplano y se fue cerrando sobre las zonas de retaguardia de la guerrilla”.

Higuita Granada describe que “a partir de 2002 desaparecen las acciones del ELN en La Unión y La Ceja”. Asimismo, el portal [Verdad Abierta](#) señaló que, en 2003, “tras seis meses de ofensiva, el Ejército dio de baja a 215 guerrilleros, capturó a 85 y logró que se desmovilizaran 188 de las FARC (...). Después de contar con más de trescientos hombres en la región, las FARC se vieron reducidas a un pequeño grupo de veinte y terminaron desmovilizándose en 2008”, concluye el medio.

En cuanto al accionar de los paramilitares, García de la Torre y Aramburo Siegert relatan que en 2003 el Bloque Metro empezó a desarticularse hasta su desmovilización ese mismo año. Por su parte, los integrantes del Bloque Cacique Nutibara se desmovilizaron tras el Pacto de Santa Fe de Ralito²⁵. Sin embargo, “el mismo Don Berna dio la orden de crear el Bloque Héroes de Granada para controlar las zonas²⁶ que habían dejado los desmovilizados Bloque Metro y Bloque Cacique Nutibara. Este nuevo Bloque inició su accionar desde mayo de 2003 con asiento en municipios del Oriente y el Área Metropolitana” y dejó las armas en 2005, tras los procesos de desmovilización adelantados durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, explica el CNMH.

²³ Según el portal [Rutas del Conflicto](#), “el Bloque Metro se creó en 1997 como parte de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. Los crímenes más recurrentes cometidos por este grupo fueron los asesinatos selectivos, las desapariciones forzadas y el reclutamiento de menores”.

²⁴ El origen del Bloque Cacique Nutibara (BCN) se remonta al año 2000, en la ciudad de Medellín. El BCN fue una “estructura paramilitar que tuvo una organización política, militar y económica, contando con lo producido por el narcotráfico”, como se expresa en la [Sentencia de Primera Instancia del Bloque Héroes de Granada](#), y se originó bajo el mando de Diego Fernando Murillo, alias ‘Adolfo Paz’ o ‘Don Berna’.

²⁵ El Pacto de Santa Fe de Ralito es un acuerdo firmado por el gobierno del expresidente Álvaro Uribe Vélez y las AUC con el objetivo de desmovilizar y reincorporar a paramilitares de dicho grupo armado. Este proceso se llevó a cabo entre el 2003 y 2005, siendo liderado por el entonces Alto Comisionado para la Paz, Luis Carlos Restrepo y fue firmado en Santa Fe de Ralito, corregimiento de Tierralta, Córdoba. De acuerdo con [Verdad Abierta](#), “el gobierno presentó un proyecto de ley que proponía penas alternativas para los jefes paramilitares que optaran por desmovilizarse. Fue el comienzo de debates en el Congreso por buscar castigos más severos contra los victimarios e incluir más a las víctimas”.

²⁶ En La Ceja, el Bloque Héroes de Granada se estableció en el casco urbano con el objetivo de mantener el negocio del narcotráfico.

En resumen, según el Registro Único de Víctimas (RUV), los años de violencia en La Ceja dejaron entre 1990 y 2008 por lo menos 4830 víctimas: 2192 sufrieron desplazamientos forzados, 2250 fueron víctimas directas de homicidio y 193 de desaparición forzada.

Nos quitaron a Saúl

Según el Registro Único de Víctimas, entre 1990 y 2008 fueron desaparecidos 193 habitantes del municipio de La Ceja. Esta es la historia de Saúl Cárdenas Cardona, quien tenía 41 años cuando fue retenido y obligado a salir de su casa por paramilitares del Bloque Metro. Nunca regresó.

Los hijos de San José

*“Los muertos sin tumba,
las tumbas sin nombre,
las mujeres y los hombres que el terror tragó,
los bebés que son o han sido botín de guerra”.*

Eduardo Galeano

Soy Luz Alba Cárdenas Cardona y nací el 16 de abril de 1947. Mi papá se llamaba Alfonso de Jesús Cárdenas y mi mamá Carmen Rosa Cardona. En este momento vivo sola en el corregimiento de San José, en La Ceja. Mis padres murieron... toda mi familia también se ha muerto y me quedé sola en esta casita. Mucha gente se asusta y yo les digo: pa' que vea, vivo sola y amanezco sola. Bueno, tengo una lora, Niña, que nunca me abandona y me sigue para todas partes. Ella es mi motor de vida.

De tantos hermanos que tenía solo quedamos tres vivas: dos hermanas casadas, que viven en Medellín, y yo. El primer hijo de mi mamá fue un aborto. Yo no sé muy bien qué fue lo que pasó, pero sí recuerdo que mi mamá una vez me habló de eso. Después nació Rosa María, que ahora vive en Medellín; luego José Nelson, que ya está muerto; siguió Carmelina, que también vive en Medellín, y yo creería que después de ella sigo yo. En todo caso, yo soy como la tercera o la cuarta.

Siguió uno que se llamaba Moisés, que ya falleció; otro hermano mío, Walter de José, el niño de los hombres, no había cumplido los 18 años cuando se fue pa' los lados del Suroeste a coger café y nunca regresó, o sea, él está desaparecido hace ya... ¿cuánto tiempo? Nosotros nunca

supimos qué le pasó, solo que se fue a coger café y no, no volvió. También tuve un hermano que se llamaba Saúl. A él me lo desaparecieron y me lo mataron en esa violencia tan dura que hubo por acá, en San José.

Tuve otro hermano... ¿cuántos éramos nosotros pues? ¡Esta memoria mía! pero se llamaba Luis Ángel, que también murió, ¡qué pecao! Y otra hermana, que se llama Aracelly y también falleció. Entonces, éramos cuatro mujeres: Rosa, Carmelina, Aracelly y mi persona; y los hombres eran cinco: Nelson, Moisés, Saúl, Walter y Luis Ángel, todos muertos.

Esa era mi familia, muy grande, ¿no?

Un San José donde no mataban gente

Nosotros vivíamos en una zona rural de Sonsón que se llamaba San José. Toda mi niñez la pasé allá. Toda mi familia era de allá. ¿Qué le parece? nacimos y vivimos en una vereda que se llamaba San José y mire, terminamos viviendo acá, en San José de La Ceja... casualidades de la vida que también se llamara así, aunque allá no mataban gente.

Nosotros estudiamos en el campo y vivíamos muy felices porque ¡jum! era muy bueno. Yo estudié hasta quinto de primaria. Mis hermanas y hermanos también. Unos hasta quinto, otros hasta cuarto y así. Cuando salíamos del colegio ¿qué más íbamos a hacer? nos quedábamos ayudándole a mi mamá en la casa y los hombres ayudándole a mi papá, porque papá se iba a *jornaliar* y entonces se los llevaba a todos. Cuando había trabajo, se iban con papá, cuando no, le llevaban el almuerzo o la comida del día y hacían travesuras en esos caminos. Uno al final se pone a pensar y la vida es hasta buena, ¿no? Pero en la niñez, porque ya después...

Yo recuerdo, es que a mí no se me olvida, que mi hermano Nelson era el que iba a llevarle el almuerzo a mi papá. Había que ir muy lejos. Mi mamá lo mandaba con un sancochito en esas ollitas pequeñas, de esas que mantenían la comidita caliente. Entonces, el sancocho llegaba allá sin carne porque él se la comía en el camino. “¿Esto por qué no trae carne? Ni porque yo no hubiera llevado carne a la casa”, decía mi papá. “No, es que por allá se me *voltió* la olla y la carne quedó en el camino y yo no quise recogerla”, respondía Nelson... ¡y mentira que él se la comía! “Muy raro, porque yo veo que esto trae caldo y todo”, decía papá. Eso nunca se me olvida. Hasta que después Nelson confesó: él le contó a mamá que se había comido la carne y que mi papá estaba muy bravo.

En el campo era muy bueno porque nosotros pequeños, cuando no teníamos que estudiar ni hacer nada, nos cogíamos unas hojas de esas con que sacan las cabuyas, esas que son anchas, grandes... ¿cómo es que se llama eso? Ah, sí, hojas de fique; entonces, por allá en esas mangas, en esas pencas, nos deslizábamos todos en fila. Y yo me acuerdo que teníamos una vaquita de leche, porque mi papá por donde iba siempre le daban una vaquita de leche para ordeñar, porque como íbamos de agregados, él tenía que ordeñarla. Y entonces mi mamá nos decía: “vengan temprano, porque tienen que encerrar el ternero”. Y ¿cuál temprano? ¡ja! se llegaban las seis de la tarde y nosotros todavía sin llegar, por allá felices *lisándonos* en esas pencas.

También recuerdo que, en esa finquita, en Sonsón, papá tuvo un rebaño, un rebaño de ovejos y como le tocaba motilar esos animales, nos llevaba a nosotros para que le ayudáramos. Me recuerdo de esa lana y me da risa, pero ¡ay!, ay del que le hiciera *recocha*... mi papá era muy serio, eso no era una charla, eso era trabajar y ¡ay del que estuviera *recochando* y riéndose!

Yo no fui tan tremenda. Digo que nunca fui tremenda porque no supe que fue una pela de mi mamá ni de mi papá. En cambio, Nelson, el que se comió la carne, ese era muy tremendo, ese sí se lograba unas pelas de mi papá que ¡qué miedo! Los otros no eran tan horribles. El más horrible era Nelson, la oveja negra.

Nos vinimos de Sonsón cuando a mi papá le pidieron la finca. Cuando uno está de agregado le piden la finca y se tiene que ir de ahí. Y mi papá se tuvo que dispersar y buscar dónde trabajar y vivir con nosotros.

Una vez nos fuimos a vivir por allá por la represa de La Fe, cerca de El Retiro, en una hacienda muy grande, gigante, que se llamaba Fizebad. Eso ya lo parcelaron, pero primero eso era toda una hacienda hasta arriba, al *voltiar* la montaña.

A nosotros también nos tocó vivir por allá, al otro lado de la montaña. No recuerdo en qué tiempo fue. De lo que sí me acuerdo es que mi papá vivía muy contento porque eran unas pineras, había muchas casitas, todas hechas como del mismo modelo, unas casitas hasta lo más de bonitas, pero no tenían luz. Nosotros éramos felices porque esa casa era embaldosada. No era de nosotros, pero no importaba. Y el fogón era de esos de leña que tienen unos planchones, y uno colocaba las ollas y salía el humo por unas chimeneas, y mi mamá era contenta haciendo las arepas en ese fogón. Todo lo hacía en ese fogón.

Mi papá consiguió trabajo por allá. A él le tocaba podar todas esas pineras. En ese tiempo se iban mis hermanos a ayudarlo, porque cuando eso ninguno se había casado. Ellos todos fueron

afiliados a esa empresa, a Fizebad, y a mi papá le pagaban todas las prestaciones, todo. Allá éramos más felices, porque si los muchachos trabajaban, también les pagaban. Todos felices, de eso sí me acuerdo yo. Y gracias a esa empresa mi papá se pensionó.

Luis Ángel, mi hermano

Cuando vivíamos por Fizebad, era como un viernes, eso no se me olvida, estaba haciendo mucho verano y Luis Ángel le dijo a mi mamá que iba para donde un amigo. Su amigo vivía al otro lado de la montaña, entonces salió y ¿qué le parece? llegó la noche y no apareció. Y al sábado ese muchacho sin llegar. “Ese muchacho por qué no llega”, decía mi papá muy preocupado y angustiado. Entonces, como en ese tiempo no había teléfono, no había nada, ¿a dónde se iba a comunicar uno? Nosotros ni nos acordábamos cómo se llamaba el amigo. Pasó el sábado y nada que llegaba. Tuvo que haberse ido por la carretera destapada, una carretera que no era muy transitable, porque yo no recuerdo otra vía por ese lado. “Va a haber que ir a buscarlo”, decidió papá intranquilo. Papá contaba que se fue preguntando por él a ver si lo habían visto, se fue averiguando, averiguando, pero la cosa era que no nos conocían casi por allá.

Qué le parece que cuando mi papá iba llegando a una quebrada, sintió una cosa muy horrible, como una corazonada, o eso fue lo que nos dijo: “Yo presiento algo muy horrible... ¿a mí qué me va a dar?, ¿qué es esto?”, contaba papá mandándose la mano al corazón. “¿Yo por qué siento algo raro? ¿Por qué, dios mío? ¿Será una corazonada?”. Entonces papá se paró en un bordo del camino, abajo había monte y bajaba la quebrada. Cuando mi papá se paró allá sentía algo muy horrible. Y, pues, sintiendo eso tan maluco se bajó por ahí y pensó que de pronto a Luis Ángel le había dado por meterse a la quebrada a bañarse. Papá llevaba un machete y un palo y se bajó por ese monte. Nos contaba que mientras más bajaba, más maluco se sentía y para colmo de males estaba solo.

Cuando llegó abajo vio que en el bordo de la quebrada estaba doblada, a un ladito, la ropita de Luis Ángel. Mi papá, al ver que estaba la ropita ahí, se puso con un palo a juzgar a ver qué encontraba en el agua y sintió algo en el fondo, como atrancado. El palo se le atrancaba y nada. Mi papá ahí mismo se puso a llorar. De una se vino y llorando llegó a la casa para decirnos semejante noticia. A según cuenta la gente, pues, porque esto es lo que dicen, Luis Ángel sí fue por allá por ese lado, que se veía muy acalorado, muy agitado y de venida se tiró a ese charco y que ahí mismo

le dio un infarto. Todos queríamos ir a buscar, estábamos desesperados “¡no se vayan a ir por allá! ¡No, no, no, no se vayan! Él está incrustado allá”, nos gritaba papá desconsolado.

No me acuerdo como fue el resto, pero sí recuerdo que llamaron a los buzos de El Retiro. Al domingo fue que llamaron, imagínese. Cuando vimos pasar ese carro con esa gente, ahí mismo todos llorando: mi mamá llorando, todos muy tristes. Yo me recuerdo que salí corriendo a verlo de primera y mi mamá no me dejó. Me sostuvo y no pude volver a ver a mi hermano. A él lo sacaron del agua a los tres días, ese domingo.

Lo que sí vimos fue cómo se metieron esos buzos al agua. El charco medía siete metros de profundidad. Yo escuchaba cómo se avisaban entre ellos que ya iban saliendo del agua con el cuerpo de Luis Ángel y antes de sacarlo nos hicieron retirar, nos tocó retirarnos y no pudimos velarlo. Recuerdo que lo enterramos en El Retiro.

Esta finca es un palacio

Una vez iba mi papá para El Retiro a mercar, cuando se encontró con don Ignacio, un señor que distinguía y que vivía por allá, por La Ceja. Fue un domingo que se pusieron a hablar, y me imagino que a cerveciar, no sé, entonces ese señor le preguntó a mi papá que cómo estaba. Papá le contó que estaba de agregado en esa montaña. Entonces, el señor le dijo que le habían ofrecido una finca muy buena por los lados de La Ceja, pero como era tan costosa, no podía comprarla solo.

“A según como me pintan la finca, a mí me gusta mucho. Pero a mí solo, me queda muy duro comprarla”, dijo don Ignacio y siguió hablándole a papá: “oiga, Alfonso, ¿por qué no compramos esa finca entre los dos?”, le preguntó. “Pues como que sí me suena ese negocio”, le dijo mi papá. Y como él ya tenía un ingresito, pues tenía forma de pagar. “Cuando quiera vamos a verla, porque hay que conocerla”, respondió don Ignacio. “Claro, es que yo a ciegas no me voy por allá. Tenemos que conocerla, que no vaya a ser en unos extramuros o al bordo de una quebrada o un río”, le dijo papá.

Entonces, ese día por la tarde, mi papá llegó a la casa y contó lo que don Ignacio le había dicho. Yo estaba ahí y escuché todo. “Nosotros quedamos de ir dentro de quince días. Él dijo que siempre quedaba retirado de La Ceja, dizque por allá en una parte que se llama San José. No sé, hay que ir a ver, pero el señor como que tiene carrito, entonces él nos lleva, se va con nosotros. Inclusive, va a ir la señora y la familia de él. Que allá podemos hacer un sancocho”, habló papá

largo rato sin dejar que nosotros dijéramos alguna cosa. Y así fue. A los quince días se hizo el viaje, pero antes habló con mamá:

— Oiga, para que nos vamos. Nos vamos usted y yo— le dijo papá.

—¿Y de los muchachos quién irá? — le respondió ella.

—No, como que el carro es más bien pequeño, no es muy grande, es mejor irnos nosotros dos porque no caben todos.

Todos decían en la casa: ¡yo quiero ir! ¡yo quiero ir! ¡yo quiero ir!

—Yo no sé, pero yo sí voy a ir cómo sea. Yo voy, yo quiero ir y yo quiero ir— dije bien seria.

—¿Entonces qué hacemos si su mamá quiere ir? — respondió papá.

—No, entonces que vaya la niña, que vaya Alba— escuché que mamá dijo cediéndome el puesto—váyase Alba, decida usted, lo que a usted le parezca, lo que usted diga, pero que no vaya a ser una casa al borde de un río.

Entonces don Ignacio vino. Teníamos que bajar a la avenida de Fizebad y allá nos recogió. Él venía con la señora y uno de sus hijos y trajeron con qué hacer un sancocho.

Vimos la casa y cuando eso, esto era lleno de cafetales, pero de ese cafetal que llaman pajarito, que es muy alto, que toca poner escalera para cogerlo. Entonces vimos el terreno y a todos nos gustó. Aunque este frente era un tierrero, mi papá fue el que le echó cemento a este suelo.

—Apá, pues yo no sé, la casa está buena, es habitable, con tal que uno no se moje— le dije yo.

—Lo que usted diga, hija, usted es la que manda— respondió papá, tan bello él.

—Pues, a mí sí me gusta, esto es una casa grande y tiene uno a donde moverse— dije yo.

—Ustedes son los que van a vivir ahí, bien pueda, si no le gusta dígame y no me meto en ese negocio— me respondía él.

Ya después se hizo el negocio para comprarla en compañía. Cuando eso, esta casa era pintada de rojo y azul, los pilastros eran azules y rojita la base. La casa se veía muy bonita, muy pintadita, entonces a mí me gustó mucho. Para uno que estaba acostumbrado a no tener nada, esta casa era un palacio. Para mí era un palacio.

Las escrituras se hicieron 1991 y ese mismo año nos vinimos para acá. En esa época esto valía casi siete millones de pesos. Después del negocio llegó el tiempo de partir el terreno. Es que

esto era muy grande: tenía cafetales, plátano, palos de naranjas, de limones y otra casa más arriba que era parte de la misma finca.

“A mí me interesa la casa de arriba, porque puedo meter mi carrito ahí”, se adelantó don Ignacio. “Bien pueda don Ignacio, que a nosotros nos gustó la casita de abajo, es muy buena porque queda aislada de todo”, dijo papá sin problemas. Es que él era muy tranquilo. Y así fue: partieron la tierra y se terminó el negocio.

Después de eso vinieron mi papá y mi mamá, y ella contenta. Cuando la vio se puso feliz. Estuvo tan contenta, estuvo tan feliz, tan feliz, que mi papá hizo un préstamo y compró una vaquita. Esos préstamos no los hacían en La Ceja y papá tuvo que ir a El Santuario. Mi papá nunca le dijo a mamá de que iba a comprar vaca. Cuando un día cualquiera, le dio la vaquita a mamá: “Alba venga, acompáñeme por allí donde un señor”, me dijo todo misterioso el viejito. Y vi que salió por allá con una soga en la mano y le pregunté que por qué. “Venga que por allí le digo para que su mamá no se dé cuenta de los negocios”, respondió mi papá. Y me fui con él. Es que para donde me invitara, yo me iba.

Entonces llegó y me dijo: “venga, es que tengo una vaca negociada y usted no se imagina que vaca tan buena, entonces para que se la traigamos a su mamá y ella la ordeñe”, dijo mi papá. ¡Ay!, y esa alegría mía tan horrible. Eso fue por allá antes de llegar a San José, por allá en una entrada.

Apenas llegamos, mi papá cogió la vaca y ya como que había negociado todo, porque no fue sino coger la vaca y devolvemos otra vez pa’ la casa. En esas, me dio un lazo para que la trajera cogida. Cuando eso, todos los caminos eran destapados y San José era bueno, de ambiente. Entonces nosotros pasamos por todo San José arriando esa vaca todos felices.

Y llegamos con la vaca. Recuerdo que eran como las cinco de la tarde cuando mi papá la amarró allí, en la entradita. “Ustedes para dónde se habían ido, mire que no tomaron el algo ni nada”, dijo mamá. “No, estábamos haciendo unas vueltecitas por allí. La niña me estaba acompañando”, inventó mi papá, ¡qué berraco!

Entonces mamá nos dio el algo, cuando empezó esa vaca a bramar. Y mamá *cabriada* porque por ahí bramaba una vaca. “¿Será que entró por ahí un animal?”, le dijo el viejo. Y entonces mamá salió a ver qué era lo que pasaba y esa vaca no hacía sino bramar ahí amarrada, y empieza mamá a gritar: “¡Alfonso, Alfonso, venga que ahí amarraron una vaca! ¿quién pasaría y amarraría esa vaca?”, gritaba muy preocupada.

Entonces mi papá salió de la casa: “vaya traiga una totuma y llénela de leche”, se reía muy feliz. “¿Y cómo voy a ordeñar esa vaca ajena? ¡No, no, no! yo no voy a hacer eso, cómo voy a sacar leche de ese animal”, decía mamá.

Al verla tan desesperada, mi papá le dijo la verdad: es esto, esto, esto y esto... “¡Es suya, hija! ¡Esta vaquita es suya!” dijo papá y la abrazó. Y mamá empezó a brincar y ¡Ay, esa alegría! Y empieza a cantar y brinque y brinque y decía: “Ay, gracias a Dios, ¿cómo es que tenemos lechita? ¡que felicidad!”, eso no se me olvida nunca a mí. “¿Es de verdad que tengo que ordeñarla?”, respondió toda contenta mamá y salió corriendo a buscar una de las totumas y ahí mismo a tomar leche caliente con arepa migada... ¡Ay, eso tan rico! Leche recién sacada. A mi mamá no se le acababa esa felicidad.

La vaca duró con nosotros, yo le pongo tres años. Y mamá feliz. Ella madrugaba todos los días, no esperaba a que amaneciera, y nos despertaba y nos llevaba leche caliente y gritaba: “¡levántense a tomar la leche!”

Lo que hace que mi papá y mis hermanos faltaron, quedé sola. No quedó más nadie. Yo vivía con Aracelly, mi hermana, y entre las dos cuidábamos a papá cuando le dio el derrame. Ya después papá murió y luego, también, murió Aracelly.

Cuando quedé sola, Nelson venía a darme vuelta, a ayudarme a coger el café y a hacer cositas. Pero si uno se pone a pensar en todo eso se llena de nostalgia. Yo no tengo tiempo para pensar esas cosas. Yo no me puedo deprimir. Yo tengo que seguir adelante como sea. ¿Cómo me voy a echar a morir? Tengo unas hermanas todavía, unos sobrinos que, mejor dicho, esos sobrinos me adoran, me quieren mucho. Tengo muchos familiares y cómo me voy a echar a morir de la pena moral. Toca seguir para adelante. Echar pa’ delante como dice el cuento.

Nunca tuve esposo. Tuve mis novios, sí. Mis novios sí los tuve, pero para yo pensar en vivir con otro, no, yo qué me voy a casar. Nunca me gustó. Ay no, qué pereza. De pronto me canso de esa persona o me sale borracho y yo no tengo paciencia para lidiar con un borracho. Si uno supiera qué suerte le va a tocar, yo diría otra cosa, pero... ¡ay no!

Entonces cuando todos empezaron a faltar, cuando murió papá, Aracelly y Nelson, yo me quedé sola, desde eso amezco sola acá. También le doy gracias a mi Dios, que me hizo una persona valiente, porque si yo siento un ruido, salgo a ver qué pasa. A mí no me da miedo. De noche. A la hora que sea, salgo a ver qué pasó.

Por eso, por no darme miedo, a mí me pasó algo muy horrible acá. A mí me atacaron. No me robaron, pero sí me atacaron. Eso para mí fue muy horrible, uno queda *sicosiado*. ¿Sabe a qué hora me atacaron a mí? Era la una y media de la mañana. Yo digo que era una persona muy conocida, porque esa persona, quizás, conocía a mi hermano, a Nelson, que era el que estaba pendiente de mí.

Tocaron en la primera puerta y esa persona decía como si se estuviera muriendo alguien: “Alba... Alba”, me llamaban bajito, como si estuviera agonizando o susurrando. Pensé que era un vecino al que se le había muerto alguien. “Ay, qué le pasará a ese vecino”, me dije cuando me desperté y lo escuché. Imagínese cómo estaba yo de confiada que, en vez de abrir una venta, abrí la puerta completa y me asomé. Lo que esa persona hizo fue que, mientras yo abría, vino recostada a la pared y se abalanzó y me encuelló. ¡Me encuelló!

“Deme cincuenta mil”, me dijo mientras me tenía del cuello: “¡Deme cincuenta mil, pues!” ¿Yo de a dónde cincuenta mil pesos? “Yo no tengo plata”, dije con mucho miedo. Por más que uno sea valiente, a uno le da miedo, uno se asusta, ni porque uno fuera de piedra. “No, yo de a dónde cincuenta. Yo no tengo cincuenta mil pesos. Yo de a dónde le voy a dar toda esa plata”, le seguía diciendo al señor.

Mientras le decía eso, sostenía la puerta con el pie. Me recuerdo que en la cabeza ese señor tenía un trapo blanco con dos huequitos en los ojos para ver, a mí eso no se me olvida. También, tenía una chaqueta negra y unas botas largas. Entonces vi que él con la bota empujaba la puerta como bregándola a abrir y ahí mismo pensé: si ese hombre abre esta puerta, me encierra adentro. ¡Me encierra! Y yo no sé, pero mi Dios me dio fuerzas, y yo les pedía a todos los santos, a las ánimas de mamá y papá para que me ayudaran porque fue un momento muy difícil para mí. Entonces él era bregando a abrir la puerta y yo como que con más fuerzas la sostenía. “¡Me los tiene que dar!”, me gritó muy horrible, como con rabia. “Lo único que yo tengo son dos mil pesos”, le dije. Y eso que era una devuelta que tenía ahí, encima del escaparate. “Yo le doy dos mil pesos”, le dije. “Eso pa’ que *hijueputas*... harta gracia dos mil pesos”, me respondió. “No tengo más, pero espere yo llamo a mi hermano, que mi hermano está”, le mentí. “¿Cuál hermano? Él ya está muerto. ¿A quién va a llamar? me los tiene que dar”, insistió. Por eso digo que él sabía que yo estaba sola y que mi hermano ya estaba muerto. ¿Quién sabe quién habrá sido?

“Me los va a dar o se muere, Albita...”. Yo empecé a pedir muy desesperada a los santos. “Y no intente llamar porque esas líneas ya están cortadas”, me decía mientras sacaba semejante

navaja de esas que se abren automáticamente. La va sacando de atrás, y ahí mismo me la fue acercando: “me los va a dar o se va a morir”.

¡Ay, Dios mío! de tanto pedir yo creo que saqué fuerzas o me las dieron las ánimas. Uno sí tiene que tener fe. Me sentí con muchas fuerzas y, no sé cómo, le corrí esa bota pa’ fuera. Con el pie corrí la bota y logré cerrar la puerta de la fuerza que tuve. Y ahí mismo me atranqué, yo ya no me acuerdo con qué diablos me atranqué y me encerré. Prendí todas las luces adentro, las luces de afuera. Todo lo prendí. Y claro, uno ya queda enfermo, *sicosiado* y lo único que pude hacer fue sentarme a llorar y se me subió la presión. Sentía la cara colorada, yo me sentía caliente, caliente, y un dolor de cabeza que no me dejaba ver, yo no veía. Yo me quería como estallar del calor. Yo era desesperada: “¡Ay, Dios mío! ¿qué voy a hacer? me voy a morir acá sola...”, me decía yo misma. “Ay, Dios mío, ayúdame...”.

Cuando me dije eso como que reaccioné y ahí mismo me acordé del celular que tenía sobre la mesita y marqué al primer número. No sabía quién era, pero marqué a ese primer número. Y soy tan de buenas que contestaron de una finca vecina, don Guillermo. Y sería que lo tenía a un lado, porque contestó a esas horas de la noche. “¡Ay, don Guillermo, don Guillermo, vengase que me acaban de atacar!”, le dije llorando. Y Dios es tan bueno que se vino, en diez minutos se vino y eso que vive muy abajo. Subió con un machete en la mano y se vino por unos caminos pa’ ver si encontraba el atacador y nada. Cuando me vio, me encontró muy mal. “Ay doña Alba, yo a usted la veo muy mal. Está colorada... si quiere recuéstese, recuéstese, tranquila que yo me voy a quedar”, me dijo don Guillermo muy preocupado. Entonces él empezó a celar esta casa prácticamente, por todas partes y yo qué me iba a recostar, me senté y saqué un termo que mantengo con tinto. “Venga, don Guillermo, tome tintico mejor”, dije yo con esta tembladera. “¿No va a llamar a sus familiares?”, me preguntó. Pero para qué los iba a llamar a esta hora.

A las ocho de la mañana vine a llamar a mi hermana, porque me tomé un acetaminofén y se me calmó el dolor de cabeza. Le marqué y se asustó mucho, pues, uno a las ocho de la mañana llamando. Cuando empecé a hablar con ella bregué a serenarme y estar tranquila. La llamé para preguntarle si podía tomarme una aromática de cidrón, porque tenía la presión como alta. “¡Ay! ¿Usted por qué tiene la presión alta? ¿Qué pasó? ¿Qué fue? ¿qué fue?”, me preguntó y yo le respondí que no me preguntara, que me dijera si me podía tomar esa rama. “Sépala pues hacer: vaya hágala en un poquito de agua, échele un cogollito, no mucha rama, sino un cogollito de rama y tómeselo tranquilamente. Si es posible, tómeselo todo el día, pero... ¿por qué tiene esa presión

alta?”, me dijo. Entonces le conté todo, colgamos y empezó ese teléfono a sonar todo el día. Ella se comunicó con mi otra hermana, otros familiares y todo el día sonando ese teléfono. “Ay Alba, vengase, vengase y deje esa casa allá, deje eso y véngase”, me decían mis familiares. Y yo pensaba: cómo me voy a ir, a dejar todos estos animales, todo esto. Solo pensaba en este animalejo.

Lo que me pasó fue un lunes festivo por la noche y el martes fue que toda la familia se dio cuenta. Al miércoles, aquí vinieron por mí. Vino mi cuñada, mis hermanas, mis sobrinas, todas en un carrito y aquí vinieron por mí que para llevarme. ¿Y qué hicieron por mí el miércoles? Ayudarme para dejar todo organizado y cerrar esta casa. Yo tenía diez gallinas y de una empezaron a llamar por allá a ver quién me las compraba. ¿Y la lora? A la lora nos la llevamos en el carro.

En esa época me quedé en Medellín como tres meses. Allá apenas tocaban la puerta yo sentía que algo venía. Yo quedé *sicosiada*, quedé enferma, pero gracias a Dios y a toda la familia pude salir adelante, fue mucha la colaboración, qué más que no me tocó ir donde un médico, gracias a la ayuda de ellos. Me iba a venir como al mes y no me dejaron. Esa familia mía tan bella, tan hermanada. Esas son las cosas que me ha tocado a mí en mi vida, y pues... de todo esto me quedó el consuelo de que no le di ni los dos mil pesos.

Carmen Rosa, mi mamá

Mamá era feliz acá, porque esta fue su única casita propia y le tocó gozarla como siete años. Ay, bendito sea mi Dios, ella murió de un infarto fulminante.

Mamá sufría de la presión y tomaba pastillas para eso. Estando acá le resultó una herida en la pierna, no se sabe de qué fue y ella consultó donde el médico y le mandaron unas inyecciones, como penicilina o algo así. Una vecina de una finca más arriba era la que le aplicaba esas inyecciones. Mamá fue a que le aplicaran una de esas y cuando ya iba a salir de la casa de la señora se empezó a sentir maluca. “Yo me siento muy rara, muy maluca”, le dijo a la vecina. Cuando dijo “maluca” fue que cayó redondita. Cayó en los brazos de la señora, ella fue la que la recogió. No hubo tiempo de nada. Mamá ya estaba muerta. Eso fue en febrero de 1998.

Ella murió acá en San José, en este San José donde estaban empezando a matar gente, donde se estaba viendo gente armada por todos estos montes. Y qué le parece que la misa de entierro fue en una iglesia que también se llama San José. Ve, qué curioso, otro San José.

Mamá fue velada en Medellín, porque un hermano mío que vivía por allá, Moisés, quiso que la velaran en la casa de él. Moisés no quiso sala de velaciones. Nada. Quería velar a mi mamá en su casa, entonces por eso se trasladó allá.

Sin Saúl la vida es una pena

Uno los veía y creía que era el Ejército. Es que me acuerdo que eran de ese camuflado manchadito, de ese que los soldados también vestían en el monte. Entonces uno veía por ahí de esa gente y uno pensaba que era la ley. Uno se confiaba porque la ley estaba por ahí. Y eran bien armados con esos fusiles.

Cuando ya llegaron al corregimiento empezaron a escribir en esas paredes, todas las rayaron. Todas, todas, todas. Y ya no dejaban siquiera salir. ¡Ay del que estuviera después de las seis en la calle!, tenía que estar uno encerrado a las seis de la tarde. Encerrados y no salir. ¡Ay del que saliera!

Desde que empezaron a rayar todo eso, ya se sabía que eran grupos armados, otro grupo diferente al Ejército. Y esas balaceras que se formaban... pasaban como silbando, unos zumbidos que uno se tenía que meter debajo de la cama. Eran como cruces de balas de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, eso era una cosa muy miedosa ¡qué horror! Uno bregándose a resguardar... ay qué tal que eso se vuelva a repetir.

Ya después se empezó a escuchar que mataron a fulano de tal. En cada vereda se daban cuenta de qué era lo que pasaba. Por ejemplo, aquí cerquita mataron a una señora, un señor y su hijo, personas de la misma familia, a ellos los masacraron. Los sacaron de la casa y se los llevaron por los lados de La Unión y por allá los mataron. Lo que no sé es dónde los tirarían. No sé. Pero a ellos sí los mataron. Esa familia tenía otros tres muchachos solteros, y estando en las novenas se los llevaron. Se los llevaron y los desaparecieron por los lados de San José, pues, de la cabecerita para allá, y no sé si a esos los encontraron. Era mucho el miedo en ese tiempo. Yo creo que ellos estaban solos haciendo las novenas porque ¿quién iba a ir? ¡Qué miedo! No, no, no, nadie salía por allá. O sea que fueron como seis personas de una misma familia. Muy duro eso, que pesar.

Esa gente era muy amiga de Saúl, mi hermano. Él era enfermo mental, sufría de esquizofrenia y después de darse cuenta que acabaron con esa familia y que estaban matando a muchos amigos de él, se empezó a parar en las esquinitas de la finca a gritar: “¡Estos *hijueputas!*”

Descarados que vienen a matar gente inocente, gente que no tienen que ver con nada ¿Por qué los mataron?”, gritaba cosas así.

A mi hermano lo desapareció esa gente armada. Lo sacaron de acá de la casa. De la piecita donde él dormía. Por su enfermedad nosotros lo teníamos en tratamiento. Teníamos que llevarlo a control cada mes y medio, por allá al hospital mental en Medellín. Lo llevamos una vez que le dio una crisis muy horrible. Nosotros éramos los que estábamos pendientes de él, pues, la familia. Imagínese que cuando se lo llevaron de aquí, hacía poquito que había asistido a un control. Ya estaba tranquilito. Estaba acostadito cuando lo sacaron de aquí.

“¡Saúl! ¡Saúl! Salga, hermano, salga”, empezaron a gritar los armados desde arriba de la finca. Mi papá salió a mirar a ver quién era el que llamaba a mi hermano, cuando vio que era esa gente y que estaba uniformada, armada: “un momento, señores, que ya va a salir”, dijo mi papá al ver que ellos estaban retacando mucho. “¡Que salga, que salga!”, seguían gritando. “Lo necesitamos”, insistían. “Esperen un momentico que se está poniendo los zapatos”, les gritó mi papá asustado. Qué pesar de papá haberle tocado eso.

“Que salga. ¿Para qué esos *hijueputas* zapatos? Para donde va no necesita eso”, le respondieron al viejo, como si ya todo lo tuvieran pensado. Ay, qué pesar de mi papá cuando escuchó eso, ¡qué horror! ¡Ay no, que duro!

Saúl salió al corredor y ahí mismo entraron y se lo llevaron. Yo no recuerdo si él se calzó, pero él salió a ver qué pasaba, ahí mismo entraron y lo cogieron. Al rato, papá quiso ir por él: “Ay, no. Yo voy a ir por mi muchacho, mi Saúl”, decía papá llorando. Cuando llegó donde ellos, a donde tenían a Saúl, le preguntaron que qué quería. “Vengo por mi muchacho”, dijo papá llorando. “Devolvete por donde viniste, viejo”, le respondieron mientras le ponían el fusil en la garganta. “Devolvete si no querés que sean dos los muertos”. Me recuerdo muy bien que papá bajó llorando. Llegó muy destruido. Él ya no tenía vida. Nos habían quitado a Saúl ¡Ay, mi hermanito!

Según cuentan, a él lo torturaron mucho en la llevada. Se lo llevaron caminando y dándole *juete*. No sé con qué le daban, si con el fusil o con qué, pero en todo caso le daban muy duro pa’ que se moviera. ¡Ay que pesar! Y acá arriba, donde está el poste que dice “La Miel”, lo amarraron todo un día.

Cuando fueron a la casa él no se había levantado y eran las once la mañana del 26 de diciembre del 2003. Son fechas que a uno no se le borran de la mente. En pleno diciembre. Bendito sea mi Dios. Era un viernes, a las once del día.

Ese viernes yo no me encontraba, estaba en La Ceja o en Medellín, no me recuerdo bien. Yo había salido. A mi papá fue al que le tocó y a Aracelly. A mi papá le tocó verlo salir, qué pesar de mi papá. Antes no le dio nada grave en ese momento. El derrame que le dio fue después, de pura tristeza, de estar tensionado. ¡Qué pesar de papá! El dolor era mucho.

Arriba lo ataron y lo amarraron de ese poste, lo amarraron como al Señor Crucificado. “*Demén agua... tengo sed*”, le escuchaba decir Lolita, una señora muy viejita que vivía al frente del pilastro en donde estuvo mi hermano amarrado. “*Demén agua*”, decía agachando la cabeza. Y ese *registerio* de sol de las tres de la tarde... Cuenta Lolita que estaba dizque colorado de lo quemado que estaba. Amarrado y sin poder hacer nada.

“Ay no, qué pesar”, les decía Lolita a los armados. “Qué pesar del muchacho. *Delen* esta jarrita de agua... *désela*”, decía la buena Lolita. Imagínese que esa gente era o es tan mala que cogieron la jarra y se la tiraron al cuerpo, no dejaron que se la tomara. Eso sí, la gente empezó a decir muchas cosas, como uno no salía por miedo, por susto, entonces muchas de las cosas que sé es porque me las han contado. Otros decían que le exprimían limón en los ojos, que le tiraban dizque sal. Ay, yo no sé bien, eso dice la gente, yo no sé por qué dicen eso, no sé, ¿será que vieron ese momento? Lo que sí sé es que a él lo torturaron mucho.

Lolita, a eso de las seis de la tarde, salió a mirar cómo iba Saúl y vio que ya no estaba, que se lo habían llevado. Dicen que se lo llevaron arrastrado por todo ese camino. Se lo llevaron por un camino que se llama Los Guayabos. Por allá lo bajaron y cuentan que lo llevaban como a un nazareno, que lo estaban torturando mucho. Con todo lo que había pasado ese día, uno pensaba que ya iban a venir por uno, que nos iban a rematar, que si se llevaron a mi hermano seguíamos nosotros, era una cosa muy horrible.

Este es el momento en el que no sabemos por qué lo desaparecieron. A ver, pasaron dos cosas: lo primero, con esa enfermedad que él tenía, muchas veces no sabía qué hacía, se alteraba muy feo y perdía el control. En medio de uno de esos ataques que le daban, una vez, como a las ocho de la noche, cortó una mata de plátano de la finca de don Ignacio, el señor con el que papá había hecho el negocio de esta casa. Yo digo que todo esto son ironías de la vida porque, según contaba papá, cuando sacaron a su muchacho, vio que llegaron dos paracos bien armados con sus fusiles y que ese señor, don Ignacio, estaba señalando esta finca, como mostrándole a ellos dónde estaba Saúl. Lo segundo, como dije, Saúl se paraba en las esquinas de la finca a gritar: “*¡Hijuepuetas, por qué están matando gente inocente... hijuepuetas, yo no les tengo miedo!*”.

Entonces, puede haber esas dos razones para que se lo hayan llevado: porque cortó esa mata de plátano o porque Saúl gritaba... ¿o será que el señor fue a decirles a ellos que Saúl cortó la mata de plátano? ¿Por qué ir hasta donde ellos y no venir a hablar con nosotros? Si hubiéramos hablado, quizás mi hermano estuviera vivo todavía, pero no sé, no sé. Mi hermano lo hizo porque estaba enfermo, no estaba consciente.

Gracias a Dios a mi mamá no le tocó nada de esto tan violento. A mamá no le tocó la desaparición de mi hermano. A mi papá le tocó, más no le tocó la noticia de que encontraron a Saúl y lo encontraron muerto. Tampoco la entrega de los restos.

Cuando encontraron los restos de Saúl llamaron a Nelson y a Carmelina para que se hicieran una prueba de esas para saber si sí eran hermanos, una prueba de ADN, pero a mí no me llamaron. La fiscalía ya tenía sus huesitos. Entonces la prueba salió que sí, que sí era Saúl. Y esa alegría combinada como con desconsuelo.

Yo fui la que hice todas las vueltas de mi hermano: yo denuncié, fui a la Fiscalía, di la versión, hice todo. “No, a nosotros nos da miedo ir a denunciar”, decían mis hermanas. Que no me pusiera a funcionar con eso, que qué miedo. ¡Que me maten entonces! pero yo sí voy a denunciar, les respondía. Es que yo he luchado mucho como para quedarme callada.

A nosotros esa tal reparación no nos ha salido. Yo he hecho vueltas porque me llaman de un lado, que vaya al otro, pero eso está enredado porque una vieja se hizo pasar como compañera permanente de mi hermano, entonces eso lo tuve que denunciar, ¡bendito sea mi Dios! ¿Y sabe cuándo me di cuenta de eso? El día que estaba recibiendo los restos de mi hermano... porque como hacen un acto muy bonito, entonces a nosotros nos mandaron para un hotel, a la familia, nos hospedaron tres días para hacernos un duelo o una cosa así. Lo preparan a uno para la entrega de los restos y todo. Entonces estuve tres días en un hotel en Medellín y mis dos hermanas, Rosa y Carmelina, me acompañaron a recibir los restos de Saúl. Allí llamaban a una por una y nos entrevistaban. A mí me llamaron de primera y me preguntaron que qué era yo de Saúl y otras preguntas más, entonces cuando estaban terminando las preguntas, me dijeron lo de esa vieja, que una señora se había hecho pasar por compañera permanente de mi hermano. Esa fue la sorpresa que me llevé, imagínese usted, uno con un dolor bien berraco, ¿cómo iba yo a recibir esos restos y me resultan con eso?

Él era soltero, el día que lo sacaron de la pieza él era soltero. Como yo le digo a los fiscales, porque a mí me han entrevistados fiscales, a él lo sacaron fue de mi casa, no del rincón de ella. La

vieja esa era amiga de la familia y todo, era vecina. Cuando me dijeron eso yo ahí mismo dije: ¿Cómo? ¡Eso es falso! ¡Eso es falso! ¡Eso es falso! “¿Pero usted la conoce? ¿sabe quién es?”, me preguntó esa persona que me estaba entrevistando y yo le dije muy indignada que claro, que inclusive era una vecina. Bendito sea mi Dios.

Saúl en sus andanzas iba allá, a la casa de ella, como usted ir a una finca y hacer plancito, pero nada más. Entonces imagínese como le enredan la vida a uno. Ya después, terminaron conmigo y llamaron a Rosa y luego a Carmelina y todas dos se quedaron sorprendidas. Esa fue la sorpresa que nos llevamos y por eso la reparación está como embolatada.

A uno en la vida si le pasan cosas raras, ¿no? Sorpresas nos da la vida... sorpresas nos da la vida. Hasta el momento, hasta donde yo sé, a ella no la han reparado, porque como yo denuncié eso, entonces lo tienen ahí detenido, tienen el proceso quieto. Toda la denuncia está dizque en Bogotá, para colmo de males, yo no sé porque en Medellín no está, sabiendo que yo la hice por acá.

Yo no he vuelto a ir a preguntar por el proceso porque me da un desconsuelo... Es que yo sí que he *voltiado* con eso: me han mandado hasta el búnker de la Fiscalía, imagínese, hasta allá he ido yo. Una vez me mandaron para Medellín, dizque a La Alpujarra y aún no sé a qué; que vaya a Personería, que vaya allá, que vaya acá... es que yo he tenido que *voltiar* mucho. Todo lo que he trabajado y *voltiado* para que de pronto le pasen esa reparación a otra vieja que no tiene que ver parte con eso...

Yo me pongo a pensar, ¿cómo habrá sido su muerte? Mire que en los resticos de él estaba la bala con que le dispararon. A nosotros nos entregaron la balita. La cosa es que en esos resticos no estaba el cráneo de él, entonces yo creo que a él lo picaron. Yo creo que yo allá, cuando nos entregaron los restos, me enloquecí. Yo no sé, eso es muy duro. Recuerdo, también, que ese día entregaron 38 restos. Ay no, eso es muy difícil.

“Alba, ¿usted es la que va a recibir los restos?”, me preguntaba una de mis hermanas el día que nos llevaron al búnker de la Fiscalía. “Ay, yo no soy capaz”, le decía yo chillando. Y resulta que esa gente de Víctimas, de las oficinas, dijeron: “Luz Alba Cárdenas es la que va a recibir los restos de Saúl Cárdenas”. Y les respondí temblando: “¿Y yo por qué? Yo no, yo no soy capaz”. “Sí, usted fue la que denunció, la que estuvo al tanto de eso, entonces a usted le toca recibirlo. No puede su hermana ni su hermano Nelson ni ninguno, nadie. Solo usted”, me dijeron. Imagínese yo como estaba de débil y tener que recibir esos restos. Ese cofre. Mi Dios sí es muy grande.

Me llevaron a una salita y todo estaba muy bien organizado, era como una salita de velación. Entonces, nos entraron y una muchacha allá nos abrió el cofre para que reconociéramos siquiera algunas prendas de él, para reconocer que sí fuera él. Ahí mismo abrieron el cofre, encimita estaban unas prendas de mi hermanito. Yo cogí esas prendas y como que me enloquecí. Yo las descargaba, las levantaba, las volvía a meter en la cajita. “¡Ay sí, ay sí, estas son!... mire el busito con el que se lo llevaron... él lo tenía puesto con un pantalón negro”, les decía emocionada y triste. Eso no se me olvida a mí. Y lloraba y lloraba. Pues, esas prendas no estaban enteras, estaban como despedazadas, acabadas, quizás por el tiempo. Estaban las medias también. Yo alzaba todo eso y volvía y lo descargaba. Yo me estaba como *maluquiando*, la muchacha me cogía del brazo y yo volvía y cogía esa ropa y la descargaba.

Saúl iba con un busito de manguita larga y cuello redondo, como color terracota o color zapote, algo así; y un pantalón negro con bolsillos casi que por la parte de la rodilla. Yo le agradezco a Dios, porque gracias a la Fiscalía encontraron a mi hermano. Yo siempre decía que de este rancho no me iba hasta encontrar los resticos de mi hermano. Que me maten, pero yo sigo luchando hasta encontrar los restos. Y vea que mi Dios es tan bueno que logré que sus huesitos me los entregaran en mis manos.

Ya después vi que ahí no estaba el cráneo. Estaban los huesitos ya muy desechitos, pero el cráneo no lo vi. Lo que también vi fue la bala... la bala sí estaba. Con esa lo habían matado. Entonces cuando uno va asimilando todo eso, van pasando las cosas. Yo digo: cómo será la tortura que le hicieron a mi hermano, sin cráneo ni nada. ¿El cráneo dónde lo dejaron? No sé, aún no sé. A Saúl lo encontraron el 20 de septiembre de 2011. Y esa ceremonia fue el 21 de junio de 2013. Fue algo histórico para mí. Y yo a él no pretendo olvidarlo.

Los resticos quedaron listos. Después cuadramos el momento en el que salíamos con ellos para La Ceja y los de la Fiscalía se encargaron de todo en el cementerio del pueblo. Le compraron la bóveda, porque no se podía poner en la misma de mi papá, dijeron que había que dejarlos en una bóveda aparte porque de pronto hoy o mañana hay una investigación, entonces habría que sacarlo de ahí. También nos advirtieron que no se podía cremar, obviamente, entonces allá lo dejamos en un lugar diferente al de papá.

A veces hablan de rencores y un montón de cosas y yo no sé, uno como humano siente dolor, ¿no? Rabia, impotencia. Tendría que ser uno una piedra para no sentir nada. Yo a veces me

pregunto: ¿por qué hicieron eso? ¿qué hay de malo en tener una enfermedad mental? ¡Qué pesar! Bendito sea mi Dios.

Mi dulce compañía

Después de que desapareció mi hermano Saúl, yo no asimilaba eso, entonces me mantenía muy triste, llorando, para mí no había alegría: mi papá enfermo y Saúl desaparecido... yo no superaba eso tan doloroso.

Un día, en 2007, llegó Moisés, mi hermano, con una cajita. Él venía con la familia, sus hijos y su señora los puentes y días festivos, entonces ese día llegó de sorpresa. Cuando eso yo no tenía gallinas, no tenía nada, ¿con qué ánimos? Entonces llegó y descargó sobre la mesa una cajita de cartón y esa cajita tenía unos huequitos. Yo creía que había traído pollitos.

“Vea lo que le traigo”, dijo Moisés. “¡Ay! ¿qué me trajo? ¿pollitos?”, le pregunté. “No, no, antes de ver la caja deme un tinto”, respondió muy alegre. Le hice el tinto y le dije que quería destapar la caja. “Mire lo que le traje, pues”. Yo sí metí el grito en el cielo: “¡Ay!, ¿yo qué voy a hacer con un loro? ¡Dicen que esos animales son muy bravos! Ay no, yo no sé lidiar ese animal”, le dije. “Tranquila que yo le voy a enseñar, le voy a decir qué come y qué no come. Yo le digo qué le da y qué no le da”, me respondió. Entonces me pidió buscar una jaulita pequeñita que había, la sacó de la caja y la metió a la jaula. “Ella se llama Niña”, me dijo, “vea, dele de estas semillas y aliméntela con eso”. Y luego dijo esto que nunca se me va a olvidar: “vea Alba, este animalito, la lorita, la va a acompañar a usted toda la vida, pa’ que usted deje esa lloradera que mantiene. Yo veo que usted no tiene sosiego, usted no le encuentra sentido a la vida. Este animalito la va a acompañar en las buenas, en las malas, en los momentos más difíciles. Usted va a tener momentos muy duros y esa es la que la va a sacar adelante, póngame cuidado que ella le va a ayudar. Ese va a ser el motor de su vida, esa lorita le va a quitar esas tristezas. Cuando se acostumbre a usted, ella la va a hacer reír, aunque usted no quiera reírse”, me dijo Moisés.

Oiga, dicho y hecho. Lo que dijo fue como si lo dijera un profeta: esa lora me hace reír con sus travesuras ¿Cierto, Niña?

A ella me la trajeron pichoncita... muy pequeña. Imagínese que cuando eso casi no hablaba. Ella se creció y yo la dejé como mi Niña. Yo la llamo “Niña”, y ella contesta. Yo le compro

peloticas y ella las desbarata, pero bueno, juego con ella. Yo le digo: “tíreme la pelota... ¡gol!... y me la tira con el piquito”, es muy linda, la coge con ese pico y la tira.

También tenía un pato muy hermoso. Yo lo llamaba *cua, cua, cua, cua*, venga a comer y ahí mismo aparecía, era muy entendido. Y quería conseguir un perrito para yo misma adiestrarlo, tenerlo a mi gusto, y una sobrina de Medellín me trajo uno lo más de lindo, hermoso y lo puse Guardián. Era muy lindo ese perro. Hermoso.

Pero como yo tenía las gallinas sueltas ese perro, a pesar de que estaba chiquito, me mató dos gallinas... ¡Ah no!, miento, a una no alcanzó a matarla, pero a la otra sí. Me mató una gallina y me mató al pato. Pues, a mí no me tocó ver que fuera el perro, no, pero yo digo que fue él. A la gallina sí la encontré muerta, pero del pato no pude encontrar ni las plumas. Quién sabe qué se hizo porque lo buscamos por todos lados, los alrededores y ni rastros de plumas, nada. Qué raro que el pato no aparece, ¿por qué no aparece el pato? Se desapareció.

A mí me dio mucha tristeza del pato, francamente. Digamos que se desapareció el pato y llevaba tres días de búsqueda y no se encontraba ni las plumas y yo le decía a Guardián que, así como mató a la gallina, mató al pato, como si él entendiera. “Apuesto a que fue usted”, lo reprendía.

Y ese perro llegó con un esqueletico en la trompa. Aquí en el corredor me lo puso. ¿Por qué vino con él después de esos días? Lo trajo en la trompa: era un ala. La trajo y tenía plumitas y todo. “¿Pero y a dónde dejó lo otro?” le pregunté como si fuera a decirme.

¿Eso sí será del pato?, ¿quién sabe si sí será?, pensaba yo. Cuando al rato, más tarde, va llegando con la pata y luego llegó con todo el espinal. Lo trajo en cuatro partes como quien dice: yo fui. Pero yo digo que sí fue él.

Entonces, al ver que Guardián me hizo todo eso, lo regalé para no tener más rabias. Y un día a un señor se lo ofrecí y el señor se lo llevó por allá pa' abajo. Y según la historia de ese perrito, su final fue un 31 de diciembre... Ay qué pesar, ay qué pesar. El animalito como que estaba amarrado y salió corriendo por la pólvora, corriendo, corriendo y que al otro día lo encontraron por allá en una laguna grande, al pobre perro lo encontraron en una laguna, pero muerto. Ese fue el final. A mí me dio mucha tristeza.

Moisés, mi hermano

A Moisés se lo llevó un cáncer. No duro un año con eso. Dicen que fue por el polvo del cemento y todos esos químicos, como él manejaba un carro de esos que revuelve concreto de Argos, entonces dicen que a él lo mató esos químicos. Que ese polvo está dando mucho cáncer.

Cuando empezó a trabajar en ese carro, Moisés estaba sano. Con el tiempo le resultaron unas bolitas como cuando uno tiene papera, unas bolitas detrás de las orejas. Desde ahí empezó a hacer vueltas y vueltas y ahí le operaron esas bolas y después, ya con el tiempo, resultó dizque invadido, entonces me imagino que esas bolas eran cancerosas. Empezó a *voltiar* y le hicieron biopsia, lo mandaron a Bogotá, eso le salió malo y ya empezó él como a desgansarse, a enflaquecerse, y eso se lo llevó muy ligero.

También fue para mí muy duro porque, para qué son bobadas, la familia mía, los hermanos, todos hemos sido muy hermanados, uno quisiera que los seres queridos de uno nunca faltaran, que estuvieran siempre al lado de uno, enfermos o como sea, pero que estén ahí. Uno no asimila que alguien le pueda faltar a uno.

Moisés murió un año después de haberme regalado la lorita. Moisés se fue en 2008.

Alfonso de Jesús, mi papá

Qué pesar de mi papá. Después de que a mi hermano lo desaparecieron, después de eso tan tensionante y tan horrible, a mi papá le dio un derrame. Eso fue de vivir tensionado y triste. Lo llamaban por aquí, lo llamaban por acá, que vaya que por allá lo encuentra, que a él lo enterraron en tal parte, y para donde le decía la gente mi papá iba y mentiras que por allá no había nada.

Entonces le dio un derrame, estuvo mucho tiempo hospitalizado y después de eso se recuperó un poquito, se vino para acá, me tocó lidiarlo en silla de ruedas y ya. Murió en 2009. Murió de tristeza.

Aracelly, mi hermana

Mi hermana era muy reservada. Ella sufría mucho en silencio. Tanto es así, que nunca nos dijo lo que tenía. Pero era muy berraquita, eso sí. Ella y yo cuidamos a papá cuando le dio el derrame. Ella era con él de arriba pa' abajo y de abajo pa' arriba. Ella sí que lo bregó. Qué pesar.

Ella una vez tenía mucho dolor en un seno y no nos dijo nada. Después, me supongo yo, era tanto el dolor que nos dijo: “¡Ay!, Alba, me duele mucho un seno. Qué cosa tan horrible”, me contó quejándose mucho. Entonces la llevamos al hospital de La Ceja y allá, para hacerle un examen, no sé, le hicieron quitarse la ropa, entonces ahí fue que nos dimos cuenta que ella tenía un grano muy feo, muy feo en el seno. Era algo horrible, Dios mío. “Aracelly, usted por qué nunca había dicho nada, pues”, la regañó Rosa, mi otra hermana. Y resulta que cuando se pidió la cita, nos pusieron a *voltiar* mucho, una cita por acá, otra por allá. Y para cuando le autorizaron la cita que ella de verdad necesitaba, Aracelly ya se había muerto, ya se nos había ido. Ella tuvo el paseo de la muerte, porque para esa cita la llevamos al hospital de La Ceja, de allá nos dijeron que la lleváramos para Medellín por urgencias a la Clínica General y allá dijeron que no tenían contrato con la EPS Ecoopsos. Luego nos dijeron que nos fuéramos yo no sé pa' donde, ya no me acuerdo, y en ese otro lado dijeron lo mismo: que no prestaban atención a pacientes con esa EPS, y así. Nos mandaron a tres clínicas en Medellín y en ninguna le dieron atención a mi hermana. Prácticamente fue el paseo de la muerte ¿no? Y uno sin plata y sin nada para pagar particular, entonces *voltié* por aquí, *voltié* por allá, hasta que a lo último nos dijeron que fuéramos a la Clínica La María y allá nos dieron la cita para muy tarde, pues, tan tarde que cuando la llamaron Aracelly ya se había muerto.

Ella murió allá, donde Rosa, en Medellín, en 2011. A mí me tocó porque yo estaba *voltiando* y luchando con ella en esa ciudad bien grande. Imagínese que ese día, cuando ella murió, le dio un antojo tan horrible de helado. Eso fue así: estábamos en la salita charlando y hasta riéndonos todas, cuando Aracelly dice: “Tengo unos deseos de un cono... qué rico un cono, qué bueno, qué bueno...”. Es que era tanto el antojo que mi hermana Rosa ahí mismo se fue y se lo compró, y ella se saboreó ese cono y se lo comió con un gusto. Eran como las ocho y media de la noche, y cómo es que a las once murió. Es que a uno le tocan cosas muy duras.

Esa casita de Rosa era de dos pisos: en el segundo estaba durmiendo ella y el primero estaba durmiendo Aracelly. Entonces todo pasó muy normal. Aracelly se comió el cono y fue a acostarse

muy contenta por el helado. Rosa se fue a dormir como a las diez y media, muy temprano, y yo me quedé en otra pieza viendo televisión, hasta que me acordé que Aracelly no se había tomado una pastilla que necesitaba y fui a darle la droga antes de que se quedara dormida. Entonces entré a donde ella estaba durmiendo y estaba encorvadita mirando hacia la pared, parecía una niña.

“Aracelly, venga pa’ que se tome la pastilla”, le decía yo y no me contestaba. “Aracelly, mija, camine pa’ que se tome la pastilla”, seguía yo insistiéndole. De las tres veces que la llamé, en ninguna me contestó. Entonces empecé a moverla y nada, no se movía, no se movía y me asusté mucho y salí corriendo a gritarle a Rosa:

— ¡Rosa! ¡Rosa! — le grité yo más asustada.

— ¿Qué pasó, Alba? — se asustó ella también.

— Baje, baje rápido que Aracelly no responde cuando la llamo para darle la pastilla— le dije yo casi llorando— la estoy moviendo y no me contesta.

Rosa bajó y a mí no me dijo nada. Ella se arrimó y yo no me quise acercar, como evitando lo que estaba pensando en ese momento. Después, Rosa la movió y nada, seguía sin responder. Entonces se agachó y le empezó como a hablar al oído, no sé, cuando Rosa se voltio a mirarme con lágrimas en los ojos: “Alba, no hay más qué hacer... se murió Aracelly”.

José Nelson, mi hermano

Uno definitivamente no sabe es nada de la vida. Imagínese que a Nelson le dio una gripa que se convirtió en neumonía y se lo llevó. Eso fue de una. Se murió.

Él me colaboraba mucho porque como yo soy sola, él venía en semana, hacía arreglitos, cogía café, se encargaba de todo desde que mi papá falleció. Recuerdo que él vino con gripa un miércoles y le dije muy seria porque él era muy terco: “Nelson, no se meta a esos cafetales que usted tiene mucha gripa. Esos cafetales son muy malos para una persona que tiene gripa, es mejor que no se meta”. Él se metía y yo como... bueno, no haga caso entonces. Y era con una tosecita. “Mire esa tos tan maluca”, le insistí yo.

Nelson venía en semana y los fines de semana se iba para Medellín porque allá tenía su familia. Él cuidaba motos y carros al lado de una iglesia, entonces le iba muy bien los fines de semana. Ese día, cuando se devolvió para Medellín, yo le empaqué unas pastillas y unas ramitas

para que tomara en bebida: “díglele a Oliva que le prepare eso y cuídese mucho, cuídese de esa gripa”, lo reprendí.

Al jueves me llamó mi cuñada y me dijo que a Nelson le habían pedido una cita porque seguía muy mal de la gripa. Me contó que de una lo hospitalizaron y me puse a llorar. ¿Qué iba yo a hacer aquí sola? Si él era el que me ayudaba y me acompañaba, él venía y me apoyaba. Yo lloraba y qué desespero. Al viernes lo remitieron para una clínica en Sabaneta y mejor dicho ya no había mucho qué hacer. En 2013 murió en esa clínica.

Como nosotros somos de una familia muy pobre, cuando Nelson murió su esposa no tenía donde enterrarlo, pues, sí tenía la funeraria, pero no tenían donde enterrarlo. Nos dijeron que se podía cremar, entonces, yo como soy muy sentimental me la pasé llorando mucho en ese velorio. “Ay, ¿cómo así que no tiene para dónde llevarlo?, díglele que no sufra, que no sufra, que lo lleven para allá donde está mi papá”, les dije invadida de llanto. Y así fue. Así se cumplió. Gracias a Dios esa bóveda es grande y caben muchas cenicientas. Eso para mí fue muy duro, yo casi no lo asimilo y aún no lo hago. He sufrido mucho porque es como si cualquier persona que me ayuda, le cayera algo raro. Todos se han ido muriendo.

Yo he sido muy resistente, he aguantado mucho. Veá, es que mis hermanas, las que están vivas y, pues, también cuando mis hermanos vivían, me decían que viendo toda esa violencia por qué no dejaba todo y me iba de acá. Yo les decía que cómo se les ocurría eso, cómo iba a dejar lo único que tenía, que me habían dejado, si hasta a mi hermano me lo quitaron. Yo sí les decía que hasta que no encontrara los restos de mi hermano, Saúl, yo no me iba de acá. Ya los encontré, lo enterramos, ya lo rezamos y lo seguimos recordando.

Pues, es que no todo ha sido malo, ¿qué más que tenemos vida y salud? Que nos pasaron cosas muy tristes, sí, pero yo no me puedo deprimir por eso. Sé que soy una de las últimas personas vivas de mi familia porque a los demás se los llevó la muerte, la tristeza y el conflicto, y por eso cuento mi historia, porque puedo hacerlo, porque aún puedo hablar y tengo algo que decir, ¿no? Ahora, lo único que puedo hacer, después de haber buscado tanto tiempo respuestas, es recordar a mi hermano y a toda mi familia. Es que éramos muy hermanados, muy unidos. Y esa soy yo, Luz Alba Cárdenas y esta es mi historia... ¿cierto, Niña?

Nota del autor: Según el Registro Único de Víctimas, Alba fue reconocida como víctima por la desaparición de su hermano Saúl el 1 de abril de 2011. Para el 30 de abril de 2023, Alba seguía sin recibir la reparación administrativa por parte del Estado.

Anexo

En el siguiente enlace podrá visualizar un álbum digital creado con diferentes fotografías que Luz Alba Cárdenas conserva sobre su familia, su pasado y su vida: <https://bit.ly/3HWgzbQ>

El vaticanito y sus huéspedes

Un lote de 140 mil metros cuadrados, en la periferia del municipio, es el reflejo de las contradicciones de La Ceja: durante años fue un lugar destinado y habitado por hombres de fe; y luego, sirvió como refugio para los hombres de la guerra.

El sitio es conocido como Prosocial y se llega a él por la diagonal 13E, en el barrio Ciudadela de las Flores. El edificio fue construido en 1954 para los jesuitas y la comunidad religiosa La Compañía de Jesús. Contaba con más de cuatrocientas pequeñas habitaciones utilizadas para la oración, el arrepentimiento y el encuentro con Dios. Sin embargo, con el paso de los años cada vez eran menos los jóvenes que llegaban en busca de consolidar su proceso vocacional. En consecuencia, en 1974, la comunidad religiosa se lo vendió al Estado colombiano.

Durante el gobierno de Alfonso López Michelsen, en 1979, el edificio abrió sus puertas bajo el nombre de Centro Vacacional La Montaña, proyecto ligado a la Promotora de Vacaciones y Recreación Social, Prosocial. De las pequeñas habitaciones dedicadas a la vida puritana y sagrada, se pasó a 49 cómodas y grandes estancias que permitían hospedar a 190 personas. La segunda vida de Prosocial duró hasta el 2000. El 31 de diciembre de ese año volvió a cerrar sus puertas y quedó deshabitada.

Ya sus puertas estaban carcomidas por el óxido y la hierba sin podar, cuando Prosocial se convirtió en el Centro Nacional de Convivencia y Paz. Corría el año 2003 y aquellos pasillos, que otrora recorrieron piadosos seminaristas o turistas en busca de sol, fueron ocupados por novecientos miembros del Bloque Cacique Nutibara de las Autodefensas Unidas de Colombia, en un proceso de concentración para su desarmen, desmovilización y reinserción a la vida civil.

El entonces presidente Álvaro Uribe Vélez determinó, por medio de la Resolución 218 de 2003 que, a partir del 24 de noviembre de ese año, el lugar conocido como Prosocial sería la primera zona de ubicación de ese grupo de autodefensas. Según la [Revista Semana](#), “dicha resolución indicó que esta zona mantendría su estatus por tiempo indeterminado. Por ser el primer bloque en volver a la vida civil, su desmovilización y su ingreso a Prosocial el 27 de noviembre causó un gran impacto (...). Fue una experiencia inédita para el país”. Sin embargo, la estancia no fue tan larga. De acuerdo con el diario [El Tiempo](#), los miembros del Bloque Cacique Nutibara permanecieron allí apenas un mes. Y para 2004, Prosocial volvió a cerrar sus puertas y quedó nuevamente en el olvido.

La cuarta vida de Prosocial llegó, nuevamente, por cuenta de la desmovilización de paramilitares. Por orden de Uribe Vélez, desde el lunes 14 de agosto de 2006 llegaron y se concentraron allí “bajo control de la Policía Nacional”, algunos de los principales jefes de paramilitares. De acuerdo con [Caracol Radio](#), estuvieron Salvatore Mancuso, Diego Vecino, Francisco Javier Galindo, Ramón Isaza y sus hijos Roque y Oliverio Isaza; Rodrigo Pérez, Carlos Mario Jiménez, Jorge Laverde, Arnulfo Triana, Jesús Ignacio Roldán Pérez, Ramiro Vanoy, Daniel Mejía y Hernán Giraldo.

“Nosotros no sabíamos nada”, dijo en 2022 Jorge Humberto Bedoya Bernal, quien para la época era el alcalde del municipio. Otra versión de los hechos da Nelson Fernando Bedoya Cardona, quien fue su secretario de gobierno: “claro, a nosotros nos llamaron un día antes desde Rionegro y nos dijeron que a esa gente la tenían allá y que la iban a traer al otro día para La Ceja. El alcalde sí sabía porque yo lo llamé el mismo día que me tocó ir a Rionegro a recibirlos”, afirmó Bedoya Cardona.

Para que la reclusión de los jefes paramilitares fuera exitosa, el predio debía adecuarse considerablemente. En esa época Bedoya Bernal afirmó a [Caracol Radio](#) que: “esa sede y las instalaciones están deterioradas y en pésimas condiciones, carece de servicios públicos domiciliarios, como para ser ocupadas de inmediato”. También explicó que los arreglos demandarían una suma elevada de recursos y que no justificaba invertirlos en un inmueble que sería ocupado por poco tiempo.

Mientras los jefes paramilitares estuvieron en Prosocial, ese predio, más que un lugar de reclusión, se convirtió en una gran unidad productiva: “allá, lo que antes era la piscina, se transformó en un criadero de peces. También había galpones, huertas y hasta un mariposario. Por ejemplo, la cancha grande de fútbol terminó siendo un gran terreno lleno de diferentes cultivos. Era una cosa impresionante. Hasta fiestas se hacían los fines de semana en ese lugar”, explicó Bedoya Cardona.

Pero los paramilitares siguieron delinquir desde Prosocial. Según *No Matarás, Relato Histórico del Conflicto Armado Interno en Colombia*, informe de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, “durante los meses siguientes desde allí algunos de los exjefes paramilitares mantenían sus estructuras de narcotráfico y se estaban disputando su control”, lo que desencadenó el [traslado de los 59 cabecillas](#), a poco de cumplir un año en Prosocial, al Centro Penitenciario La Paz, cárcel de máxima seguridad de Itagüí.

Con la partida de los paramilitares se acabó Prosocial. Los alcaldes que sucedieron a Bedoya Bernal soñaron con convertir las instalaciones en universidad, centro de estudios o incluso en oficinas administrativas, pero ningún proyecto prosperó. Mientras le llega al predio una nueva vida, son muchos los cejeños que lo seguirán asociando a aquellos días en que sus pasillos fueron el hogar de algunos de los hombres más violentos de Colombia.

En la madrugada cantan las sirenas

Aquella madrugada de 1995 llovió como pocas veces en el mes de julio. Era miércoles 26. Los relojes marcaban entre las dos y las dos y cuarto de la mañana. En ese corto periodo de tiempo, dos personas en una motocicleta aprovecharon la soledad de las calles, prendieron una mecha pegada a un paquete y lo lanzaron al aire. Mientras aceleraban la moto para huir del lugar, un estruendo. Humo, vidrios rotos y bahareque reventado.

Gritos de auxilio se escuchaban en el orfanato Santa Eufrasia: “¡Ayuda, por favor!”, “¡Una ambulancia!”, “¡Ay, mis niñas... auxilio!” decían a todo pulmón monjas desesperadas que tenían a su cuidado a 38 niñas, todas menores de edad. Los cinco kilos de dinamita afectaron más a la casa grande y antigua de la congregación religiosa, que al verdadero objetivo de quienes lanzaron la bomba: la estación de Policía del municipio de La Ceja.

Oscuridad, lluvia, gritos, llanto era el panorama en la carrera 18 entre las calles 20 y 21, a dos cuadras del parque principal del pueblo. La estación de policía era una casa antigua de bahareque y tras la explosión en la parte posterior del edificio quedó semidestruida. Por suerte solo dos policías resultados heridos: “mi pierna, *hijueputa*”, gritaba el subintendente de la Policía Nacional, Héctor Hernán Sánchez Restrepo, según los testigos que en los días posteriores dieron sus testimonios a los medios de comunicación. Sánchez Restrepo, comandante de los auxiliares bachilleres, sin entender lo que estaba pasando, despertó y vio que el fémur de su pierna izquierda estaba roto. Mientras que al aturdido agente Luis Alfredo Berrocal Moreno le escucharon lamentarse por un dolor en su tobillo izquierdo que estaba esguinzado: “uy, *hijueputa*, mi tobillo, mi tobillo”.

Igual de adoloridas, con pánico y sin entender qué sucedió estaban las 38 niñas que dormían en el orfanato. La lista que publicó *El Mundo* dio cuenta de varias menores heridas de gravedad: Lily Gonzáles, Kelly Ciro, Leily Tangarife, de ocho años; Paula Echeverry, de nueve; Sandra Tabares, de once; Paula Orozco, de doce; Alexandra Bedoya y Margarita Naranjo, de trece años. “La sacudida fue espantosa y el techo y los muros se vinieron al suelo, cayendo sobre las niñas. Muchas se levantaron echando sangre y muy traumatizadas por el hecho”, expresó la religiosa Cecilia Maldonado a ese medio.

Se escuchaban las sirenas de las ambulancias sonar cada vez más cerca del lugar que, para las tres de la mañana, ya era ruinas. Algunos vecinos que dieron su versión de los hechos para el

periódico, afirmaron que “los primeros gritos de auxilio salieron de la casa de beneficencia, donde varias niñas estaban heridas bajo los escombros, al ratico vino la ambulancia y las sacó a ellas y los dos policías heridos”. Estas menores tenían por hogar esa casa porque, como contó su directora Dioselina Franco a *El Colombiano*, “son hijas de madres marginadas, algunas de las cuales han caído en la prostitución y en la drogadicción”.

¿Qué se supo en los días posteriores al atentado? Hubo muchas contradicciones. Según *El Tiempo* y *El Mundo*, detrás de la bomba estuvieron integrantes del Ejército de Liberación Nacional, ELN, que por esos días estaban comprometidos con devolver secuestrados y humanizar la guerra: “una célula de esta organización atacó en La Ceja e hirió a diez niñas y dos policías”, señaló el diario de Medellín el día después del hecho. Por su parte, *El Espectador*, citando al comandante de la Policía de Antioquia, Guillermo Vega Carrillo, informó que no había claridad respecto al autor material del ataque: “se desconoce si fue obra de la guerrilla”.

Respecto al número de afectados, tampoco hubo una cifra clara: mientras *El Tiempo* aseguró que las heridas fueron “siete niñas en un orfelinato”; *El Espectador* dijo que fueron nueve y *El Mundo* afirmó que fueron diez.

Los daños se calcularon en cuarenta millones de pesos y treinta edificaciones afectadas. El entonces gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez, visitó la zona afectada y ofreció declaraciones a los medios de comunicación: “mano dura para los terroristas”, dijo a *El Colombiano*; “excede los límites de la democracia”, se leyó en *El Espectador*; “no desfallaremos hasta dar con los responsables”, expresó a *El Mundo*; “convocaremos a todo el pueblo para que no se quede impune semejante agresión contra los niños inocentes (...) cien millones de pesos para quién dé información que permita la captura de estos terroristas”, manifestó a *El Tiempo*.

Para septiembre de 1998, tres años después de la explosión, el municipio había invertido 200 millones de pesos en la nueva estación de policía, la cual, según *El Mundo*, contó con “siete alcobas, tres oficinas, sala de juegos, comedor y cocina, sala de detenido y salón de guardia”.

Han pasado casi treinta años desde aquella madrugada lluviosa y Raúl Bermúdez la recuerda vívidamente. Para entonces, él ya era comerciante de la plaza de mercado, ubicada frente a la estación de policía: “cuando colocaron la bomba en el comando fue algo muy impactante. Los vigilantes me llamaron y me dijeron que los módulos y locales de la plaza estaban afectados, incluyendo el mío. Las puertas caídas, las lámparas en el suelo, los alambres de energía estaban por todas partes y la mercancía terminó llena de polvo. Esto me preocupó mucho y pensé en

comprar un seguro para mi módulo, pero fue rechazado por las malas condiciones en las que quedó la plaza de mercado”, dijo.

Sin tierra para vivir

Entre 1990 y 2008 fueron desplazadas forzosamente 2192 personas de La Ceja, según el Registro Único de Víctimas. Para los Tobón Tobón, dejarlo todo fue la única opción.

Irse

*“Queda la sensación de que,
en un futuro, todo este horror será pasado”.*

Ricardo Silva Romero

Muchas cosas no tenían sentido y existía la sensación de que un fuerte aguacero se acercaba. Una gran nube gris se tomaba las montañas de San José, corregimiento de La Ceja. Parecía que iba a llover, al menos así lo sentía Carolina Tobón, cuando supo que ella y su familia se irían a vivir a un lugar completamente desconocido.

Con tan solo ocho años —y en el peor año de su vida— sentía que en su interior se desataba una gran tormenta: sentimientos, ausencias, añoranzas y miedos. Una tormenta que, como la violencia de su país, no daba tregua, no bajaba la guardia. ¿A dónde vamos? ¿para qué las cajas? ¿y la tienda? ¿y mamá por qué no llora? ¿tengo que caminar? ¿quién me lleva en los hombros? ¿y papá dónde está?

“Nos vamos... nos tenemos que ir”, recuerda Carolina que fueron las palabras de Gloria Elena Ocampo, su madre. “Si no nos vamos, acaban con todos nosotros”, sentenció. Carolina lo recuerda como una película en blanco y negro donde ni su opinión ni sus preguntas ni sus miedos, valían para los más grandes. “Nos tenemos que ir”, dijo mamá, pero nada más. “Empaquen todo bien empacadito y que sea lo más importante. Voy a hablar con sus tíos a ver a quiénes le vendemos esas neveras y esas cosas de la tienda y la cafetería”, afirma Carolina que dijo su madre.

En ese momento, muy pocas cosas eran comprensibles para Carolina y su hermano de cuatro años, Andrés Julián. Marcharse significaba perder lo que les resultaba cotidiano: caminar esa única calle destapada y empolvada de San José; ver la cancha en arenilla donde solían jugar con sus compañeros de colegio; visitar la iglesia; ir en hombros de su papá mientras él atendía el

negocio familiar. Bastaba ser un poco mayor y tener menos dudas para entender que ella y su familia, en ese fatal 2005, dejarían de ser líderes de su corregimiento, para engrosar la lista de desplazados por la violencia en Colombia.

Abandonar la que siempre había sido su casa no era fácil, pero tenían que hacerlo. Pese al proceso de desmovilización que por aquellos días se adelantaba con estructuras paramilitares de todo el país, la violencia no paraba. Continuaban las amenazas y los pobladores de San José no sentían calma, pues a los voceros del corregimiento los habían convertido en víctimas. “Llegaban amenazas a la casa y también las hacían por teléfono. Una vez llamaron a advertirme que le dijera a mi hermano, Héctor Favio, que se cuidara, que venían por él”, contó Dora Susana, tía de Carolina.

Por eso, por su seguridad, por miedo y por evitar sentir más dolor tomaron la decisión de salir de San José. De ese San José que les había dado vida, oportunidades y una familia trabajadora que, aunque tenían problemas como todas las familias del mundo, permanecía unida. “Sí, hay que irnos”, le confirmó Dora Susana a su cuñada Gloria cuando ella manifestó su miedo de seguir en el corregimiento.

Para ninguna era fácil. Muchos menos para Carolina, quien no lograba conectar hechos y consecuencias. Aunque no era la primera vez que Gloria empezaba de cero, debía hacerlo nuevamente. Por su parte, Dora Susana estaba sacrificando su vida política y empresarial, pues había sido concejala del municipio y tenía una comercializadora de flores con la que pretendía exportar. Y así, de la noche a la mañana, sus vidas en San José se diluyeron como lo hace la tierra tras un fuerte aguacero.

Antes de salir ofrecieron los insumos que tenían en la tienda, el negocio de la familia. Vendieron algunas neveras, unas cuantas sillas fueron regaladas y una que otra estantería quedó intacta, como esperando el retorno de sus dueños. Y después empacar lo necesario dejaron su casa y su tierra: Gloria y sus dos hijos, Carolina y Andrés Julián; sus cuñados Héctor Fabio y Dora Susana, quien iba acompañada de su esposo Leonel y su hija Juliana. Salieron rumbo a Buenaventura con miedo, en medio del caos y con la duda de si ésta sería la decisión correcta o si la vida les cambiaría otra vez.

Carolina no recuerda el viaje. Todo ocurrió muy rápido y tratar de reconstruir lo que pasó dieciocho años después sería mentir, pero su tía Dora Susana, no lo olvida: “salimos de San José el 28 de agosto de 2005. Hicimos dos paradas, por decirlo así. La primera en Medellín. Nos quedamos una semana donde una tía mía. Aún dudábamos de la decisión que habíamos tomado y

no sabíamos si era lo correcto o no, pero el miedo era mayor. Regresar a San José nos dolería mucho, por eso decidimos irnos. Esa fue la primera parada. La segunda fue en Buenaventura”, relató Dora Susana.

“Bienvenidos a Buenaventura”, decía un gran letrero verde que recibía a quienes arribaban por tierra al puerto más grande de Colombia. Al llegar no había tiempo para pausas ni descansos ni buscar nuevas travesías. Para todos, la vida debía seguir, en la medida de lo posible, fingiendo normalidad. Pero por mucho esfuerzo que pusieran, la vida no podía ser la misma. La vida se detuvo... la vida, sus vidas empezaron de cero. “Recuerdo que, con la plata que mi mamá alcanzó a recoger, llegamos a comprar útiles y uniformes. Mi mamá llegó con toda la responsabilidad, ella sola con nosotros. Recuerdo verla pensando qué hacer para que nuestras vidas siguieran adelante”, dijo Carolina.

Todo era extraño: la gente, el acento, la comida, las costumbres, la ciudad, el ruido, las distancias; el clima de treinta y cinco grados tan distinto al de San José que no superaba los dieciocho. Hasta su familia era diferente. Era otra.

Las conversaciones también eran extrañas. “Yo recuerdo sentirme muy sola, no me era fácil hablar, ni con mi mamá. Nadie. Es que inicialmente mi mamá fue muy fuerte, pues, mientras sucedió todo, ella se hizo ver fuerte, o yo la veía así. En el velorio, en la misa, en los trámites. En todo. Ella no lloraba. Después, en Buenaventura, el duelo le pegó durísimo. Nos recuerdo llorando: ‘mija tenemos que hablar’, me decía, y empezábamos a llorar”, dijo Carolina confirmando que cada uno llevó el duelo de forma diferente, entendiendo que no llorar significó cargar en los hombros la tristeza para que los ojos no se desbordaran en llanto.

La casa a la que llegaron era completamente diferente de la que salieron. En San José, Carolina tenía por patio de juegos una gran cancha de futbol en arenilla donde se divertía con su hermano Andrés Julián y sus compañeros de colegio. La carretera en frente de su casa era perfecta para echar andar su vida de niña de ocho años, pero en Buenaventura no era así. Cuando llegaron los recibió Alonso Tobón, hermano de su abuelo, Rubén José, en el barrio La Independencia, ubicado al nororiente de la ciudad. Allí no había ni carretera destapada ni cancha de futbol en arenilla ni compañeros de colegio. Nada. Allí solo tenía un techo a donde llegar. “Era cambiar del campo a la ciudad. Yo en San José era libre, aun con violencia y todo era libre. Me iba para la casa de la abuela, bajaba y subía... pero en Buenaventura no. Solo tenía mi habitación y ya. Me sentía encerrada, triste, aislada”, puntualizó Carolina.

Después de instalarse en la ciudad y descargar tantas emociones que llevaban a cuestas, una de las primeras cosas que hicieron fue salir a buscar un colegio para Carolina. Esa tarea no fue fácil. No era lo mismo buscar un cupo en enero, al principio del calendario escolar, que en agosto. Sin embargo, lo consiguieron. La Normal Superior Juan Ladrilleros fue la institución que, a pesar de que el año pronto terminaría, le abrió las puertas a la confundida y solitaria Carolina.

Los primeros días en el nuevo colegio no fueron los mejores. Se sentía extraña. ¿Por qué me miran así? ¿por qué hablan tan raro? ¿nadie será mi amiguita? ¿será que me acerco y les hablo? ¿pero qué les digo? ¿somos diferentes? Sentía que no hacía parte de su grupo y con justa razón, pues sus verdaderos compañeros estaban a más de quinientos kilómetros de distancia.

El desinterés y la indisposición en las clases fueron parte de su día a día. “En mi colegio, en San José, yo había visto ciertos temas, pero cuando llegué a Buenaventura me di cuenta que iba un poco más adelante que mis compañeros. Los profesores preguntaban algo de un tema que era nuevo para ellos, pero que yo ya sabía, entonces me empezó a dar igual todo, un desinterés fue creciendo porque ya conocía algunas cosas”, contó Carolina.

Sin jugar, sin tener al menos una amiga, apartada, retirada de todo ese mundo que le resultaba extraño, en Buenaventura, en La Normal Superior Juan Ladrilleros, muy sola, así se sentía Carolina. Sola en la cancha de microfútbol, observando, comiendo su refrigerio desde las graderías y viendo cómo todos compartían con todos menos con ella. Cerrada a la gente. Rara. Como si ese no fuera su lugar en el mundo. Como si su puesto en esta tierra ya se lo hubieran arrebatado. ¿Cómo les hablo? ¿puedo jugar con ustedes? ¿quieren una de mis galletas? ¿cómo así que hablo muy raro? Aunque esa indiferencia era dolorosa para ella, pues estudiar siempre le había gustado, dolía más llegar a casa y no encontrarse, ni siquiera, con su viejo hogar. Se le volvió rutina llegar a esa casa de fachada blanca, en la que a lo lejos se escuchaba la música del vecino, saludar a medias a las personas que se encontraban allí y encerrarse en su cuarto. Encerrarse, poner música y llorar. Llorar porque no entendía nada, no entendía, aún, por qué habían dejado San José, su tienda, su negocio, sus amigos.

Allí cada uno luchaba con sus propios demonios y miedos. Su mamá, Gloria, se pasaba las horas, los días y las noches pensando en cómo sacar a su familia adelante, cómo hacer para continuar con sus vidas sin que esto afectara el crecimiento de sus dos hijos. Levantar una familia en pleno 2005 no era cosa sencilla, pues según el DANE la tasa de desempleo anual, aunque venía bajando con los años, se ubicaba en 11,7 por ciento. ¿Y si no puedo con esto? ¿qué hago para

sacarlos adelante? ¿por qué nos pasó a nosotros, Dios mío? ¿por qué estamos en Buenaventura? ¿a dónde más íbamos a ir? ¿cómo no ser una carga para el resto?

Entre pensamientos y temores tomó la decisión de conseguirse una máquina de coser y empezar de cero en su nuevo lugar en el mundo. El apoyo que la familia de su esposo, José David, le brindó, fue tener dónde pasar cada una de sus noches, una cama y una comida que no sabían de dónde venía, pues ellos también la estaban pasando difícil. El resto lo debía conseguir ella. Y así fue: “es que mi mamá era muy emprendedora y desde lo poco que tenía, lo hacía crecer. Ella tenía una máquina de coser y así empezó, con el rebusque: venga le hago un delantal, le hago una chaqueta, le hago una camisa. Iba a las tiendas a ofrecer lo que ella podía hacer desde su máquina de coser”, contó Carolina.

Por su parte, Dora Susana extrañaba con dolor y tristeza su antigua vida. Llegar a Buenaventura no estaba mal, pero pasó sus primeros días sin saber a qué dedicarse en esa asfixiante ciudad. “A veces se me ocurrían muy pocas ideas. Yo le decía a Gloria que qué íbamos a hacer, que qué nos pensábamos para sentirnos útiles y dejar un poco esos recuerdos de lado, pero nada. Hasta que ella empezó a coser y yo me metí por el lado de los negocios con la familia de mi papá, pero inicialmente fue muy difícil. Una a veces se sentía sin salida, maniatada debido al gran cambio de vida que tuvimos”, expresó Dora Susana.

El tiempo pasaba y era difícil hacerse a una rutina en un lugar en el que uno no se siente uno, en el que al parecer no es más que un lugar de tránsito. ¿Y si volvemos a San José? ¿cómo estarán las cosas allá? ¿qué tanta fuerza hay que tener para volver a nuestra vida pasada? ¿tenemos una vida pasada? ¿se vale perdonar? Adaptarse a la nueva ciudad, al colegio, al trabajo, a la vida misma en Buenaventura fue complicado para cada una de ellas. Sin embargo, Carolina y su mamá no sentían que las cosas mejoraran. Dora Susana, en cambio, tuvo un proceso de adaptación diferente, mucho mejor que el de su cuñada y su sobrina.

“¿Y si nos vamos?” era la pregunta que rondaba en la familia. Pasaron cuatro meses, se acercaba diciembre y sentía que la vida seguía siendo dolorosa lejos de su gente y del recuerdo de su esposo. Para ella, todo era muy difuso y complicado de sobrellevar. Solo tenía la certeza de que esa pregunta que daba vueltas en su cabeza, se volvía cada vez más una posibilidad. Era la única posibilidad real en lo que hasta ese momento había sido su vida. “Volveremos a San José...”, escuchó Carolina.

Cinco días antes

El reloj marcaba las seis de la mañana del 23 de agosto de 2005. Hacía frío y Carolina ya estaba en el colegio. Ese martes pintaba como cualquier otro de la vida. Clases, descanso y más clases. La rutina común de una niña de ocho años que se despidió de su papá, como lo hacía todos los días, antes de salir de casa. Salió con el tiempo preciso, pues llegar tarde no era una opción cuando vivía al lado de su escuela.

José David, su papá, madrugó como lo hacía de costumbre. Se bañó, se organizó, se tomó un tinto y esperó a que su mamá, María Rosalba, estuviera lista para salir. Ese día debían bajar al pueblo, a La Ceja, a reunirse con Dora Susana, su hermana, para organizar asuntos legales. Su otro hermano, Héctor Favio, se comprometió a acompañarlos, pero la resaca le impidió levantarse de la cama a esa hora de la mañana. “El día anterior yo hablé con mi mamá porque estábamos organizando toda la parte legal de mi papá: quedaban deudas, bancos, sucesiones, plata que le debían. Yo le dije a mamá que se viniera porque iba a sacar el día para ayudarle. Ella dijo que venía con mis dos hermanos, José David y Héctor Favio, pero Héctor Favio no vino porque estaba enguayabado”, relató Dora Susana.

El sol empezaba a notarse entre las nubes y el día en San José iniciaba con normalidad: se veían trabajadores emprendiendo camino, campesinos tomando tinto y las tiendas abriendo con la ilusión de que sería un gran día. Al subirse al carro, el reloj marcaba las seis y media de la mañana. Hacer sonar la bocina era costumbre cuando se levantaban con el pie derecho, cuando sentían que la vida podía ser mejor. Un saludo allí, un pitazo allá y un “ahora hablamos” a la distancia.

Ya eran las siete y Dora Susana estaba esperando a que su mamá y su hermano llegaran a la casa, cuando en esas, sonó el teléfono: “Susanita, le tenemos que decir algo... su mamá y José David parecen estar secuestrados”, se escuchó al otro lado de la línea. “¿Qué? pero ¡cómo así!”, se asustó ella. “Sí, en Rancho Triste encontramos el carro y no hay nadie adentro”, le dijeron. “No, Dios mío, ya voy para allá”, respondió ella de la forma que pudo.

Según Dora Susana, lo que ocurrió después es que, muy asustada, tomó su moto para intentar ir a Rancho Triste, cruce que conecta a la zona urbana de La Ceja con San José, pero como estaba tan nerviosa, llamó a un ayudante de la comercializadora, para que la llevara hasta el lugar.

Ella recuerda que al llegar vio al Ejército, al alcalde Jorge Humberto Bedoya Bernal y al secretario de Gobierno, Nelson Fernando Bedoya Cardona. No entendió la cantidad de gente que

estaba en el lugar ayudando a buscar a su mamá y a su hermano: “¿ellos sí están secuestrados? O ¿por qué está el carro de la funeraria acá? Díganme la verdad”. Según Dora Susana, el alcalde le dijo que estaban haciendo lo posible para encontrarlos y el secretario le sugirió que se fuera para la casa, que le estarían avisando si había alguna novedad.

El recuerdo de Jorge Humberto sobre lo que ocurrió aquella mañana es un poco diferente. Dice que no estaba en La Ceja, sino que iba rumbo a Medellín a una reunión con el entonces gobernador de Antioquia, Aníbal Gaviria, y que delegó al secretario de Gobierno para que atendiera la búsqueda de María Rosalba y José David.

De acuerdo con Nelson Fernando, él fue el único de la administración municipal que hizo presencia en el lugar: “subí con el conductor mío y con la policía”. Además, afirma que llamó a Leonel Tobón, esposo de Dora Susana, para que se desplazara con él a Rancho Triste. Cuando Leonel llegó, ya en el lugar hacían presencia efectivos de la Sijín y el equipo de forenses encargado del levantamiento de los cuerpos.

Si bien existen algunas diferencias respecto a las personas que estuvieron en Rancho Triste, en lo que sí coinciden todos es en la magnitud del operativo que se desplegó para dar con el paradero de los Tobón Tobón. “Aunque habían sucedido muchos casos así, de desaparición, pocas veces, o casi nunca, se había hecho un despliegue y operativo militar como ese”, afirma Carolina.

Al corregimiento la noticia no tardó mucho tiempo en llegar. En la escuela rural, Carolina no entendía las miradas ni los murmullos. “¿Qué está pasando? ¿por qué me miran así? ¿inventaron algún chisme sobre mí?” Entre comentarios y palabras sueltas de sus compañeros, se enteró de algunos rumores: algo le había pasado a su papá y a su abuela. Lo primero que pensó fue que el carro se rodó en alguna curva, pero que todo terminaría bien.

Mientras comía, perdida en el espacio y en el tiempo, mirando a un punto fijo y tratando de estar en silencio, uno de sus mejores amigos se le acercó y le mostró un dibujo: “era un carro volteado, patas arriba, y en lo que parecía ser el cielo había dos angelitos, entonces me dijo: ‘Caro, esos dos angelitos son su papá y su abuela’”, recordó Carolina. Entre la broma y la crueldad de un niño de su edad, ella empezó a llorar.

El descanso terminó y Carolina solo quería volver a clase. Sin embargo, su profesora, Nidia Lucía Mena, no llegó al salón. Pasaron cinco minutos, luego diez, luego quince, y no empezaba la clase. Entonces, la profesora se acercó al salón y le pidió a Carolina que saliera. “Qué pasó, profe”, preguntó la niña, y al enterarse de la noticia se quebró en llanto. “Ella me abrazó”, recordó.

San José estuvo en absoluto silencio. “Fue una hecatombe, mi madre era la madre de San José. Ella era muy líder, muy colaboradora, nos cuidaba a todos, no solo a los de la familia. Y mi hermano, ni hablar. De ésta no fui capaz de pararme”, confesó Dora Susana.

Sin entender las palabras que le dijo su profesora Nidia y sin comprender por qué estaba sucediendo lo que estaba sucediendo, Carolina regresó a casa de la mano de una de sus tías. “Póngase algo bonito que tenemos que salir”, le dijo. Ella, como en estado de shock y en medio del horrible martes que estaba viviendo, actuó por inercia. Se cambió, se puso ropa diferente al uniforme del colegio y siguió llorando. “Si había sido duro ver un ataúd, ahora imagínese ver dos”, agregó Carolina.

Por su parte, Dora Susana no tenía cabeza para pensar en homenajes y ceremonias especiales. El miedo volvió con fuerza y las lágrimas salían de muchas personas que parecía que también había perdido a una madre.

“La misa no fue tan bonita porque estaba marcada por mucho dolor. Con lo de mi mamá y José David, la gente estaba en shock, ya tenían miedo. Muchos estaban en la misa, pero no fue tan bonita porque acabaron con nosotros. Es que nos robaron dos almas muy bellas. La misa estuvo llena de indignación, tristeza y un profundo trauma. Yo decía: ya pa’ qué *hijueputas* si nos robaron todo. Uno siente que hasta pierde la fe”, concluyó Dora Susana.

En el funeral, Carolina recuerda a su mamá muy fuerte, sin llorar, sólida ante la tormenta. También, se ve así misma llorando en una habitación contigua a la sala de velación. “Cuando me levantaron para ver a mi papá y a mi abuela en el ataúd, me sentí muy mal. Desde mi perspectiva recuerdo ver un pequeño hilo que salía del cuello de mi abuela y una especie de relleno en la frente de mi papá. No se me olvida ver a mi hermanito llorando y a mi mamá muy calmada”, relató Carolina sin aún saber por qué les quitaron ese par de vidas que hacían para ella del mundo un lugar más llevadero.

Quedarse en San José ya no era una opción. Ya no era un tema que debía discutirse, sino que debía ejecutarse. Irse era la solución. Por mucho dolor que eso causara, debían macharse porque las intimidaciones continuaron. “Después de la muerte de ellos llegó una amenaza a la casa: ‘dígame a Héctor Favio que se cuide’. Con ese mensaje y esa advertencia, teníamos claro que San José ya no era seguro para nosotros, que había dejado de ser nuestro hogar”, contó Dora Susana.

Al día siguiente, vivir era doloroso. “No nos vamos a quedar”, escuchó decir Carolina. Ella, de tan solo ocho años, fue testigo de cómo su familia desmontó la tienda, devolvió la mercancía y

recogió la mayor cantidad de dinero para salir de San José lo más rápido posible. “Entrar a lo que era la tienda y verla completamente vacía fue duro. Fue raro. Del almacén de ropa no recuerdo mucho, pero, por ejemplo, la cafetería solo se cerró, quedó ahí y los muebles se quedaron intactos. Debíamos irnos, esa había sido la orden de mi mamá”, terminó diciendo. Allí ya no había ni calma ni tiempo ni tierra para vivir.

Sesenta y cuatro días antes

El domingo 26 de junio de 2005 San José se vistió de verde y blanco. Ese día no iba a llover, al contrario, el sol salió con la misma energía que invadió a los habitantes del único corregimiento de La Ceja. Ese día serían campeones. Jugaba la final el equipo de sus amores, Atlético Nacional, que se enfrentaría a Santa Fe. Desde temprano se oía por la calle que atraviesa la pequeña cabecera rural:

*Ahí salen los duros,
llegaron los fuertes,
se visten de verde,
qué equipo será...
juegan de lo lindo,
todos colombianos,
de la nueva raza es,
fútbol Nacional...*

Rubén José Tobón, su nieto Andrés Julián, y su ayudante David Gaviria, se levantaron temprano, antes de que la gente, sus vecinos, empezaran la gran fiesta. Salieron de la tienda que tenía Rubén José, al lado de la iglesia, con rumbo a la zona urbana de La Ceja, donde vivía Dora Susana, su hija. “Pá, tráigame unas cuantas cositas de la tienda que acá en la casa cuadrarnos. Por ahí derecho se toma un tintico”, le dijo Dora Susana antes de colgar el teléfono y que su papá saliera de San José.

Para esos días, en medio del proceso de paz que adelantaba con los paramilitares el gobierno del entonces presidente Álvaro Uribe Vélez, recorrer los caminos del corregimiento y bajar a la zona urbana de La Ceja, era de lo más tranquilo que habían vivido por años. Una única carretera destapada, la radio encendida en algún canal de noticias para iniciar el día informados y una buena compañía. Así fue el viaje que tuvieron los tres en el Daihatsu azul que los transportaba todo el tiempo. Calma. Tranquilidad. Paz. Así había empezado el día. Y así debía terminar.

De camisa de cuadros manga corta, con el sombrero que nunca se quitaba y con una leve cojera por un accidente que tuvo de joven, Rubén José y sus compañeros de viaje, llegaron al barrio El Pinar del Río, en La Ceja. Allí los esperaba Dora Susana en su casa. Cruzaron saludos y sin bajarse del carro, Rubén José le entregó las cositas que le llevaba y hablaron un poco de lo que se venía para la nueva comercializadora de flores: “quiero exportar”, dijo ella. “Vas a exportar, hija”, le respondió él. “Venga pues, entren para que se tomen el tintico”, continuó Dora Susana. “No, hija, es que vamos de afán. Usted sabe cómo es San José un domingo y más con ese partido... hágale que otro día tomamos tinto”, le contestó Rubén José.

En el Daihatsu azul, Rubén José, David y el pequeño Andrés Julián se fueron con dirección a la carnicería Las Vegas, en La Cruz, barrio ubicado en la salida que conduce al corregimiento de San José. David recuerda que, mientras Rubén José hablaba con el carnicero y cobraba un novillo que había vendido, “dos manes, dos *culicagados* en una moto le pegaron cinco tiros. Yo llevaba a Andrés cargado en las piernas y del desespero me volvió la cara nada, me empezó a aruñar gritando y todos dos muy asustados porque le habían matado al abuelito”.

La sangre, con su escándalo, estaba por todas partes. Tras los disparos, David se bajó del carro con el niño y lo primero que hizo fue llamar a Rosalba, que estaba en San José, para contarle lo que había pasado. “A mí no me mataron fue de *debuenas* (sic)”. No entendía qué sucedía, pero el aturdimiento lo tenía en pánico: “yo pensaba que me estaban esperando para matarme y que no quedara ningún testigo”, recuerda.

Solo bastó una fracción de segundo, un disparo, una bala, una pausa en el camino, una espera, para que el corazón de Rubén José Tobón Tobón dejara de latir. “La Policía me dio la noticia. Me entregaron al niño lleno de sangre y muy asustado”, relató Dora Susana sin lograr comprender la situación, sin imaginar que sería el inicio de los peores días de su vida. Cuando se supo en San José, la fiesta dejó de ser fiesta. ¿Qué había pasado? ¿por qué lo mataron?, ¿qué hizo para que le quitaran la vida? ¿y la paz? Muchas preguntas, pero nadie se atrevió a dar alguna respuesta. “Cuando se dieron cuenta de la muerte de mi papá, nadie abrió, todos muy dolidos, muy tristes. Se pausó la vida y el tiempo. La fiesta, sin empezar, había terminado. Y Nacional ganó 2 - 0” expresó Dora Susana.

Para los habitantes del corregimiento las intenciones de paz sonaban a promesas de campaña, a mentiras. Según Dora Susana, meses antes del asesinato de su papá, ubicaron en San José a un grupo de soldados que se la pasaron días y días, en compañía de algunos paramilitares en

proceso de desmovilización, preguntando de qué forma había afectado el conflicto armado a los campesinos de esa zona. Con ella coincide el entonces secretario de Gobierno, Nelson Fernando. Esto llenó de ilusión a muchos habitantes del corregimiento porque “creíamos que los paracos iban a saldar, de verdad, sus cuentas. Eso nos decían. Expresaron que se querían reinsertar de la mejor manera a la vida civil y social”, dijo Dora Susana.

Los paramilitares, en compañía de ese grupo del Ejército, prometieron a los pobladores que podían hablar con la tranquilidad que existía antes de la violencia. Conversaron sobre la paz, la solidaridad y la calma en el territorio. “Como hablaban tan bonito nosotros creímos todo lo que nos dijeron. Como mi papá tenía una tienda, nosotros éramos el centro de San José. Allá llegaba gente de todas las veredas y mi papá les fiaba hasta que los campesinos o amigos tuvieran con qué pagarle. Pero parecía que tener tienda era sinónimo de aprovechamiento, porque los armados llegaban y le pedían cosas fiadas a mi papá, cosas que nunca pagaban. Y vaya pues dígales alguna cosa, de una nos amenazaban” contó Dora Susana.

Todo el corregimiento estaba ilusionado con la paz, ¡por fin la paz! Y Rubén José no era la excepción: “así como muchos otros campesinos, mi papá presentó la lista de cosas que los paramilitares le debían, entre eso había comida, gasolina, mercado... ellos respondieron de forma ‘amable’ y dijeron que todo eso lo pagarían, que no habría ningún problema”, recuerda con sarcasmo Dora Susana.

Bastó un par de meses, unas cuantas semanas para que llegara el día en que, en vez de pagar, acabaran con la vida de Rubén José. “Lo mataron por haber cobrado y porque, supuestamente, éramos colaboradores de la guerrilla”, puntualizó Dora Susana. “A ellos —a los paramilitares— les dio rabia que don José les cobrara. Por eso lo mataron”, afirmó Nelson Fernando.

El asesinato de Rubén José no lo esperaban. El funeral estuvo acompañado por campesinos, vecinos, amigos, comerciantes, familiares y hasta personal de la alcaldía. “No recuerdo quién me dio la noticia de la muerte mi abuelo. Recuerdo el funeral porque había mucha gente y para mí fue muy impactante. Yo estaba con mis tías y mi abuela. El funeral fue en La Ceja y recuerdo no entender mucho de lo que pasaba. No había tensión, pero sí mucho llanto”, contó Carolina, que a sus ocho años sentía murmullos, silencios incómodos y muchos pesares. “Como era de buena persona don José”, decían.

La misa se ofreció en la Basílica Menor de Nuestra Señora del Carmen, iglesia principal de La Ceja. Dora Susana la describe como todo un homenaje a la vida laboriosa de su papá. “Nosotros como familia nos sentimos muy acompañados y agradecidos con las personas que fueron”, expresó. A pesar de la compañía, no existían palabras, ni disculpas, ni oraciones que devolvieran esa vida que una guerra, que parecía sin final, les arrebató. El miedo que habitó en ellos años atrás, volvió. ¿Qué vamos a hacer? ¿por qué siguen pasando estas cosas? ¿no les duele mucho el corazón? ¿y la paz?

Los días siguientes a ese fatal 26 de junio, la posibilidad de irse de San José por temor, porque estaban perdiendo una batalla que nunca decidieron luchar, se volvió latente. Vámonos. Vámonos. Vámonos. Y como si no fuera suficiente con haberles arrebatado una vida, a la casa de José David empezaron a llegar nuevas amenazas: “ya empezamos con su papá, ahora seguimos con ustedes. Cuídense, *hijueputas*”, se oyó decir al otro lado de la línea antes de que se colgara el teléfono.

“Mi mamá y mi hermano se querían quedar. El alcalde les dio un parte de tranquilidad y los convenció a quedarse. Yo les decía que nos podíamos ir para algún barrio de La Ceja, en la zona urbana, que allá las cosas estaban un poco mejor, pero a ellos se les hacía muy difícil dejar la tienda, la casa, los negocios”, relató Dora Susana. Por su parte, el alcalde explica que fue Nelson Fernando el que se puso al frente de la situación: “les ofrecimos la protección de las autoridades, pero con los grupos paramilitares era complicado a pesar de que hacíamos presencia en la zona. Brindamos recomendaciones, apoyo y logística, pero ellos, personas que nacieron en esa zona, aferrados a su negocio, decían: ‘¿pero por qué nos tenemos que ir?’. Nosotros les dimos un parte de tranquilidad para que ellos continuaran y se quedaran en el municipio, con la logística que teníamos y nuestro pie de fuerza, les brindábamos la ayuda que necesitaran”, concluyó el exalcalde.

Sin tomar una decisión, sin asimilar ni superar el asesinato de Rubén José y sin estar muy convencidos de los tiempos pacíficos venideros, fue que la muerte les tomó por sorpresa y esa vez por partida doble.

Volver

Se encontraba frente a la tienda. Su respiración se aceleraba y su corazón quería salirse, como cuando recibió la noticia de que se tenían que marchar, pero esta vez era porque estaba de

regreso, ¿con más fuerzas? No lo sabe, no lo recuerda. Pero allí estaba, no viendo la tienda, sino su vida entera. Recordando. Inhalando. Extrañando. Solo viendo cómo ese local que representaba tanto para ella y su familia, ahora, quizás en un mejor año, estaba vacío. Ese 2006, Carolina cumpliría nueve años. Seguía siendo una niña, pero ahora se sentía grande o al menos eso pensaba.

“La tienda estaba vacía porque recuerdo que todo eso lograron venderlo o darlo. Recuerdo estar frente la tienda donde papá atendía, donde mi abuelo recibía y atendía la caja. Recuerdo la tienda, pero todo estaba vacío. No había nada en los estantes y todo se veía como si hubieran pasado veinte años y fueron solo como cinco meses”, relató Carolina de su retorno a ese San José que la vio nacer.

Aunque su ausencia solo fue por unos cuantos meses, el San José que la recibió era diferente. Esa tienda que también la vio crecer y que le dio tantos recuerdos quedó en manos de sus tíos Héctor Favio y Dora Susana, que meses después la arrendaron. “La alquilaron, pero cambió mucho, cambiaron muchas cosas”.

Era un San José extraño, lleno de memorias: los chistes malos de José David, su papá; los regaños o alegatos de Rubén José, su abuelo; las largas rezadas con María Rosalba, su abuela. Los lugares los asociaba a un recuerdo y verlos continuamente le generaban la sensación de que ellos también regresarían a su hogar. ¿Qué pasó en esos cuatro o cinco meses? ¿dónde están mis amiguitos? ¿y la tienda por qué está vacía? ¿acaso papá no va a volver? ¿qué puedo hacer para que papá y los abuelos regresen? mamá, ¿por qué volvimos? Eran algunas de las preguntas que se hacía Carolina.

Muchas cosas cambiaron: San José, la rutina, el colegio, los amigos, su propia familia y hasta la misma Carolina, pero las preguntas seguían siendo casi las mismas. Antes de toda la violencia que sufrió el corregimiento, ella era “la ñaña del señor de la tienda”, tenía videojuegos y balones para entretenerse con todo niño que apareciera, era la primera nieta, fue la primera hija... ahora, al regresar, solo era Carolina. “San José fue el mismo por mucho tiempo, pero sin mi papá y sin mis abuelos era diferente. El ambiente ya no era de juegos ni de ir por cosas a la tienda, los potreros de ganado nunca fueron iguales, ni el pasto ni el café fueron los mismos y el jardín que la abuela cuidaba dejó de ser jardín y se convirtió en nada. Todo era distinto, pues ellos ya no estaban”, dijo Carolina cayendo en la cuenta que no es el lugar, sino las personas las que hacen que la vida sea diferente.

Y pese a todo la vida siguió. Regresó al colegio, pero los amigos y los juegos cambiaron. También los temas de conversación: por mucho tiempo todo giró en torno a ese agosto fatal cuando dejaron su casa por miedo a perder una guerra que no entendían: “cuando llegué ya no tenía los mismos amigos. Recuerdo una conversación con un compañero que solo decía: ¿y cómo se siente? ¿y cómo es irse? ¿cómo es Buenaventura?... ese era el único tema de conversación”, expresó Carolina con agobio.

Extrañaba a su papá para motivarla, para darle ánimo a su mamá y para ver crecer juntos a su hermano Andrés Julián. Extrañaba, incluso, los regaños de su abuelo ¿Y a su abuela? de María Rosalba anhelaba un abrazo que le hiciera sentir que su mundo no se había desmoronando. Carolina solo quería a su familia de vuelta. “Un profesor, Arlex Ángel Castro, me decía: ‘cuando usted volvió a San José era un pañito de lágrimas’”, contó Carolina al recordar que, para sus ocho años, el mundo se había hecho más inabarcable y que ya no podía recorrerlo en los hombros de su papá.

Para Gloria volver a San José tampoco fue fácil. ¿Qué podía inventarse para que a sus hijos no les faltara nada? ¿Era San José un buen lugar para crecer? ¿Seguía siendo su hogar? Regresar, recordar, revivir lo que sintió al irse, querer reír, anhelar ese pasado, sentirse sola. “Yo admiro mucho a mi mamá. Creo que uno debe tener mucho valor para, después de salir corriendo, regresar con esa fuerza y decir yo continuó acá porque esta es mi tierra. Llegar a San José fue empezar de cero. Empezar después de haber empezado otra vez”, contó Carolina.

Llena de dudas, recuerdos y duelos sin sanar, Gloria continuó con el hábito de la costura que adquirió en Buenaventura. Un arreglo aquí, otro allá, una camiseta por coser y un pantalón para subir el ruedo, de esos “detallitos empezamos a vivir”, expresó Carolina. Tiempo después abrió nuevamente el almacén que tenía antes de irse de su tierra y así, por medio del hilo, la costura y la ropa volvió a empezar. “Mi mamá salía mucho a surtir el almacén, a hacer sus pendientes y nosotros, mi hermano y yo, estábamos en la casa o en el colegio. Muchas veces estaba yo sola cuidando a mi hermanito”, explicó.

Para Gloria reabrir el negocio fue un reto: volver a conseguir clientes y avisarles a los vecinos que el almacén había vuelto para quedarse. Tenía miedo, pero asimismo dos motivaciones para seguir luchando: Andrés Julián y Carolina.

También hubo por mucho tiempo una pregunta sin respuesta: ¿por qué los mataron? Conocer la verdad podía ser difícil, pero quizá les daría la calma que necesitaban. Lo cierto es que esa respuesta nunca llegó. “Yo siento que no vivimos con resentimiento. A veces sentimos dolor,

pero es apenas normal. Estamos más tranquilos. Quizás mi mamá sí sienta rabia y la entiendo, pero yo nunca he sentido rencor. Aunque sí debo admitir que los extraño”, dijo Carolina.

Aunque hubiesen querido vivir por siempre en San José, en 2016 se trasladaron a la zona urbana de La Ceja, pues Andrés Julián estaba cursando una media técnica y Carolina inició sus estudios universitarios. “Mi papá me decía que debía aprender de todo, entonces lo hice: estuve en clases de pintura, de piano, soy profesora de inglés y profesional en Ingeniería de Alimentos de la Universidad de Antioquia, aunque de pequeña me preguntaba constantemente ¿yo qué hubiera sido si nada de eso me hubiera pasado? ¿habría estudiado otra cosa? ¿trabajaría en la tienda? ¿seguiría estudiando piano? quizás hubiera sido artista o escritora o ganadera o tostadora de café, no sé”, contó Carolina.

Y las preguntas que se hacía de niña empezaron a tener respuestas con el pasar de los años: “¿y papá dónde está? Cuidándome; ¿quién me llevará en los hombros? Ahora seré yo quien cargue el mundo en los hombros; mamá, ¿por qué volvimos? Para superar, para sanar, para crecer; ¿qué puedo hacer para que papá y los abuelos regresen? Nunca olvidarlos”.

Nota del autor: Tres días duró la investigación por el asesinato de María Rosalba y su hijo José David. Para el 26 de agosto de 2005, la Fiscalía General de la Nación ya había imputado por el hecho a Miguel Ángel García Marín, alias ‘Tyson’ y ‘Voltrés’, y a Edwin Yamit Alzate Correa, alias ‘Cachamba’, ambos desmovilizados y reinsertados de las AUC. Por el asesinato de Rubén José nunca hubo capturas.

Anexo

Algunas de las fotografías que se encuentran en el siguiente álbum digital son recuerdos que Carolina y Dora Susana conservan de Rubén José, María Rosalba y José David:

<https://bit.ly/3NUbchb>

Como letra muerta

Eran las siete de la noche del domingo 20 de septiembre de 1998, cuando quince personas armadas, entre hombres y mujeres, vestidos con prendas privativas del Ejército Nacional, instalaron un retén en Don Diego, sector estratégico de El Retiro en el que se cruzan las vías que comunican a ese municipio con Medellín, Rionegro y La Ceja.

Según los relatos de prensa, en un lapso de entre quince y treinta minutos, guerrilleros del Ejército de Liberación Nacional, ELN, intimidaron a los habitantes de la zona y a los turistas que paseaban por allí. Los testigos dijeron a los medios que los subversivos salieron de los matorrales en las laderas de la carretera, que llevaban botas pantaneras, machetes y camuflados. Otros, según las declaraciones de la Policía de Antioquia a *El Colombiano*, “llegaron en un furgón tipo Ford 350, de placas LKE 874 y empezaron a detener vehículos”. Se posicionaron en la vía, tomando ambos sentidos y quitándole las llaves a los conductores que paraban sus carros y motos. Esa versión de la Policía fue confirmada al diario por los habitantes del sector: “ellos llegaron y luego de detener por lo menos treinta carros y revisarlos, sacaron a unos muchachos muy jóvenes y se los llevaron”.

Maximiliano Latorre Orrego, estudiante universitario de 20 años; Jorge Enrique Garcés Giraldo, estudiante universitario de 22 años; Juan Manuel Cano Escobar, estudiante universitario de 20 años; María Fernanda Sabaski Ovalle, de 17 años; Álvaro Suárez Suárez, ganadero de 40 años; y Fredy López Tabares, conductor de 30 años, fueron secuestrados por ese grupo guerrillero de acuerdo con *El Colombiano*, *El Mundo* y *El Espectador*.

Adriana María

El retén del frente Carlos Alirio Buitrago, del ELN, no solo dejó seis personas secuestradas. En ese mismo hecho, Adriana María Quintero Zuluaga, secretaria de la Fiscalía de La Ceja, fue asesinada.

Adriana María iba en un vehículo Renault 9 en dirección a Rionegro, lugar en el que vivía. Con ella viajaban sus hijas, dos niñas de diez y trece años. La reconstrucción que de los hechos hicieron los medios de comunicación dicen que Adriana María se percató del retén de los

guerrilleros e intentó hacer un giro en U para evitarlos. Sin embargo, se vio interrumpida por una ráfaga de fusiles.

Silencio. Miedo. Pausa. Desde el carro de la secretaria de la Fiscalía de La Ceja salieron gritos de auxilio: “¡ayuda, por favor!”, “¡mami!”. Luego llanto. Minutos después y como lo relató *El Mundo*: “se acercaron dos guerrilleros a la ventana y les dijeron a las niñas que se calmaran que la ambulancia ya llegaba, sin embargo, ella falleció poco después”.

“El terror de ellas (las niñas) no se puede describir. Sabemos que se aferraron al cuerpo sin vida de su mamá y no la querían soltar”, dijo una pariente de la víctima a *El Colombiano*. Aura Botero, empleada de uno de los estaderos cercanos al sector Don Diego expresó para *El Espectador*, “le volvieron el carro nada, no me explico cómo no mataron a las niñas. Cuando nos asomamos estaban las dos niñas abrazadas a su madre, con la cara ensangrentada y tapándose los oídos”.

Al día siguiente, el 21 de septiembre de 1998, Adriana María fue enterrada en el cementerio Campos de Paz, en Medellín. Sin embargo, ella no fue la única víctima mortal del retén guerrillero.

Carolina

Por aquellos días, los medios reportaban con frecuencia “pescas milagrosas”, un eufemismo que se usó para denominar los secuestros aleatorios de civiles en las carreteras de Colombia. El retén en Don Diego no fue el único que instalaron los guerrilleros aquella noche.

Según Gildardo Lopera, quien en ese entonces era el alcalde de La Ceja, por radioteléfono le avisaron que había más bloqueos en otras vías del municipio: “alcalde, la cuestión es que nos acaban de informar por radio que hay otros posibles retenes guerrilleros entre La Ceja y Abejorral; La Ceja y Rionegro; La Ceja y La Unión, y La Ceja y El Retiro, por el lado de Payuco”, le dijo un policía. “Se iban a tomar el pueblo, eso fue lo primero que pensé”, recuerda Gildardo.

Lo que se sabe ahora, veinticinco años después, es que en realidad fueron solo dos retenes: el de Don Diego y un segundo retén en El Chuscal, un sector en la vía que comunica a La Ceja con El Retiro. Fue en ese lugar donde a Carolina Amaya García le quitaron la vida.

Carolina iba con en una motocicleta con un amigo e intentaron retroceder al aproximarse al sitio en el que los guerrilleros atravesaron un bus para cerrar la vía: “la niña iba para El Retiro y al

llegar a El Chuscal como que les dispararon porque no quisieron parar y ella recibió un disparo en la espalda”, relató a *El Colombiano*, Guillermo Amaya, padre de Carolina.

Un sacerdote, que de forma anónima dio su testimonio a *El Espectador*, contó que trató de socorrer a Carolina para que no perdiera sangre: “yo los encontré sin saber qué hacer y de inmediato nos montamos en el carro y nos dirigimos al hospital de La Ceja a dónde no alcanzó a llegar con vida”, expresó el cura.

Carolina apenas tenía 17 años, soñaba con estudiar enfermería y hacía poco tiempo había terminado el bachillerato en la Institución Educativa Bernardo Uribe Londoño, en La Ceja. “Jamás pensé que esto me pasaría, cosas de Dios”, puntualizó Guillermo Amaya a *El Colombiano*. Al día siguiente, el 21 de septiembre de 1998, el cadáver de Carolina fue cremado en Medellín.

Ángela María

“¿Está el alcalde?”, le preguntaron hombres de la policía a la mamá de Gildardo Lopera; “debe estar que llega”, contestó ella, “si quiere lo esperan”, terminó diciendo. Los policías fueron a la casa del alcalde para comunicarle que en Don Diego había un retén y estaban secuestrando gente.

“Cuando llegué a mi casa, casi a las siete de la noche, había seis policías preguntando por mí”, recuerda Gildardo quien gobernó en La Ceja entre 1998 y el año 2000. “Qué pasó, muchachos”, les preguntó. “Alcalde, lo que pasa es que necesitamos que nos acompañe a la estación. Hay rumores de que la guerrilla se tomó el sector Don Diego y están secuestrando gente”, dijo preocupado uno de los uniformados. “Pero, ¿cómo así?, ¿y ya hay presencia policial allá o todavía no?, muévanse a ver”, respondió entre asustado y nervioso. “Sí, señor, ya van algunos policías para allá”.

En Don Diego, donde asesinaron a Adriana María, también mataron a Ángela María Vásquez. Ella, una joven estudiante de noveno semestre de Medicina de la Universidad Pontificia Bolivariana, se trasladaba en una moto junto a su novio con quien había pasado el fin de semana en una finca de recreo en el sector de Llanogrande.

De acuerdo con testimonios que habitantes de la zona dieron a *El Colombiano*, uno de los guerrilleros le pidió a la joven y a su novio que se bajaran de la moto y los acompañaran. Ella, por

negarse a cumplir la orden del subversivo fue acribillada. “Cayó sobre los pies de su novio”, dijeron testigos al medio. “La fusilaron en frente de todos”, afirmó *El Espectador*.

Rodrigo Vásquez Vélez, papá de Ángela María, dijo a *El Colombiano*: “lo que le ocurrió a Ángela María no se describe, no soy capaz; solo sé que los que le dispararon son unos dementes y que le dispararon a una niña indefensa”. A ella la sepultaron el 21 de septiembre de 1998, en el cementerio Campos de Paz, en Medellín.

Dos días después de los asesinatos, el martes 22 de septiembre, *El Espectador* encabezó en su página 4A: “Atentados de actores armados al DIH”, y expuso tres casos de violaciones al Derecho Internacional Humanitario (DIH) en Colombia, uno de ellos el retén en Don Diego. El diario finalizó enfatizando que, pese a las promesas de los diferentes actores armados del conflicto colombiano, sus actos demuestran que el DIH es “letra muerta”.

En estado de conmoción

Primero una, luego otra, otra y otra. Cuentan algunos cejeños que a eso de las siete de la noche se escucharon explosiones. Cuatro bombas que, según *El Colombiano*, “contenían entre dos y cinco kilos de dinamita gelatinosa y amoniaca” y que fueron dejadas dentro de tarros de metal y cajas de cartón al frente de las sedes del Banco Industrial Colombiano, el Banco Comercial Antioqueño, el Banco Ganadero y La Caja Agraria, ubicadas en el parque principal de La Ceja. Ese fin de semana de noviembre de 1992, el miedo se tomó los diferentes rincones de Colombia y La Ceja no fue la excepción.

Luz Elena Giménez era esposa de Orlando de Jesús Marín. Ese 7 de noviembre pasó la mayor parte del día en cama, “estaba acostada porque me sentía enferma”, recuerda. Orlando era taxista y siempre comía en la casa. Ese día no fue la excepción. Aún enferma, Luz Elena le sirvió el almuerzo. Él comió y se fue. “A las siete de la noche se escucharon unos estruendos muy malucos. Bombas, pensé, porque en ese tiempo la violencia era mucha, entonces supuse que eso era”, siguió relatando.

Y Orlando, que acostumbraba a llegar temprano no aparecía. Luz Elena pensó: “¿por qué será que no llega? ¿será que le salió alguna carrera para una vereda o para otro pueblo?”, se preguntaba. Cuando a eso de las nueve de la noche los vecinos tocaron la venta y le preguntaron si su esposo ya había llegado. “No, nada que llega”, dijo. Y uno de ellos le respondió: “lo que pasa es que el taxi de él estaba en el parque, pero él no aparece por ningún lado”.

Cuando escuchó lo que su vecino estaba diciendo se organizó lo más rápido que pudo y salió con dirección al hospital del pueblo. “Yo me fui de inmediato a ver si estaba allá. Estaba muy nerviosa. Mi cuñado Fernando Muñoz me acompañó. Cuando llegamos la enfermera de la recepción me dijo que Orlando no estaba. Yo le pedí que revisara la lista otra vez, que mirara bien que él debía estar ahí. Le dije que tenía que estar allá porque dónde más. Ella volvió a revisar la lista y me dijo que sí, que lo habían trasladado para Medellín”, relató Luz Elena.

Orlando estaba mal, “pero no tan mal. Está inconsciente”, le respondió la enfermera a Luz Elena. Ella regresó a su casa, organizó unas cuantas mudas de ropa y en el carro de su cuñado se fueron rumbo al Hospital San Vicente, en Medellín, pues le dijeron que para allá habían trasladado a su esposo. “Cuando llegamos era como la una de la mañana. Allá no nos daban razón. Tuve que enojarme para poder que me diera razón de mi marido. Era hasta indignante. Algo muy extraño

que pasó fue que cuando nos preguntaron por el parentesco, dejaron entrar a mi cuñado, pero a mí no. Entonces Fernando fue y cuando salió me dijo que no lo veía nada bien, que estaba inconsciente. Me tocó rogar para que me dejaran entrar a mí, a su esposa. Y cuando por fin lo vi estaba muy lleno de sangre”, recordó Luz Elena.

Más de una semana estuvo Luz Elena cuidando a su marido en Medellín. De acuerdo con la explicación de los médicos, a Orlando lo hirió una esquirla en un costado de la cabeza. El fragmento llegó al cerebro y lo dejó sin conocimiento. “Yo lo acompañé mucho, pero él nada que mejoraba. No respondía. Le hicieron un TAC cerebral y lo operaron. Al otro día de la cirugía él despertó, pero muy desorientado. ‘¿Esto no es un seminario? ¿un colegio?’, decía desubicado. Lo único cierto que dijo fue que tenía una hija de cuatro años, Jhoana”, narró Luz Elena.

Y con el tiempo Orlando no mejoraba ni recuperaba su memoria. “Él quedó muy desorientado. Cuando le dieron de alta fue muy duro para mí, porque ¿yo cómo iba a tratar con él? Él perdía la memoria, se le olvidaban las personas que lo visitaban. A él había que bregarlo porque no era capaz de caminar ni hacer muchas cosas por su cuenta”, recordó con tristeza Luz Elena. “Él nunca volvió a ser el mismo. Quedó con problemas para caminar, pero al menos camina”, finalizó diciendo.

Así como Orlando, de acuerdo con *El Tiempo* y *El Mundo*, esa noche otras quince personas resultaron heridas: León Darío Álvarez, Danilo Cardona, Luis Alberto Saldarriaga, Henry García, Andrés Patiño, Marcela Gutiérrez, Álvaro Henao, John Restrepo, Arturo Bedoya, José Arley Bedoya, Jorge Castañeda, Juan Fernando Mejía, Vicente Maldonado, Claudia Ortiz, Yamile Ramírez. Mientras que dos personas perdieron la vida y fueron identificadas como Juan de Dios Ocampo Chica, de treinta y dos años, y Luz Mar Gutiérrez Patiño, de veinte.

Sí, ese fin de semana de noviembre de 1992, el miedo se tomó los diferentes rincones de Colombia y La Ceja no fue la excepción: veintiséis policías fueron asesinados en Putumayo y veintiuno en Medellín; más de veinte petardos explotaron en Magdalena, Cesar, Risaralda, Quindío, Caldas, Norte de Santander y Antioquia. Solo en este último departamento, la guerrilla atacó sucursales bancarias de La Ceja, Medellín, Bello, Rionegro, Cisneros, Barbosa, Guarne, San Carlos, Cocorná, Turbo y Apartadó. Frente al número de víctimas, no hubo claridad: *El Tiempo* dijo que fueron cuarenta y tres heridos; *El Mundo* reportó cincuenta y tres, y *El Espectador* afirmó que fueron sesenta. Solo coincidieron en que fueron cinco los muertos. La respuesta a la escalada

guerrillera de ese fin de semana fue la declaratoria de “estado de conmoción interior” que, por segunda vez, decretó el entonces presidente César Gaviria Trujillo.

Papá Diego

1 OSCURIDAD:

SOBREIMPRESIÓN: De acuerdo con el Registro Único de Víctimas, entre 1990 y 2008 fueron asesinadas 2250 personas en el municipio de La Ceja. Esta es la historia de "Diego, el polvorero".

FUNDE A NEGRO:

"A veces tienes que esperar siglos
a que ocurra alguna cosa y de golpe
ocurren todas a la vez".

Laura Restrepo

FUNDE A BLANCO:

2 EXT. CARRETERA - DÍA - 1997

INGRID, LA MONA y DIEGO salen de la finca de este último en Mesopotamia, corregimiento de La Unión, rumbo al municipio de La Ceja.

Entre conversaciones banales, chistes y recuerdos DIEGO les cuenta un sueño recurrente.

DIEGO

Yo sueño tanto que estoy muerto y tirado en una carretera...

El comentario pasa desapercibido, pues ninguno de los tres lo toma como premonición.

VOZ NARRADOR

DIEGO GÓMEZ, que para 1997 tenía cuarenta y siete años, con el pasar del tiempo olvidó aquel sueño incómodo y siguió con su vida como de costumbre. Continuó madrugando a hacer una de las cosas que mejor se le daban: la pólvora. Él fue uno de los primeros polvoreros de La Ceja, arte que le enseñó su padre y que él les transmitió a sus hijos.

3 INT. CAFETERÍA - DÍA - 2023

Salón de paredes azul claro, de unos 60 metros en el segundo piso de un edificio a media cuadra de la Basílica Menor Nuestra Señora del Carmen, en La Ceja, Oriente antioqueño. Encima de la mesa hay un celular, una libreta y dos tazas de café sobre dos platos pequeños.

MARIA FRANCI GÓMEZ: 56 años, estatura baja, cabello largo. Hija mayor de DIEGO y CARMEN GUZMÁN.

MARIA FRANCI

Con él aprendí a hacer las mechas para las papeletas y los mosquitos.

Utilizábamos azufre, almidón y carbón para hacer la mezcla. Uno se sentaba al frente de él y empezaba a trabajar. Todo era muy tranquilo. Fueron muchos años los que trabajé con él y uno se entretenía. Además, nos pagaba.

VOZ NARRADOR

Para ese año, el negocio de la pólvora era rentable. Las iglesias, las alcaldías y hasta los grupos armados al margen de la ley compraban grandes cantidades para amenizar las fiestas religiosas, los diciembres y las fechas especiales.

MARIA FRANCI extiende sus brazos y reposa una mano sobre otra. Hace una pausa, intenta recordar y expresa:

MARIA FRANCI

A mi papá lo llamaban de la iglesia de San Cayetano, un barrio de La Ceja, para que se encargara de hacer la pólvora y los juegos pirotécnicos para las fiestas. A los padres les gustaba mucho cómo trabajaba.

FUNDE A NEGRO:

4 INT. CAFETERÍA - TARDE - 2023

Misma cafetería. Lámparas de luz cálida y música suave. Sobre la mesa hay tres tazas de café, un celular y una libreta.

ÓSCAR GÓMEZ: 47 años, estatura media, corte de cabello militar; amante a la música, trabajador de empresa de seguridad. Segundo hijo de DIEGO.

ÓSCAR

En ese momento la pólvora era el mejor negocio. A veces llegaban hombres preguntando por tanta producción, papá les decía lo que costaba y no ponían problemas. Eran personas de plata que pagaban lo que fuera sin escatimar

precios.

VOZ NARRADOR

MARIA FRANCI y ÓSCAR aprendieron a hacer y manipular la pólvora gracias a su papá. Aunque ellos no son hijos de la misma mujer, su papá y el trabajo que desempeñó permitió que los dos tuvieran una buena relación de hermanos.

5 INT. CASA - NOCHE - 2023

Casa recién revocada en un segundo piso. Se ven las herramientas de trabajo, dos sillas de madera al lado de costales con escombros y tablas puestas en el suelo.

TERESA GAVIRIA: 64 años, de baja estatura, morena, cabello gris. Se casó con DIEGO en 1974.

VOZ NARRADOR

TERESA es madre de ÓSCAR, CLAUDIA, JUAN DIEGO, CARMEN Y CRISTIAN.

TERESA

Todos muy buenos muchachos.
(sonríe)

VOZ NARRADOR

Después de veinte años de matrimonio, TERESA se divorció de DIEGO.

TERESA

Como papá fue responsable, debo admitirlo. Como esposo fue muy bueno. Siempre respondió por la comida de sus hijos y los asuntos de la casa.
(pausa)

VOZ NARRADOR

A TERESA, DIEGO también le enseñó el arte de manipular almidón, carbón y azufre,

pero debido a los cambios de temperatura, entre el frío y el calor, pagó ciertas consecuencias.

TERESA

La pólvora rodeaba toda su vida. Imagínese que yo también la trabajé y fue por eso que se me torcieron los dedos. Eso tiene su ciencia. Yo, por ejemplo, debía estar mojándome constantemente, pasar del frío al calor muchas veces. Además, por las mañanas hacía pólvora y en las tardes hacía comida para mis muchachos. Entonces, eso me afectó mucho lo dedos.

(pausa)

VOZ NARRADOR

Pero su quehacer no era lo único que "rodeaba" la vida de "DIEGO, el polvorero", como era conocido en Payuco, lugar donde residió toda su vida. Sino que tuvo, también, dos amores a los que se entregó cada que pudo: el licor y las mujeres.

6 INT. CAFETERÍA - DÍA - 2023

Misma cafería ubicada a cuadra y media de la iglesia principal de La Ceja.

MARIA FRANCI

Él podía quedarse hasta quince días bebiendo. Era conocido por eso y porque se sentaba en Palenque con otras señoras y hacía sus cosas.

En la década de los noventas el barrio Palenque, ubicado a cuatro cuadras del parque principal de La Ceja, era una "zona de tolerancia" donde con facilidad se encontraban cantinas, drogas, prostitución y pobreza.

7 INT. CAFETERIA - TARDE - 2023

Misma cafetería. Una taza de café sobre la mesa, un celular y una libreta.

ÓSCAR

Mi papá me llevaba a Palenque a que le ayudara a hacer "los cuartos" con las señoras de allá. Yo lo acompañaba solo por salir y como yo no decía nada... Él se mantenía en La Cantina de Mario y era muy aguardientero.

Algo que recuerdo mucho es que cuando él salía a tomar solo y llegaba a la casa me aconsejaba. Me decía: mijo, manéjese bien, trabaje, si va a tomar tome, pero conmigo. Me pedía que trabajara y que lo hiciera sin envidias.

VOZ NARRADOR

La vida de DIEGO era una constante celebración. Cuando de fechas importantes se trataba, intentaba que su familia se sintiera a gusto y contenta. INGRID, su nieta, que en 1997 tenía diez años, cuenta que para la fiesta de su primera comunión fue el abuelo quien hizo casi todo.

8 INT. CASA - TARDE - 2023

Apartamento en la planta baja de un edificio de cinco pisos, a dos cuadras de la iglesia de La Santa Cruz, barrio de La Ceja.

Al interior del apartamento, al abrir la puerta, se ve un comedor y sobre este hay un frutero lleno, dos tazas de café con leche, un plato con cinco panes, un celular y una libreta.

INGRID ARIAS: 36 años, de estatura baja, cabello negro. Hija de MARIA FRANCI y nieta de DIEGO.

INGRID

Eso fue un diciembre. Él me pagó el vestido, me lo mandó a hacer, fue tanta la cosa que hasta hizo marranada. Lo recuerdo todo muy bonito. Mi abuelo siempre pretendía que nosotros estuviéramos a gusto.

(sonríe)

9 INT. CAFETERIA - TARDE - 2023

Misma cafetería. ÓSCAR está sentado de brazos cruzados. El mesero trae un café y retira la taza que quedaba en la mesa.

MARTA BOTERO: 45 años, estatura media, cabello castaño, esposa de ÓSCAR.

MARTA

Es que mi suegro siempre fue muy alegre. Él era muy bromista y maldadoso, quería que todos hiciéramos parte de la familia, con decirle que hasta me enseñó a trabajar la pólvora.

VOZ NARRADOR

A pesar de sus defectos, de su entrega al licor y a las mujeres, su familia lo recuerda como alguien que siempre les brindó la mano.

10 INT. CAFETERIA - DÍA - 2023

MARIA FRANCI se rasca el brazo derecho mientras mira a un punto fijo de la mesa.

MARIA FRANCI

Si necesitábamos un favor, plata o lo que fuera, siempre recurriamos a él. Lo buscábamos para lo bueno y para lo malo. Era prácticamente nuestro mayor apoyo. Él fue el que nos dio casa y donde vivir. No era de plata, pero lo poco que tenía lo compartía.

11 INT. CASA - TARDE - 2023

INGRID, entre risas, recuerda los regalos de su abuelo.

INGRID

En diciembre me regalaba pólvora a escondidas. También me daba plata y cuando estábamos por fuera de la casa siempre nos invitaba a comer. Algo para no olvidar es que ayudó mucho a mi mamá y a mi papá cuando se veían con necesidades.

12 INT. CASA - NOCHE - 2023

Afuera de la casa, llueve.

TERESA

DIEGO estuvo para ayudar. Para calmar el hambre de los demás fue muy bueno. Ayudaba mucho. Yo me divorcié de él porque me cansé de las mujeres que tenía por fuera, pero como persona era muy bueno.

VOZ NARRADOR

Y es que "DIEGO, el polvorero", no solo era consciente de las dificultades que podían padecer sus hijos o nietos, sino que también comprendía lo que le sucedía al resto de las personas que no tuvieron las mismas oportunidades.

A mediados de la década de los noventa, Payuco, donde él y su familia vivieron, era una vereda de carreteras destapadas y alejada de la zona urbana del municipio.

13 INT. CAFETERIA - DÍA - 2023

ÓSCAR

Mi papá era uno de los pocos señores que tenía carro por ese lado de La Ceja, entonces a la casa llegaban muchas personas que ni conocíamos, a pedirle ayuda: que los llevara al hospital o que les arrimara hasta cierta parte.

Él era mucho de dar. En Palenque, donde me pedía que le ayudara y le hiciera "los cuartos", también llevaba mercados y ayudas para esas familias. Es que allá vivía gente muy pobre. Él no tenía mucha plata, pero trataba de ayudar. "Papá DIEGO" le decían.

VOZ NARRADOR

Las intenciones de DIEGO eran buenas, pero como todo humano, él también cometió errores. Su fascinación al licor, los actos que conllevaron a la ruptura de su matrimonio con TERESA y una idea que fue creciendo en su mente muchos meses antes a aquel terrible año de 1997...

ÓSCAR

Lo único que él quería era comprar una finca y la compró donde no era.
(pausa)

VOZ NARRADOR

Comprarse la finca en Mesopotamia, tierra que recién había visitado cuando contó la historia de ese incómodo y repetitivo sueño: muerto y tirado en carretera.

FUNDE A NEGRO:

14 INT. CAFETERÍA - DÍA - 2023

MARIA FRANCI

Eran las ocho y media de la noche cuando pasó todo. Fue el 18 de septiembre de 1997. Ese día mi hermano ÓSCAR me llamó

por teléfono y me dijo que si iba a ir a la casa de mi papá a jugar cartas. Yo le dije que sí, pero que primero debía dar comida. Eran como las siete cuando yo salí de mi casa con INGRID y CARLOS, mis dos hijos mayores. Mi papá vivía cerca, entonces, no nos demoramos mucho en llegar. Recuerdo que cuando llegué donde ellos el reloj marcaba las siete pasadas.

Mientras nosotros jugábamos cartas, DIEGO estaba sentado en una silla viendo las noticias y cuando menos pensamos se quedó dormido. Al rato, a mi hijo CARLOS, se le dio por irse para la casa, lo que nunca; entonces INGRID lo acompañó hasta la puerta y se devolvió para donde estábamos nosotros.

15 INT. CASA - TARDE - 2023

INGRID

Casi todas las noches mi mamá iba a jugar cartas con ÓSCAR, mi tío y su esposa MARTA. A mí me gustaba acompañarla. Yo tenía diez años y me entretenía mucho en la casa de mi abuelito.

Recuerdo que mi abuelo se despertó, se paró y se fue para la cocina a tomarse la pastilla para la presión. En ese momento tocaron la puerta y yo fui a abrir. Afuera había tres hombres que preguntaron: "¿está DIEGO GÓMEZ?". Yo les dije que sí, que me dieran un momento para ir a buscarlo. Cuando me devolví para la sala, vi que esas personas se habían entrado a la casa. Hasta ahí me acuerdo.

16 INT. CAFETERÍA - TARDE - 2023

MARTA

Ese día lo recuerdo con mucha tristeza. Yo estaba en la casa de mi suegro, de DIEGO, y veía con mis dos hijos, PETER, de dos años, y DANIEL, de siete meses, la novela de *Francisco el Matemático*.

Escuché el momento en que tocaron la puerta y preguntaron por DIEGO, pero no sabía quién ni para qué lo estaban llamando. INGRID, abrió. Cuando la niña fue a llamar a su abuelo esos hombres se entraron a la casa.

Apenas vieron a ÓSCAR, lo primero que hicieron fue tirarlo al piso. Le pusieron las manos en la cabeza y se la pisaban para que no pudiera pararse. A mi suegro, que se estaba tomando la pastilla en la cocina, lo sacaron esposado.

(pausa)

Eran hombres corpulentos y estaban encapuchados. Uno de ellos era negro, eso no se me olvida. Tenían armas muy grandes y daban mucho miedo.

PETER se tiró al suelo buscando a su papá y yo traté de cogerlo rápido, con miedo a que le hicieran algo. Él estaba desesperado: "mi papá, mi papá", decía llorando.

17 INT. CAFETERÍA - DÍA - 2023

MARIA FRANCI

Mientras uno de esos hombres fue por mi papá, el otro tenía a ÓSCAR en el suelo y el tercero buscaba cosas por toda la casa. Buscó en un rincón y en otro, pero nunca supe qué quería encontrar.

El mismo hombre que revisaba cada parte del lugar preguntó por Juancho, un hermano mío. Nosotros dijimos que no

sabíamos nada de él. Luego salió mi papá de la cocina mirando al piso y escoltado por el armado que había entrado primero a la casa. La niña, INGRID, preguntaba muy desesperada: "abuelito, abuelito, ¿para dónde se lo llevan?".

Mi papá nunca dijo nada. Él salió agachado y en silencio. No pronunció una palabra. Nada. Cuando salieron con él yo me fui detrás de ellos, pero el negro me devolvió con un cachazo en la cara y dijo: "ustedes, gran *hijueputas*, hasta dentro de quince minutos no pueden salir ni avisar ni decir nada".

18 INT. CAFETERÍA - TARDE - 2023

ÓSCAR se acerca a la mesa y pone sus brazos sobre ella, baja un poco la voz y cuenta lo que recuerda.

ÓSCAR

Mientras estaba en el piso, pensé que me iban a matar. Escuchaba que mis hijos lloraban y sentía la presión de la pisada en mi cabeza. Uno en ese momento siente mucho miedo.

Y es que eso fue cuestión de minutos, en muy poco tiempo sacaron a mi papá de la casa: llegaron, preguntaron por él y se lo llevaron. Dijeron que no fuéramos a llamar a la policía, que no dijéramos nada.

Cuando salieron con mi papá todo se pausó. Fue extraño. Pensé que, si no me habían matado en ese momento, ya no lo iban a hacer. Entendí que la cosa no era conmigo y que por eso tampoco me llevaron. Yo esperé un momento para llamar y dar aviso, pero nada más.

Todo fue muy rápido.

(pausa)

19 INT. CASA - TARDE - 2023

INGRID

En mi memoria está que mencionaron a Juancho, otro tío mío. Recuerdo que uno de los armados lo mencionó.

Esa noche, además de miedosa, fue eterna. Nos dijeron que no abriéramos la puerta ni habláramos con nadie. Luego mi tío ÓSCAR llamó a Juancho y le dijo que no fuera a subir a la casa, que se habían llevado al abuelo, pero que inicialmente lo estaban buscando a él.

Por la ventana mirábamos a los vecinos, tratando de preguntarles si todavía estaba esa gente por ahí. Al rato, mi tío siguió llamando gente. Habló con los polvoreros, algunos vecinos y la policía.

20 INT. CASA - NOCHE - 2023

Afuera sigue lloviendo.

TERESA

Yo no estuve ese día, pero ÓSCAR me llamó a darme la noticia. Yo acababa de llegar de Medellín porque estaba con mi hija que hacía pocos días había tenido bebé y esa tarde le dieron de alta.

Por la noche traje a mi hija a la casa. Cuando eso yo vivía en el barrio Hoyo de Tierra. Y como a las ocho y media recibí la llamada de ÓSCAR y me contó todo: tipos armados se habían llevado al papá.
(pausa)

Imagínese cómo recibe uno esa noticia. A pesar de que ya estábamos separados, él seguía siendo el papá de mis hijos. Entonces nuestra reacción fue de miedo.

Yo no tenía ni idea del por qué lo habían sacado de la casa y hasta ahora tengo la duda. ¿Por qué? Quién sabe...

21 INT. CAFETERÍA - TARDE - 2023

ÓSCAR

A él se lo llevaron en un carro y mucha gente comentaba que estuvieron rondando la casa, encima del techo y cosas así. Pero nosotros no sabíamos nada porque después de eso... ¿quién sale?

Como a las diez de la noche y después de haber llamado a varias personas, entre ellas CHUCHO MARTÍNEZ, otro polvorero, fue que empezaron a buscarlo. Mucha gente se fue a buscarlo.

22 INT. CAFETERÍA - DÍA - 2023

En la mesa está el celular y la libreta.

MARIA FRANCI

Con mi papá se fueron por la vía que da a El Retiro. Resulta que el carro lo tenían parqueado al frente de la casa. Salieron con él y nosotros no supimos nada más.

ÓSCAR también llamó a mi esposo, ARTURO, y entre los dos le comunicaron a más gente lo que había pasado. Según sé, la policía subió hasta cierta parte y no vieron nada. Los polvoreros tampoco notaron cosas raras. Ni siquiera vieron el carro. Quién sabe dónde lo habrán escondido o en qué matorral lo habrán parqueado.

Al otro día, a las cuatro de la mañana, madrugaron los polvoreros a buscarlo. Unos se fueron por la salida de Medellín

y otros por donde el carro se había metido la noche anterior. Cerca de la subestación del agua, en una zona donde hay algunos tanques, lo encontraron.

Ahí estaba él, tirado. Tapado con una sábana. Muerto.

(pausa)

MARIA FRANCI deja de hablar por un momento. Piensa y trata de recordar detalles sobre la situación. Su mirada sigue fija. Continúa hablando:

MARIA FRANCI

Yo fui al levantamiento. Cuando lo voltearon no regó una gota de sangre a pesar del disparo que tenía en la cabeza. De ahí lo llevaron a El Retiro y nos lo entregaron el mismo día, el 19 de septiembre. Eso fue demorado, pero nosotros esperamos.

Según el forense que le hizo la autopsia, mi papá murió antes de que le dispararan, por eso botó poca sangre. Al parecer, la pastilla para la presión no le hizo efecto y se les murió en el carro, de un infarto.

23 INT. CASA - TARDE - 2023

INGRID toma uno de los panes que estaban en el plato y lo remoja en el café con leche y dice:

INGRID

A pesar del dolor que nos produjo la muerte de mi abuelo, nosotros nos sentimos muy acompañados en el funeral y la misa. Era impresionante la cantidad de gente que había. Yo solo pude estar un rato, pero recuerdo que muchas personas fueron a verlo. No paraban de entrar y salir de la sala de velación.

En el entierro yo me recuerdo caminando

al lado del carro y llevando un pequeño ramo fúnebre. Una de las hijas menores de mi abuelo, otra tía mía, aún estudiaba en el colegio, entonces mandaron a unos cuantos jóvenes a que desfilaran ese día detrás del carro que llevaba el cuerpo de DIEGO.

En la calle se vio más gente que en la sala de velación. Todo fue muy solemne y triste.

24 INT. CAFETERIA - TARDE - 2023

MARTA piensa en qué responder.

MARTA

De su muerte hay muchas versiones. Los vecinos y las personas cercanas a la familia comentaban teorías que nosotros no podíamos afirmar, pero mi esposo y yo creemos que, como él tenía su finca en Mesopotamia y era esa zona guerrillera, quizás los paramilitares lo hayan tomado como colaborador de la guerrilla.

Mi papá, AURELIO ANTONIO BOTERO, muchas veces lo acompañó a la finca. Y en uno de esos viajes AURELIO llegó muy asustado porque en la carretera los habían parado unos guerrilleros que los esculcaron y conversaron un rato. Quizás los paramilitares interpretaron ese hecho como una especie de vínculo o relación y lo asesinaron. Pero en realidad no tenemos nada confirmado.

Veintiséis años después aún no sabemos.
(pausa)

25 INT. CASA - NOCHE - 2023

Afuera deja de llover y TERESA baja el tono de su voz.

TERESA

Yo tampoco conozco el motivo para que asesinaran a una persona como DIEGO. Eso sí, hay muchas versiones, pero ninguna confirmada.

Otra versión que me han contado es que lo mataron por ser polvorero. Recuerdo que en esos años estaban poniendo muchas bombas en otros pueblos del Oriente, entonces se creía que él era una de las personas que ayudaba a hacer esas bombas. Eso es falso, pero es una de las teorías que se escuchaba decir.

(pausa)

DIEGO sí tenía sus enredos, pero no creo que él fuera a obrar de mala fe. De lo que sí estoy segura es que nunca sabremos la verdad.

FUNDE A NEGRO:

26 INT. CAFETERÍA - DÍA - 2023

VOZ NARRADOR

La muerte, aunque inevitable, es un hecho difícil de superar. Cambian los momentos, cambian las personas y cambia la vida. Queda un vacío, un recuerdo y todo duele un poco más.

MARIA FRANCI

Yo tenía veintinueve años cuando mataron a mi papá. Los meses siguientes, mi esposo y yo no teníamos vida. Vivimos un año con miedo. Mirábamos por la ventana y creíamos que ya iban a venir por nosotros porque DIEGO se quedaba los fines de semana en la casa, entonces teníamos en la cabeza la idea de que ya sabían dónde vivíamos.

VOZ NARRADOR

Ella dejó de trabajar la pólvora y la situación familiar se complicó. Ya no sentía su hogar como un lugar seguro y en conversaciones con su esposo ARTURO le insistía en que vendieran la casa y se fueran a vivir a otro lugar, uno que no generara miedo.

MARIA FRANCI

Al siguiente año, en 1998, nos fuimos para Sonsón. Vendimos la casa que teníamos, casa que mi papá nos ayudó a construir, y nos fuimos. En Sonsón teníamos familia, allá vivían mis suegros.

27 INT. CASA - TARDE - 2023

INGRID comprendiendo, veintiséis años después, que no fue la mejor decisión que tomaron sus padres, expresa:

INGRID

Francamente eso fue como arruinarnos la vida. Yo entiendo que era difícil decidir qué hacer, pero es que en Sonsón no había futuro, antes era un pueblo más violento que La Ceja, pero no teníamos a dónde ir.
(risa nerviosa)

VOZ NARRADOR

INGRID logró graduarse del colegio en Sonsón, pero uno de sus hermanos no quiso terminar de estudiar, a pesar de que iban en el mismo grado escolar.

INGRID

Él en Sonsón tenía malas amistades y vicios. En cambio, acá teníamos más oportunidades. Cuando estudiábamos juntos nos iba bien, pero allá no. Todo era muy complejo. Nuestra vida era acá, pero acabaron con ella.

VOZ NARRADOR

Aún con dificultades, fueron cinco años los que vivieron en Sonsón. MARIA FRANCI no consiguió un empleo y se dedicó a las labores del hogar.

Por su parte, su esposo ARTURO, que toda la vida se había dedicado a la herrería, puso un taller en su casa y con este lograron sobrellevar sus necesidades. En 2003, en medio de una acción desesperada tomaron la decisión de regresar a La Ceja.

28 INT. CAFETERÍA - DÍA - 2023

MARIA FRANCI

Nos tuvimos que devolver por culpa de la guerrilla.

VOZ NARRADOR

Para esa época la presencia guerrillera en el municipio de Sonsón era fuerte. Allí estaba ubicado el Frente 47 de las FARC, liderado por ELDA NEYIS MOSQUERA GARCÍA, alias 'KARINA'.

MARIA FRANCI

Ese era el tiempo de 'KARINA', el tiempo del miedo y en el pueblo estaban reclutando menores. Dos de mis hijos, DIEGO y JORGE, se fueron a jugar balón y en esas se acercaron unos guerrilleros y les dijeron que los necesitaban, que se tenían que ir con ellos. Los niños del susto se fueron corriendo a contarnos. Yo no olvido la fecha porque fue un día de la madre. Al día siguiente, 9 de mayo, empacamos y nos madrugamos para La Ceja.
(pausa)

VOZ NARRADOR

Antes del viaje ARTURO hizo algunas llamadas y un amigo cercano les ayudó a buscar una casa para vivir. No tenían mucho dinero, pero lo importante era alejarse de esa violencia que tanto les había arrebatado. Consiguieron una casa en el barrio Maria Josefa, cerca del parque principal.

MARIA FRANCI

Ahí vivimos muchos años. Estábamos un poco más tranquilos. Yo empecé a trabajar en un cultivo de flores y mi marido siguió con la herrería.

VOZ NARRADOR

Por su parte, desde la muerte de DIEGO GÓMEZ, ÓSCAR y MARTA se hicieron cargo de los asuntos legales, de herencias y las deudas que había dejado. ÓSCAR, con tan solo veintidós años tomó las riendas de su casa y aunque ya era padre de dos niños, fue la figura paterna de sus demás hermanos.

29 INT. CAFETERÍA - TARDE - 2023

Afuera se acerca la noche.

ÓSCAR

Su ausencia nos cambió la vida. Prácticamente me tocó hacerme cargo de todo. De la herencia, de dar la cara en muchas partes, de pagar las deudas. Yo fui la cabeza desde ese momento. A nosotros nos llegaban los pagarés porque todos querían que les pagáramos rápido, pero era imposible. Eso llevaba su tiempo, reunir la plata e ir pagando de a poco, pero puedo decir que saldamos todas las deudas.

VOZ NARRADOR

Después de los actos fúnebres y del entierro de DIEGO, su finca en Mesopotamia se puso a la venta. ÓSCAR se encargó de hablar con el mayordomo para que éste le ayudara a venderla y así salir de ella.

ÓSCAR

Esa finca era buena, pero para la gente que vivía por ese lado.

VOZ NARRADOR

En muchas ocasiones ÓSCAR dudó de si era capaz de sobrellevar la muerte de su padre. La responsabilidad, el crecer sin esa figura que le generaba confianza y estabilidad, le convirtieron esa situación en un reto.

ÓSCAR

Crecer sin un papá es duro, es una responsabilidad muy grande y más cuando uno no se siente preparado. Fui la cabeza de todo. Fue un cambio muy brusco.
(silencio)

VOZ NARRADOR

Han pasado veintiséis años desde que personas armadas sacaron a DIEGO GÓMEZ de su casa y lo asesinaron. Desde ese septiembre fatal de 1997, las preguntas siguen siendo las mismas: ¿por qué se lo llevaron?, ¿por qué lo mataron?, ¿qué hizo para que eso pasara?, ¿por qué salió con la cabeza agachada?, ¿qué significó su silencio?, ¿Juancho tuvo algo que ver?, ¿acaso una finca cuesta una vida?

DIEGO el abuelo, el papá, el suegro, el esposo, "DIEGO el polvorero", "Papá DIEGO". DIEGO el del trago, el de las mujeres, el de los mercados, el caritativo, el de la finca, el de las fiestas, el de los sueños repetitivos.

DIEGO el alegre, el estricto, el maldadoso, el trabajador, el buen papá. A ese DIEGO de apellido GÓMEZ, su familia no lo olvida.

30 OSCURIDAD:

SOBREIMPRESIÓN: En 2005, ocho años después del asesinato de DIEGO GÓMEZ, su exesposa, TERESA GAVIRIA, denunció el caso y realizó los trámites para ser reparada como víctima del conflicto armado colombiano. En ese proceso incluyó a sus cinco hijos: OSCAR, CLAUDIA, JUAN DIEGO, CARMEN Y CRISTIAN CAMILO, dejando por fuera a la primera hija de DIEGO, MARIA FRANCI.

En 2015, TERESA recibió una indemnización del Estado por el asesinato de su exesposo. Sin embargo, a 2023 sus hijos no han sido reparados.

Por su parte, MARIA FRANCI instaló un proceso por separado al de sus hermanos y aún no recibe la reparación.

FUNDE A NEGRO.

31 ANEXO

Son pocas las fotografías que se conservan de Diego Gómez. Sin embargo, en el siguiente álbum digital se visualizan algunas de ellas, acompañadas de diferentes recuerdos de su familia:

<https://bit.ly/41o6RWJ>

Referencias

- Aguirre García, G.A. (2010). *Trayectoria del paramilitarismo en Antioquia tras los acuerdos de paz*. Conciudadanía.
Obtenido de: <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/12501>
- Asdy, Área de Paz, Desarrollo y Reconciliación de la Organización de Naciones Unidas. (2010). *Oriente Antioqueño: Análisis de Conflictividad*. Impresol Ediciones.
Obtenido de: https://info.undp.org/docs/pdc/Documents/COL/00058220_Analisis%20conflictividad%20Oriente%20Antioque%C3%B1o.pdf
- Caracol Radio. (2006). *¿En qué andan en Prosocial de La Ceja, Antioquia?*
Obtenido de: [¿En qué andan en Prosocial de La Ceja, Antioquia? \(caracol.com.co\)](http://caracol.com.co)
- Caracol Radio. (2006). *El gobierno de Antioquia asegura la Ceja no está preparada para albergar a paramilitares desmovilizados*.
Obtenido de: [El gobierno de Antioquia asegura la Ceja no está preparada para albergar a paramilitares desmovilizados \(caracol.com.co\)](http://caracol.com.co)
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2011). *San Carlos: memorias del éxodo en la guerra*. CNMH.
Obtenido de: [Informe sancarlos exodo en la guerra.pdf \(centrodememoriahistorica.gov.co\)](http://centrodememoriahistorica.gov.co)
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. CNMH.
Obtenido de: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/guerrilla-y-poblacion-civil-trayectoria-de-las-farc-1949-2013/>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2016). *Granada: memorias de guerra, resistencia y reconstrucción*. CNMH, Colciencias, Corporación Región.
Obtenido de: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/granada-guerra-resistencia-reconstruccion.pdf>
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad. (2022). *No Matarás, Relato Histórico del Conflicto Armado Interno en Colombia*. Comisión de la Verdad.
Obtenido de: <https://www.comisiondelaverdad.co/no-mataras>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2005). *Estimaciones de población 1985 - 2005 y proyecciones de población 2005 - 2020 total municipal por área*. Gobierno de Colombia.
Obtenido de: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/poblacion/proyepobla06_20/Municipal_area_1985-2020.xls

El Colombiano. (s.f.). *Los frentes 9 y 47 de las Farc azotaron la región.*

Obtenido de: [Los frentes 9 y 47 de las Farc azotaron la región \(elcolombiano.com\)](http://elcolombiano.com)

El País. (2006). *Trasladados jefes paramilitares desde La Ceja.*

Obtenido de: [El País - Cali Colombia la ceja paramilitares paisonline Trasladados jefes paramilitares desde La Ceja](http://elpais.com)

El Tiempo. (1990). *Restringen transporte de pasajeros.*

Obtenido de: [RESTRINGEN TRANSPORTE DE PASAJEROS - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com](http://eltiempo.com)

El Tiempo. (1991). *El Oriente antioqueño, sitiado por asaltantes.*

Obtenido de: [EL ORIENTE ANTIOQUEÑO, SITIADO POR ASALTANTES - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com](http://eltiempo.com)

El Tiempo. (1996). *Guerrilla del EPL no aguantó la presión.*

Obtenido de: [GUERRILLA DEL EPL NO AGUANTÓ LA PRESIÓN - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com](http://eltiempo.com)

El Tiempo. (2008). *De nuevo está en el abandono la sede de Prosocial en La Ceja (Antioquia).*

Obtenido de: [De nuevo está en el abandono la sede de Prosocial en La Ceja \(Antioquia\) - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com](http://eltiempo.com)

García de la Torre, C.I, Aramburo Siegert, C.I. (2011). *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008.* Cinep - Odecof. Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia. Medellín.

Higuita Granada, J.A. (2018). *La Unión: un territorio en disputa. Memorias del conflicto armado.* Universidad de Antioquia.

Obtenido de: http://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/15122/1/HiguitaJohan_2018_UnionTerritorioDisputa.pdf

Rutas del Conflicto. (2019). *Masacre de San Vicente, enero de 2000.*

Obtenido de: [Masacre de San Vicente, enero de 2000 | Rutas del Conflicto](http://rutasdelconflicto.com)

Sala de Justicia y Paz. (2013). *Audiencia del 31 de octubre de 2013 – Ricardo López Lora.* Gobierno de Colombia.

Obtenido de: <https://jurisprudencia.ramajudicial.gov.co/WebRelatoria/FileReferenceServlet?corp=ce&ext=doc&file=2154286>

Sala de Justicia y Paz. (2019). *Sentencia de Primera Instancia del Bloque Héroe de Granada.* Gobierno de Colombia.

Obtenido de: [2019-02-21-Luberney-Marin-Cardona-y-otros.pdf \(fiscalia.gov.co\)](http://fiscalia.gov.co)

Semana. (2006). *Historia de un centro especial de reclusión.*

Obtenido de: [Historia de un centro especial de reclusión \(semana.com\)](#)

Verdad Abierta. (1980). *Acuerdo de Santa Fe de Ralito.*

Obtenido de: [Acuerdo de Santa Fe de Ralito | VerdadAbierta.com](#)

Verdad Abierta. (2009). *Vicente Castaño llevó las ACCU al Oriente antioqueño.*

Obtenido de: [Vicente Castaño llevó las Accu al Oriente antioqueño | VerdadAbierta.com](#)

Verdad Abierta. (2014). *Las Farc cosecharon odios en el Oriente antioqueño.*

Obtenido de: [Las Farc cosecharon odios en el Oriente antioqueño | VerdadAbierta.com](#)

Yarce Ospina, M.E. (2000). *Los estados de guerra en el oriente antioqueño.* Universidad Nacional.

Bibliografía

- Cardona Arenas, Luisa María & Gaviria Muñoz, Angie. Jimena (2020). Las mujeres campesinas organizadas de Palmas Unidas en el Corregimiento San José de La Ceja-Antioquia. De sus usos, acciones y relaciones en el territorio como aportes a su construcción. Monografía de pregrado. Programa de Desarrollo Territorial. Universidad de Antioquia, Sede: Oriente. Carmen de Viboral.
Obtenido de: <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/16902>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (s.f.). Observatorio de Memoria y Conflicto. Base de datos. Obtenido de: <https://micrositios.centrodememoriahistorica.gov.co/observatorio/portal-de-datos/el-conflicto-en-cifras/>
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (2022). Colombia Adentro. Comisión de la Verdad. Bogotá.
Obtenido de: <https://www.comisiondelaverdad.co/colombia-adentro>
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (2022). Hasta la guerra tiene límites. Comisión de la Verdad. Bogotá.
Obtenido de: <https://www.comisiondelaverdad.co/hasta-la-guerra-tiene-limites>
- Echeverry Orozco, Norvey (12 de noviembre de 2020). SAN JOSÉ: UNA GUERRA SIN OLVIDO. *La Cola de Rata*. Artículo de periódico. Pereira.
Obtenido de: <https://www.lacoladerata.co/cultura/relatos/san-jose-una-guerra-sin-olvido/>
- Giraldo López, Daniela & García Ramírez, Sara Julieth (2018). Territorios: lecturas y escrituras para ser, recorrer y habitar. Monografía de pregrado. Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades: Lengua Castellana. Facultad de Educación. Universidad de Antioquia. Medellín.
Obtenido de: <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/12260>
- GMH (2013). ¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Imprenta Nacional. Bogotá.
Obtenido de: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2021/12/1.-Basta-ya-2021-baja.pdf>
- Ley de Víctimas. (10 de junio de 2011). Unidad de Víctimas. Ministerio del Interior y de Justicia. Bogotá.
Obtenido de: <https://www.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/documentosbiblioteca/leydevictimas.pdf>
- Organización de las Naciones Unidas (2005). Principios y directrices básicos sobre el derecho de las víctimas de violaciones manifiestas de las normas internacionales de derechos humanos y de violaciones graves del derecho internacional humanitario a interponer recursos y obtener reparaciones. ONU. Nueva York.

Obtenido de: <https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/remedyandrepairation.aspx>

Plan de Acción Territorial (2020). Secretaría de Gobierno y Derechos Humanos. Administración Municipal La Ceja del Tambo.

Ramírez Valencia, Bladimir (2020). Las matanzas vitales. Ejecuciones extrajudiciales en el Oriente antioqueño: el caso de la Cuenca del Rio Calderas, 2002-2006. Trabajo de investigación presentado para optar al título de Magister en Derecho. Universidad de Antioquia. Medellín. Obtenido de: <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/17917>

Unidad de Víctimas (2020). ¿Qué es la reparación a las víctimas? Bogotá. Obtenido de: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/reparacion/que-es-la-reparacion-las-victimias/56877#:~:text=La%20reparaci%C3%B3n%20comprende%20cinco%20tipo,BOGOT%C3%81%2C%20D.C.%E2%80%BABOGOT%C3%81%2C%20D.C.>

Unidad de Víctimas. (s.f.). Registro Único de Víctimas. Ministerio del Interior y de Justicia. Bogotá. Obtenido de: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>

Otras fuentes consultadas

Archivo impreso del periódico *El Colombiano*.

Archivo impreso del periódico *El Espectador*.

Archivo impreso del periódico *El Mundo*.

Archivo impreso del periódico *El Tiempo*.

Repositorio digital de la revista *Noche y Niebla*.

Agradecimientos

Esta investigación fue posible, en parte, gracias a la financiación del Fondo para Apoyar los Trabajos de Grado de Pregrado, la Facultad de Comunicaciones y Filología y el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia.